literatura universal

Mircea Eliade

LA SERPIENTE

emecé

MIRCEA ELIADE

LA SERPIENTE

EMECÉ EDITORES

Título original francés
ANDRONIC ET LE SERPENT

Copyright © Editions de L'Herne, Paris, 1979
41, rue de Verneuil 75007 Paris

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723
© EMECÉ EDITORES, S. A. - Buenos Aires, 1981

UNA DIALÉCTICA DE LO FANTÁSTICO

Una mirada, a través de las lentes, que viene de lejos bajo una frente concentrada, poderosa; las mejillas, el mentón toscamente tallado, cortados por una boca delgada, lineal, crispada. Los gestos febriles, a menudo explosivos, a menudo torpes, las más de las veces controlados, una calma impuesta, dominada, detrás de la cual se agita la inquietud, a menos que sonría la serenidad. Habla poco. Prefiere escuchar y observar. Atento, interesado por todo, feliz, no de enseñar sino de aprender. El gozo del diálogo sostenido casi con una pasión de adolescente, libre de toda vanidad. Atrincherado en el silencio y en las bocanadas de su pipa a fin de que el interlocutor no sienta sobre él la presencia del sabio y revele su originalidad sin compulsión. Deferente, espontáneo, lleno de tacto y de distinción en todo momento, de una dulzura franciscana. Una intensa presencia, a veces interrumpida por un repliegue en sí mismo, como una corriente de agua que absorbiera la tierra. Modesto, increíblemente modesto, pero con un sentido muy claro del valor. Una candidez que lo lleva a regocijarse como un niño frente a las bellezas cotidianas del mundo, o quizás una profunda sabiduría, liberada de contingencias ordinarias y que contempla el siglo y los siglos...

A despecho de las circunstancias, la personalidad de Mircea Eliade me parece típicamente rumana. A pesar de su prodigiosa notoriedad internacional, el escritor y sabio continúa pensando y creyendo según las estructuras rumanas, evidentes en su obra literaria (todas escritas en su lengua materna), pero también en su personal estilo.

Es por eso que este punto de vista me parece indispensable para abordar la prosa "fantástica" de Mircea Eliade, componente esencial de su literatura.

El volumen de recuerdos publicados en 1966 sugiere importantes

consideraciones. Desde la infancia, aparece una actitud que se convertirá luego en postura permanente: la percepción de lo real bajo el ángulo de lo fabuloso. De pequeño, visita la casa de sus abuelos, donde descubre "un universo inextinguible, lleno de secretos, rico en sorpresas" y "donde comenzaba otro mundo". En una mansión de Rîmnicul-Sărat donde pasó algún tiempo con su familia, entra un día a una pieza milagrosa, curiosamente deshabitada: "Si yo hubiera podido utilizar el vocabulario de un adulto, habría dicho que descubría un secreto... Podía en todo instante evocar ese encantamiento verde y me quedaba inmóvil, atreviéndome apenas a respirar, y reencontraba la beatitud del principio, revivía con la misma intensidad mi súbita entrada en el paraíso de ese mundo sin igual" (más tarde, provocará voluntariamente estas rememoraciones como medio de combatir sus crisis de melancolía).

Sin caer en el error de detectar un impacto infantil, que hubiera determinado la vida de Eliade, podemos afirmar que se perfilaba un cierto tipo de experiencia espiritual y estética. El hecho banal, corriente entre tantos niños de su edad (tres o cuatro años), se transforma en un acontecimiento existencial: introducirse en una pieza generalmente cerrada con llave, equivale en su espíritu a entrar en una zona sagrada, prohibida al profano. La confusa impresión experimentada por el niño se convertirá en tema de meditación para el adolescente y luego será explicada por el sabio que escribirá —metafóricamente hablando— que, ese día, lo sagrado hacía irrupción en lo profano. La beatitud que sentirá más tarde reviviendo ese momento, significará una anulación del tiempo, un retorno in illo tempore.

¿Nos equivocamos, aplicamos abusivamente al autor su propia teoría? No lo creo. Sea lo que fuere, yo quería subrayar, con ese ejemplo, que la luminosa perspectiva del narrador Eliade pone en evidencia una solidaridad orgánica entre la experiencia personal del joven Eliade y los estudios emprendidos más tarde por el filósofo. Desde su infancia, una manera particular de vivir y de percibir lo hacen sensible a la comprensión de toda experiencia en tanto redescubrimiento y revelación, abierto al simbolismo secreto del mundo, a la fascinación del destino que apenas se vislumbra, imperceptible, en lo cotidiano. Este núcleo profundo de la personalidad de Eliade, desembocará en consecuencia tanto sobre la pasión del erudito cuanto sobre la necesidad de expresión directa del prosista. Además, el episodio mencionado más arriba, aparecerá casi tal cual en la obsesión de Stefan Viziru, personaje de la novela La Nuit de la Saint-Jean *(La Noche de San Juan).*

Mircea Eliade ha señalado[*] *la interdependencia que, desde el comienzo, relaciona sus páginas "realistas" y "fantásticas". Sus primeros ensayos aparecidos en* Ziarul Stiintelor Populare[†] *se titulan (hecho significativo para su orientación) "Cómo encontré la piedra filosofal" y "Recuerdos de un retiro espiritual". En el liceo, escribía, sin publicarlas, "Las memorias de un soldado de plomo", historia cósmica de un trozo de plomo desde sus orígenes, en la tierra, hasta el juguete de hoy, al mismo tiempo que "La novela de un adolescente miope".*

Sería necesario recordar, de todas maneras, que muchos de sus escritos se sitúan en la frontera de lo real y de lo fantástico. ¿Cómo explicar esta particularidad, harto rara, en la literatura rumana? Sin duda por las mismas razones que explican también el interés del hombre de ciencia por los fenómenos espirituales más diversos: una cierta percepción de lo milagroso *existente desde su infancia y una apertura* cultural *(viajes, estudios, lecturas, experiencias) hacia los sistemas de pensamiento situados fuera de las tradiciones nacionales y aun europeas, pero que, en consecuencia, llega a comprender más profundamente. A este respecto, la literatura fantástica de Mircea Eliade se ubica entre su literatura realista y sus estudios de filosofía y de historia de las religiones, en el sentido en que la idea de considerar a los hechos como "fantásticos" constituye un término medio entre describirlos de una manera estrictamente positiva, indiferente al misterio, e interpretarlos de una forma cientificista, en función de ciertos complejos culturales arcaicos, o en función de un círculo de motivos míticos y rituales, etc.*

La personalidad unitaria de Mircea Eliade está formada justamente por la permanente interferencia de estas tres actitudes y la preeminencia de una o de la otra definiendo un cierto sector de su obra. La libre comunicación entre estas tres actitudes significa el movimiento interior de un hombre que no hubiera podido jamás satisfacer la exclusividad de una, puesto que, desde siempre, ha develado el misterio infinito de lo real y de su fascinante ambigüedad. Podemos, por lo demás, citar a Eliade mismo: "En todos los casos la dependencia entre escritos literarios y teóricos es real. Comenzando por los ejemplos más evidentes, yo podría recordar Le Secret du docteur Ronigberger, *que deriva en línea recta del yoga…*[‡]

Algunas líneas más abajo precisa: "Si yo me hubiese empeñado, el simbolismo de la serpiente habría sido más coherente, pero entonces, la

---

[*] Fragmento autobiográfico.
[†] *Diario de Ciencias Populares,* 1920-1921.
[‡] Fragmento autobiográfico.

intervención literaria habría quedado reprimida. No lo sé. He aquí lo que me parece interesante: mientras me sumergía en un tema caro a un historiador de las religiones como yo, el escritor rechazó toda colaboración consciente con el erudito y el intérprete de símbolos y se obstinó en permanecer libre de elegir lo que le pluguiera y de rechazar esos símbolos y las interpretaciones que le servia en bandeja el erudito filósofo. [...] Evidentemente, yo no querría dar la impresión de que escribía libros a fin de sostener alguna tesis. Si lo hubiese hecho, mis novelas habrían sido sin duda, filosóficamente hablando, más consistentes. En realidad, como la experiencia de La Serpiente *lo prueba con plenitud, yo hacía literatura por el placer (o la necesidad) de escribir libremente, de inventar, de soñar y aun de pensar, pero fuera del corsé del pensamiento sistemático. Toda una serie de asombros, de misterios, de problemas que rechazaba mi actividad teórica reclamaba, posiblemente, verse colmada en la libertad de la escritura literaria."*

LA SERPIENTE

Esta novela (1937), de la misma manera que otras obras "fantásticas", se plantea de una forma absolutamente banal. Se entrevé al instante la concepción de Mircea Eliade; no hay solución de continuidad entre lo "real" y lo "fantástico". Sólo una evaluación exterior, fundada en criterios extraños y por lo tanto inapropiados, ordena los acontecimientos en "verosímiles" (reales) e "inverosímiles" (fantásticos). En revancha, según el criterio interno, el de la probabilidad épica *(y no lógica, moral, social, etc.), todo el esfuerzo del escritor apunta a convencer al lector, de una manera insidiosa, del carácter posible de los hechos, ampliando progresivamente la concentración de lo extraño en la atmósfera inicialmente banal, hasta que se convierte en natural y aceptable. Aunque dentro de sus grandes líneas, esta concepción y esta técnica se presenten con preferencia en la creación de Mircea Eliade, me parecen particularmente convincentes en* La Serpiente, *la única de sus obras donde no interviene la dislocación espectacular del tiempo, del espacio o de la personalidad humana. Aquí, en efecto, nada de especial sucede, lo épico se resume en una línea semiclásica por su simplicidad. Un perfecto equilibrio de medios estilísticos impide que se ponga en evidencia un elemento de atmósfera en detrimento de otros, de manera que una relectura atenta permite descubrir "enterrados" en el texto, numerosos elementos (posibles) de predicción, que pasaron inadvertidos en un primer momento. No se encuentran metáforas o símbolos obsesivos, cargados de implicancias. La*

sugestión se ha obtenido más por el conjunto que por el detalle. Hasta el ritmo que es lineal, perezoso, aparentemente indiferente, permanente como el encanto (en los dos sentidos de la palabra) de Andronic, está exento de esas aceleraciones o de esos espacios en blanco utilizados para marcar el suspenso.

Al comienzo, esta vulgaridad de la gente burguesa ahíta testimonia un abotagamiento de las conciencias donde titila apenas alguna vaga aspiración de Liza o de Dorina, rápidamente asfixiada por los cálculos matrimoniales de la familia. La aparición de Andronic despertará esas conciencias, reactivará sus funciones vitales y espirituales en el caso de Dorina, pero podemos imaginar, luego del fin, su recaída en el anonimato. De hecho, la sordina general de la novela atenúa los choques y reacciones, mientras que el efecto de los "milagros" de Andronic se limita a propensiones eróticas implícitas o explícitas.

Andronic aparece inopinadamente: sin ser introducido por alguna tensión interna del grupo de veraneantes, responde a las insatisfacciones secretas de cada uno. El carácter extraño de la fascinación que el joven deportista mundano ejerce sobre estos pequeñoburgueses se acentúa cuando, en el monasterio de Càldàrusani, es relatada la historia del naufragio del que ha escapado misteriosamente. Algunas líneas de este pasaje serán suficientes para ilustrar la soltura con la que Eliade maneja las connotaciones significativas de las palabras:… el barco "se hundió como trabado por un encantamiento y el plomo lo arrastraba", dice Andronic, y luego: "Se hizo oscuro de golpe, la oscuridad descendía en oleadas desde la espesura." Cuando una dama afirmó que él no estaba muerto porque Dios lo había socorrido... Andronic no pudo disimular una amplia, triste sonrisa.

"—Quizás por eso —respondió suavemente."

El lago, el bosque, la muerte, el secreto (pagano) que él solo conoce, son los elementos de la seducción de Andronic, que se ejerce sobre cada uno en su totalidad y que emana no solamente de un hombre en tanto macho, sino también de un ser humano diferente *de los otros.*

El episodio del juego de las prendas en el bosque, es revelador. Andronic, que no persigue ningún fin aparente, se limita a devolver la libertad a sus compañeros, dándole la ocasión de manifestarse espontáneamente en el seno de una naturaleza cómplice. Stamate y Liza, Manuilà y Dorina, Vladimir y la señora Solomon, viven bajo un encantamiento que ellos mismos crean por una coquetería nocturna con las tentaciones reprimidas durante el día. Incapaces de analizar su turbación, la llaman Andronic y las mujeres comienzan a desearlo mientras que en

realidad lo que ansían es, de hecho, el Amor. Sin embargo, el encanto es potencialmente ilimitado y sentimos de pronto que el hechicero rebelde a las insinuaciones emite un fluido que sobrepasa el eros.

Así, cuando en la bodega del monasterio, Andronic cuenta la historia por todos desconocida de la muerte de la virgen Arghira, ocurrida más de un siglo atrás, dice: "—No tengo la impresión de haber vivido, hace mucho tiempo, otra *vida. Siento que he vivido siempre aquí, desde la fundación del monasterio…" Esta respuesta nos retrotrae a algunas palabras precedentes de Dorina, que vive un tiempo* cíclico *y, en sus sueños, se identifica con Arghira; asimismo, su descenso, soñado, al palacio de cristal de Andronic retoma el recuerdo del naufragio realmente contado por este último, como su propia navegación, realizada más tarde, hasta la isla. Andronic, por el contrario, perdura en un tiempo eterno, sin ciclos ni repeticiones, "contemporáneo" no sólo del monasterio, sino del lago, de las serpientes y de los pájaros, los árboles y los juncos, y de los que afirma, no sin ambigüedad, que una maldición los condena "a no morir jamás, y a crecer siempre bajo las aguas". Hay, en consecuencia, tres planos temporales: el de los veraneantes, esclavos del instante; el de Dorina, que vive* quizás *"el Eterno retorno" de los acontecimientos; el de Andronic, atemporal, eterno. El primero será profano, los otros dos serían formas de lo sagrado. De todas maneras, si utilizo el condicional y la palabra* quizás, es *porque esta estructuración de significaciones no está marcada en ninguna parte en forma decisiva. El hechizo en el monasterio y las funciones de los personajes, comprendido Andronic,* se apoyan *sobre estructuras temporales pero no se constriñen a ellas.*

El momento culminante, la invocación y el exorcismo de la serpiente por Andronic, reúne en un solo haz, de una intensidad mágica, las significaciones mayores de la novela: eróticas, psicológicas (y parapsicológicas), metafísicas. Andronic, el hechicero, se identifica con la serpiente en el plano de la fascinación erótica. "Dorina tuvo la impresión de que la serpiente venía directamente hacia ella y un súbito terror reemplazó al encanto del pasado. Como si de pronto despertara ante algo imposible de mirar, una cosa terrible y peligrosa que una joven mujer no tenía derecho de contemplar. Al acercarse, la serpiente parecía aspirar su respiración, esparcir la sangre en sus venas, abrasar su carne entera con un terror mezclado a estremecimientos desconocidos de un amor malsano. Había una insólita mezcla de muerte y de hálito erótico en esa oscilación horrorosa, en esa fría luminosidad del reptil."

Ocurre del mismo modo para Liza y la señorita Zamfiresco. La

identificación de las dos seducciones eróticas (la serpiente y Andronic) se produce en ese momento pero se hará evidente más tarde, en el sueño de las mujeres, cuando Liza, por ejemplo, vivirá "con una voluptuosidad infinita, mezclada con el terror de la muerte" el abrazo del hombre simultáneo a la aparición "de la cabeza terrorífica de la serpiente entre los puños cerrados de Andronic".

Comprendemos poco a poco, que La Serpiente, título de la novela, es más bien un "superpersonaje" de hombre-serpiente, *engendrado por la identidad mágica entre el hombre y la serpiente. Es un ser primordial, telúrico, fascinante, porque presta su actualidad a la vivencia primera de aquéllos que lo contemplan. Las mujeres viven menos el deseo del abrazo sexual de Andronic que una suerte de éxtasis erótico impersonal, semejante a la orgía colectiva de los pueblos "primitivos" en los que el eros, violentamente vivido por cada participante, tiene una función supraindividual de comunicación mágica con la unidad del cosmos. Estas significaciones no se hallan explícitas en el texto, pero su sugestión latente opera incuestionablemente. En el momento de la invocación de la serpiente, así como en el episodio de los sueños, los personajes femeninos están distribuidos de manera circular alrededor de Andronic. Por lo demás, esta composición circular de la novela es permanente. Sobre el camino del monasterio, los personajes se agrupan por parejas; a partir del juego de las prendas, estas parejas se desorganizan; las mujeres, pero también los hombres (Vladimir en particular) comienzan a gravitar en torno de Andronic. Con la aparición del héroe, se reemplaza un tipo de composición por otro, al tiempo que en el plano psicológico, la conciencia de cada uno comienza a deslizarse hacia una nueva órbita. ¡He aquí una construcción evidentemente novelesca desde todos los planos de la significación! Andronic o Andronic-la-serpiente, se encuentra tanto en el centro épico como en el centro espacial de la novela (en* medio *de la habitación donde aparece la serpiente, luego en la isla en el* medio *del lago) cual el mago que ordena los ritos o perturba la percepción espaciotemporal de los profanos que lo rodean como el yogui de* Nuits à Serampore (Las Noches de Serampore). *Andronic ejerce su encantamiento maléfico y perturba las conciencias desde el comienzo, desde su primera aparición, pero este embrujo no se revela como tal sino por la interpretación de un acontecimiento central: el exorcismo de la serpiente.*

En este orden de ideas, ¿se podría hablar de simbolismo del centro *en* La Serpiente? *Una vez más lo que está latente en el texto contiene la respuesta. Andronic-la-Serpiente es el centro metafísico de la novela en la medida en que lo es también de lo épico, lo espacial o lo mitológico. Ubicado*

en el "centro" Andronic-la-Serpiente posee el poder de una hierofanía, por medio de la cual lo sagrado alcanza lo profano y se le revela.

Para las conciencias "adormecidas" de los veraneantes, lo sagrado, que al comienzo ni sospechan siquiera, es revelado por Andronic. Su carácter hierofántico es sin embargo variado; si no inquieta más que superficialmente a la mayoría de los personajes, por angustias eróticas (las mujeres) o ansiedades de adolescente (Vladimir), modifica no obstante totalmente el antiguo yo (profano) de Dorina y le provoca un "segundo nacimiento", como en los ritos de iniciación "clásicos". Desde este punto de vista, el encantamiento ejercido por Andronic-la-Serpiente en la conciencia más "laica" del capitán Manuilà, es significativo: "de nuevo sintió crecer en él el terror y pesados los párpados… Si *gritara… Imposible siquiera mover un dedo, ni emitir un gemido. Exactamente como en aquella hora de espanto inolvidable, cuando había entrado bruscamente a la pieza de su madre, en el campo, y la había encontrado muda, la mirada perdida, postrada en tierra sin saber qué había ocurrido. No fue sino más tarde cuando le contaron que una gitana había venido a decir la buenaventura y, luego de haberse acomodado en el suelo, había sacado la mano de un muerto de su alforja y trazado un círculo a su alrededor. Era todo lo que recordaba…" Interesante, aquí, el respeto de lo particular de la conciencia, donde interviene la inserción de lo sagrado. Lúcido, irónico, desconfiado y rencoroso por celos, el capitán resiste por más tiempo a la seducción, pero la recibirá, una vez vencido, conforme con sus propias estructuras mentales: el temor del presente, reflejo típico de una conciencia egocéntrica bruscamente apartada de su centro vital, la confianza en sí recordándole un terror de niño, un traumatismo enterrado en su subconciente y alrededor del cual construyó, más tarde, como una muralla, toda su conciencia ostensiblemente laica. Su traumatismo, probablemente acompañado de una pérdida del conocimiento ("no se acordaba de nada") se identifica aquí con el de su madre, que temía la mala suerte pero también la muerte (en apariencia: el desvanecimiento) conjurada por la gitana.*

Las sugestiones profundas del texto descansan sobre numerosos planos: el psicoanalítico (desvanecimiento [muerte aparente, identidad entre la madre y la "bien amada"], Dorina, igual miedo de perder una inversión afectiva capital); magia (emisión de un fluido mortal, identificación de la gitana y de Andronic "hijo de húngaros", de la serpiente y de la "mano del muerto", ambos mágicos); arcaicamente espiritual, la "muerte" del yo profano interviene en un sentimiento de terror [sagrado] y una caída hacia la infancia, es decir, a la anulación del tiempo profano que separa la primera

revelación de la segunda, mientras que el lado positivo, el "nacimiento" de un nuevo yo, no aparece, lo que no deja de ser significativo.

Sugestiones del mismo orden se inscriben en lo vivido por los otros personajes (Stere, Vladimir, la señorita Zamfiresco, etc.), poniendo en evidencia la preocupación mayor de Mircea Eliade: cuáles son las reacciones de algunas conciencias laicas, totalmente vulgares o amarradas con angustias novelescas, frente a un acontecimiento extraño, estafa o brujería, en el plano de lo cotidiano, "hierofanía en el plano del dualismo sagrado-profano". El hecho alrededor del cual se ordena, de una manera significativa, el todo de la novela, está pues constituido por una exploración épica y artística de la dialéctica sagrado-profano.

Los episodios ulteriores derivan necesaria y lógicamente del episodio central (y culminante), pero con una fuerza de convicción artística que no es siempre igual.

Los personajes se liberan lentamente, difícilmente, del hechizo, de ese extraño mundo en el cual han vivido fuera del tiempo. Ahora bien, es dentro de esta atmósfera que un nuevo "misterio" comienza a actuar: el misterio de un amor ignorado por todos, adivinado solamente y gracias al mismo inquietante presentimiento anterior, por el capitán Manuilà. Su sentido real se hace efectivo en un diálogo doblemente connotativo, mantenido por Dorina y Andronic. La atmósfera general de inquietud disfraza la singularidad de las respuestas. El arte de Mircea Eliade se manifiesta en la apariencia de verosimilitud conferida al diálogo Dorina-Andronic, en la participación simultánea de este último en dos planos de significación y de vida. Me limitaré a citar algunas frases del capítulo X, aun cuando su función se imponga con menos claridad ante la ausencia del contexto:

"—No, la tranquilizó Andronic, usted ha tenido solamente la impresión. No tuvo miedo... Estas cosas deben, de todas maneras, acontecer...

—Es verdad —dijo Dorina soñadora, pensativa.

—¿Por qué deben ocurrir indefectiblemente? —interrogó Manuilà, inquieto.

—Esta historia de la serpiente —respondió Andronic (…)

Volvió dulcemente la cabeza y miró a Dorina en los ojos, una mirada cargada de sobreentendidos. La joven se puso pálida.

—No es difícil sin embargo comprender —murmuró Andronic—. Cuando una cosa se prepara…"

La continuación de la novela confirma la impresión de que en esas réplicas existía un mutuo y secreto juramento. En cuanto a la fatalidad, sugerida, del encuentro de Andronic y de Dorina se convierte en una

justificación posible, esotérica en realidad, del encantamiento de todos los hechos, comprendido el exorcismo de la serpiente. ¿Sería entonces esencial el elemento erótico del misterio y el resto se convertiría en un simple contexto, necesario pero de una significación secundaria? No, pues la comunión de los dos personajes no es la consecuencia de un habitual "flechazo de amor", sino de una atracción impersonal, ocasionada menos por amor temporal que por trance, hechizo sobrenatural del cual Andronic, que parece el ordenador, no es nada más que el instrumento.

El siguiente capítulo, que apunta a develar la naturaleza profunda de Andronic, es quizás un poco artificial desde el punto de vista artístico: "—… La noche tiene para mí otros encantos... Vea usted todo esto —con un gesto abarcó el cielo, el bosque—, todo esto es más poderoso que el amor, y aun más grave...

"Más grave porque jamás se sabe de dónde viene, dónde está el comienzo y dónde está el fin... Un amor, una mujer, se la ve ante uno, en su lecho mismo y al amor se lo siente nacer y morir… Pero estas cosas…"

Seguidamente Andronic se pasea en soledad por el bosque donde habla a los pájaros y a los árboles gracias a una especie de magia franciscana, dulce, ensoñadora, de ninguna manera esotérica, más parecida a la de un gran hermano que forma parte de una inmensa familia biológica que a la de un hechicero.

El amor y lo humano están, pues, integrados en un sentimiento de perfecta inocencia adámica más allá del hábitat y de la especie humana. "—Después de medianoche", prosigue Andronic, "no sé lo que me pasa... A veces, me parece que soy un pájaro, otras, me creo un tejón o un mono... Y casi siempre, olvido lo que he hecho, no recuerdo dónde he pasado las noches…"

Este "poder" de Andronic cesa al alba para renacer cuando anochece y, sobre todo, después de la medianoche. ¿Desdoblamiento de la personalidad? Puede ser, pero entonces dentro del sentido de la dicotomía sagrado-profano, a la que corresponde la dicotomía nocturno-diurno.

Andronic participa de los dos niveles existenciales en su construcción histórica concreta: lo sagrado existe en él dentro de lo profano. Si su memoria personal parece imponerse a su memoria histórica es que este hecho sugiere una memoria transhistórica, como si la irrupción de lo sagrado en lo profano dilatara las dimensiones fatalmente limitadas de lo último, confiriendo al individuo la perennidad de la especie. Andronic sería entonces el Hombre, pero el Hombre total, viviendo como Adán y los patriarcas, en los niveles profanos (aislamiento biológico en una sucesión de acontecimientos

temporales concretos) al mismo tiempo que en el sagrado (apertura biológica sobre el cosmos en una repetición de hechos típicamente atemporales).

El final de la novela, que parece insistir sobre la iniciación de Dorina, representa el despertar de la joven a la vida total, encarnada por Andronic:

"—No al menor dolor, no al mínimo temor, no a la menor timidez, sino un gozo abrumador y amargo de todo su ser profundo, como si se hubiese investido con otra alma jamás sospechada y otro cuerpo, más dichoso, más divino…"

Sorin Alexandresco[*]

[*] Profesor en la Universidad de Amsterdam, autor de numerosas obras, especialista de la literatura fantástica.

Oh, tú, dragón serpiente
el de escamas rutilantes
con nueve lenguas punzantes
con nueve colas batientes
ve rápido a buscarla
donde podrás encontrarla ...
y no le otorgues reposo
tanto es así que ella
la más bella entre las bellas
a mi encuentro se dirige
para hablarme y susurrarme.

Encantamiento de amor

I

Liza se aprestaba a aplaudir, previendo ya el final de la romanza. Esperaba que el bullicio, las palabras que diría y los comentarios de los otros la ayudarían a retener sus lágrimas. El estribillo, en verdad, la había emocionado violentamente, casi ferozmente, sobre todo los primeros versos:

En mis cabellos otrora rubios
hay una mecha de plata...

¿De dónde provenían así, de pronto, tantos recuerdos, tantas nostalgias? Le parecía haber escuchado ya esas palabras en alguna parte, hacía mucho tiempo, cuando era pequeña y su tía Leana le recitaba los poemas de moda de antes de la guerra...

"hay una mecha de plata..."

Era como si supiera, aun antes de oírlas, las palabras que seguirían. Esperaba el final, al que el barítono confería una extraña tristeza:

"...no he tenido infancia!"

Exactamente como ella lo había presentido, sin poder controlar su emoción y su inquietud. Estas palabras le traían a la memoria el rostro sonriente de Leana, el jardín de moras junto al bulevar Pache y las tristezas de antaño. Se sentía desdichada y le parecía que su juventud era un desastre, que nadie la comprendía y que nadie la comprendería jamás. Su matrimonio —luego de una espera tan larga— con un funcionario

superior le pareció tan vacío, los menudos acontecimientos tan sin importancia... Hubiera querido hallarse en alguna parte, absolutamente sola, para escuchar la romanza y llorar sin contenerse.

—¡Cópienme esas palabras! —escuchó elevarse la voz de Dorina, al otro extremo de la mesa—. ¡Son maravillosas!

—Las palabras son antiguas —respondió el señor Stamate, no sin timidez—. Sólo la melodía es nueva... Me agrada porque es una melodía triste...

Se volvió hacia Liza, sin que ella se diera cuenta. Su éxito parecía más bien sorprenderlo. Había aceptado cantar sólo al final de largas insistencias. Conocía muy poco a la dueña de casa y a los otros invitados. Sin embargo era gente bien, sobre todo los anfitriones. Una recepción semejante, aquí, en Fierbinti, un pueblo, a una treintena de kilómetros de la capital...

—Un poco de vino cortado con agua mineral, si eso no le molesta — pidió Stere, tendiendo un vaso por encima de la mesa.

Liza le arrojó una mirada despectiva. Atreverse a un gesto tal, luego de una romanza... ¡Y eso era su marido!

—¿De quién son las palabras? —interrogó Dorina—. Es la primera vez que las escucho...

Hablaba alto, desde el fondo de la mesa, para ser escuchada por el capitán Manuilà. Había comprendido muy bien el porqué de esta fiesta con todos esos invitados, arreglada en la campaña, en casa de su cuñado. Deseaban casarla. Tenía ganas de sonreír. Cada vez que miraba al capitán, viéndolo comer correctamente, siempre controlándose, poniendo atención en no posar los codos sobre la mesa, tenía la impresión de que se prestaba para actuar en una farsa: ella sería la joven casadera y el capitán haría el papel de enamorado... Pero, ¿cómo, enseguida? ¿Con un desconocido?

—... No creo que pertenezcan a Bacovia[*] —dijo, siempre en alta voz. De Arghezi[†] tampoco... Estos nombres van a confundir quizás un poco al señor capitán —agregó, maliciosa, Dorina.

—No podría decirle de quién son —se excusó Stamate—. Sólo sé que son muy antiguas.

El capitán Manuilà continuó escuchando a su anfitriona sin levantar los ojos.

—En esas condiciones ni yo podría alquilar el departamento, señor capitán —decía la señora Solomon—. Usted sabe, las gentes cuentan tales

[*] Poeta rumano moderno.
[†] *Ídem.*

cosas sobre los propietarios...

La señora Solomon aspiró largamente su cigarrillo, concienzudamente, bajando las pestañas. Era exasperante este joven, con su obstinado silencio. No poseía ni el más mínimo tema de conversación. ¿Se habría enamorado tan súbitamente?

El capitán no se atrevía ni siquiera a volver los ojos hacia el otro extremo de la mesa, donde se hallaba Dorina, que no cesaba de lanzar una retahíla de preguntas. Antes de que llegara a Fierbinti, cuando se encontraba solo con Stere en el automóvil, se le había hecho comprender que la decisión debía ser rápida. Los padres de la joven no podían esperar largo tiempo.

Dorina había obtenido su diploma en el otoño. No porque tuviera necesidad de enseñar, sino simplemente porque lo había querido. Amaba el estudio. No faltaban pretendientes, pero, los padres querían arreglar bien las cosas. Dorina decía que su sueño sería pasar la luna de miel como las vacaciones, en el extranjero...

—¿Quién tomaría otro café? —preguntó el señor Solomon levantando la mano.

La señora Solomon se estremeció, dichosa de poder abandonar a su taciturno compañero.

—Excúseme un instante, por favor, voy a ocuparme de los cafés.

El capitán Manuilà enrojeció, inclinando exageradamente la cabeza, como diciendo: "... pero seguramente, señora haga ...usted es...". Encontró la mirada de Dorina que parecía considerarlo soñadoramente y sonrió. Comenzó a tomar coraje.

—Veo que ama la poesía, señorita —dijo inopinadamente.

De pronto se hizo el silencio. Dorina se ruborizó bruscamente y comenzó a repasar las cuentas de su collar. Al escuchar anudarse la discusión sobre la poesía, él se inclinó sobre la mesa, con atención.

—No me agradan sino ciertos poetas —dijo Dorina—. Y sobre todo los modernos...

—Lo he notado —sonrió el capitán Manuilà—. Los versos de hace unos instantes, no los ha reconocido y sin embargo no son tan viejos. Pertenecen a Radu Rosetti.[*]

Liza miró con asombro al capitán. Después de todo no era tan bruto... Además tenía razón. Eran los versos de Radu Rosetti. Leana tenía sus libros de poemas, esos volúmenes de los que Liza se acuerda muy bien,

[*] Poeta rumano menor.

tantos años después de la muerte de su tía... Los guardaba sobre unos estantes de su pequeña biblioteca que se encontraba en el salón, en la vieja casa del bulevar Pache; allí habían quedado hasta la muerte de Leana, llevada ella también, como las otras tías, por la tuberculosis. Liza cursaba entonces el primer año del liceo. Recordaba con qué avidez contemplaba el pequeño mueble cargado de libros. Había también un *Ion*[*] de reciente aparición y, a la muerte de Leana, se había alegrado secretamente de tomar los volúmenes y guardarlos para siempre, nadie soñaría jamás en reclamárselos.

De pronto, la voz imperiosa de su madre: "¡No toques nada, todo está lleno de microbios!" Enseguida los libros fueron quemados, es lo que se le había dicho, al mismo tiempo que el canasto donde se hallaba la colección del *Universo Literario...*

—¡Qué poeta este Rosetti! —exclamó Stere—. Lo conocí durante la guerra...

Liza bajó la cabeza. Tiene sólo nueve años más que yo y sin embargo parece tan viejo, tan extraño...

Él mismo se envejecía, sin que nadie se lo pidiera, como si quisiera mostrarle, recordarle con brusquedad, que había conocido otra vida, que era de otra generación...

Al ver que la discusión se había entablado, el señor Solomon se levantó y abandonó la pieza. Penetró en la pequeña sala y luego de haber cerrado la puerta, lanzó una mirada atenta a las botellas de vino y de agua mineral en los baldes de hielo. Abrió enseguida la puerta del dormitorio. La señora Solomon estaba delante del espejo, mirándose fumar. Con la mano izquierda se arreglaba el pelo.

—Hemos terminado el vino —dijo el señor Solomon.

La señora Solomon se encogió de hombros. Se alejó del espejo con suave paso y se sentó en el borde de la cama.

—Suerte que la comida terminó —dijo en tono sombrío—. Pero todo ha estado excelente —agregó—. Ha habido más que suficiente. Tú decías que el pollo no alcanzaría... ¿Has visto todo lo que ha quedado? A propósito, ¿le has dicho a la sirvienta que los cubriera? Con este calor... Los necesito esta noche...

Él también encendió un cigarrillo y se sentó en el lecho, al lado de su mujer.

—No sé lo que has decidido, ¿iremos también nosotros al monasterio?

[*] Célebre novela del escritor rumano Liviu Rebreanu.

—Como quieras —respondió la señora Solomon—. Pero entiende que yo no dormiré con todas esas chinches y esos mosquitos…

—Sólo hay mosquitos —sonrió Solomon.

—¡Como si tú sintieras alguna vez algo!

Se callaron unos instantes, fumando, con la mirada en el cielo raso.

—¿Qué piensas de ese capitán? —preguntó el señor Solomon.

—Me preguntaba justamente dónde habías podido encontrarlo…

—No es tan obtuso —la interrumpió él—. Cuando partiste, comenzaron una discusión muy interesante… Tengo sin embargo la impresión de que estaba un poco intimidado. ¿Será que Stere ha ido demasiado lejos?

—Y el otro, ¿quién es? —interrogó la señora Solomon, levantándose.

—Stamate, un amigo del capitán. Me parece que es ingeniero agrónomo…

Solomon aguzó el oído, ceñudo, tratando de adivinar qué pasaba del otro lado, luego preguntó con voz deferente:

—¿Crees que los cafés estarán listos?

Se escuchaban elevarse las risas y las voces del comedor. Algunos pasos lentos resonaron, luego la puerta se abrió y la anciana señora Solomon entró en la pieza. Lo hizo con precaución, como si temiera hacer ruido.

—¿Aquí es donde estaban? —preguntó sin asombrarse.

Se acercó lentamente a la cama, siempre con su cauto paso y se sentó pesadamente, exhalando un suspiro.

—¿Qué impresión tienen? —preguntó, levantando los ojos.

—Si solamente él se decidiera… —dijo Solomon.

—Es justo lo que yo decía…

Solomon se volvió hacia su mujer:

—Aglaé, ¿si fueras a dar una vuelta por el comedor? Mira, tal vez tengan ganas de pasar al jardín… Ya no hace tanto calor afuera…

La señora Solomon se detuvo un instante frente al espejo, el tiempo de poner rápidamente su cabello en orden.

—¿Y tú qué dices? —la interrogó la anciana señora.

La señora Solomon se encogió de hombros y salió. No le interesaba.

—Si lo supiera…

Cuando la puerta se cerró, la anciana se volvió hacia Solomon.

—A ella no le gusta mucho…

—Ella es como es, tú la conoces, ¿no es así? Cuando uno está solo aquí, quiere invitados y cuando los invitados están, se cae de fatiga. Pero a

mí, a mí me gusta el capitán. Además, es culto... De eso no hay duda.

—El otro también es gentil —dijo la anciana señora.

Se escuchaban ruidos del otro lado, sillas que se alejaban de la mesa, risas, agradecimientos... El señor Solomon se apuró a abandonar la habitación.

—Mamá —dijo sobre el umbral—, ocúpate de esta noche. Tú sabes, para ir al monasterio es necesario estar bien preparado...

II

Hacía bastante calor en el jardín todavía y Stere se quitó el saco y lo colgó en la rama de un cerezo. Se quedó en mangas de camisa. Se le veía la nuca redonda, neta, blanca. Riri pasó justo en ese instante cerca de él con una bandeja cargada de vasos empañados. La detuvo.

—Para mí, sin mermelada, gracias —dijo, tomando dos vasos, uno en cada mano.[*] Apoyada en el cerezo, Liza lo vio beber el agua de un envión, la cabeza hacia atrás, como si quisiera recibirla justo en la garganta. Lo contempló casi sin sorpresa. En este segundo, tuvo la sensación de haber desperdiciado su vida, de haber sido engañada, sin saberlo, antes de que se apercibiera. Habría querido una cosa, una sola cosa: hablar con alguien, tener un amigo, un desconocido a quien pudiera contarle su vida, año tras año.

Dio vuelta la cabeza. Muy cerca, sobre la hierba, se hallaba Vladimir, el hermano de Riri, y los invitados. Le pareció que algo había cambiado en los gestos de Vladimir. Hablaba en tono diferente, con más solemnidad, de una forma más responsable. Lo observó algunos instantes sin comprender. Luego vio el cigarrillo que el muchacho sostenía con atención, en la mano. El humo subía en el aire tibio del jardín para perderse rápidamente en una suave estela azul que se diluía en la claridad...

—¿Qué tienes, te duele la cabeza? —Stere se había aproximado y, afable, la tomó del brazo.

—No tengo nada —sonrió Liza.

—Como si yo no supiera —exclamó Stere en voz alta—. Has escuchado esa romanza de hace un rato. Siempre eres la misma: ¡una sentimental!

---

[*] Es costumbre, en Rumania, servir el café acompañado de un vaso de agua y una cucharada de mermelada.

Stamate levantó súbitamente los ojos y enrojeció. Stere lo gratificó con una mirada amigable, reconocida.

—¿No querría cantarnos algo más alegre, señor ingeniero? —lo interrogó, dirigiéndose hacia el grupo y tirando a Liza por el brazo. Stamate quiso levantarse, pero Stere le puso la mano sobre el hombro.

—No se moleste, somos amigos, ¿no es así?

—Pensaba que quizás la señora... —balbuceó Stamate.

—Ella es lo que ha sido siempre, una sentimental y una romántica —sonrió Stere—. Es por eso que le rogaba que nos cantara tal vez otra cosa, un poco más alegre...

Stamate tentó de levantarse por segunda vez. Se sentía incómodo, sentado así sobre la hierba, las rodillas juntas, apoyadas contra el pecho, mirando hacia lo alto y tratando de disimular su turbación y su falta de entusiasmo con una mímica exagerada.

—Bueno, está bien, no se moleste —repitió Stere, poniéndole otra vez la mano sobre el hombro. Tal vez sea mejor estar de pie para cantar...

—No creo que se pudiera cantar en un jardín —dijo Liza—. No es de ninguna manera el sitio...

Con un gesto irritado Vladimir arrojó el cigarrillo por encima de la balaustrada. Había sido interrumpido justo en el momento en que tomaba parte con más ímpetu en la discusión, cuando su timidez de la comida había desaparecido.

—¿Cómo cantar con un calor semejante? Sería mejor que se sentaran ustedes también sobre el césped y charlar todos hasta el crepúsculo. El señor capitán sabe una cantidad de cosas interesantes. Justamente nos decía que termina de leer un libro...

—¡Oh, usted sabe!... —se excusó el capitán.

—Ya veo, es usted verdaderamente un sabio, ¡no es broma! —se burló admirativamente Stere.

—Tú sabes, Liza, a propósito de la existencia de Jesús —exclamó Vladimir.

Liza fingió estar asombrada e interesada por el tema.

—¡Como si alguien pudiera saber algo cierto sobre la existencia de Jesús!— declaró plácidamente Stere.

—Son documentos... —se atrevió a decir Manuilà.

—¡Como si esos documentos no hubieran sido hechos por los monjes! —prosiguió Stere, socarronamente—. Repito lo que he dicho ya muchas veces: la religión es buena para los paisanos, para la gente de baja extracción, que de otra manera no serían sino anarquistas... O también se

puede decir otra cosa: Jesús ha sido un ideal de moral, de abnegación y todo lo demás. En tanto que ideal, nada que decir; al contrario, deberíamos incluso tomarlo de modelo...

—¿De qué hablan con tanto ardor? —preguntó Dorina, aproximándose al grupo.

El capitán se puso gentilmente de pie, seguido por Stamate. Stere no tuvo tiempo de intervenir.

—Hablábamos de la existencia de Jesús —dijo Liza—. El señor capitán ha leído un libro e iba en este momento a decirnos...

—¿No es *El Hijo del Hombre,* de Emil Ludwig? —preguntó Dorina.

—¿Quién es ese Ludwig? —interrogó Stere—. ¿No es el mismo que ha escrito la vida de Napoleón? Liza, nosotros también tenemos ese libro...

El capitán Manuilà se inclinó cortésmente hacia Dorina y le respondió, sin que los otros pudieran oírlo:

—No, señorita. Se trata de un libro menos célebre. En verdad no es realmente nuevo, ha sido publicado hace una decena de años. Es *Le Mystère de Jésus,* de P. I. Couchoud...

—¿Usted me lo prestaría? —preguntó Vladimir.

—Ciertamente, señor Sàveaunu —respondió atentamente el capitán.

Liza lo miró con creciente simpatía. De verdad, no parecería ser hueco. Además, había brindado a Vladimir la ocasión de rehabilitarse. Lo que dijo acerca de la existencia de Jesús fue bastante interesante. Tal vez podría haberse expresado más esmeradamente, habría podido hablar de las catedrales, de la mística cristiana...

Vladimir quiso alejarse en compañía del capitán, de Stamate y de Dorina, y formar un pequeño grupo aparte para continuar discutiendo a gusto, pero Riri lo tomó del brazo y lo atrajo hacia un costado.

—Vuelve a casa —le murmuró—, Aglaé te llama.

Vladimir se lanzó corriendo hacia la entrada principal, con un paso deportivo que le daba siempre una sensación vigorizante, recordándole que contaba sólo diecinueve años, que estudiaba letras y que tenía aún toda la vida por delante...

—¿Me has llamado? —preguntó, aspirando profundamente.

—Quería saber si podríamos llevar el gramófono al monasterio —explicó la señora Solomon.

Vladimir calló unos instantes, como si reflexionara. No sabía qué responder. La pregunta era tan rara, estaba tan lejos de los pensamientos despertados por la discusión de hacía un rato...

—No sé si tendremos tiempo de bailar —respondió distraídamente.

Llegaremos allá al atardecer, será necesario mostrarles el lago, el bosque y lo demás... Luego, nos sentaremos a la mesa...

—Entonces, lo has traído para nada —dijo la señora Solomon, fastidiada.

—Pensé que se podría bailar aquí —se excusó Vladimir.

—Ya veo que todos se han puesto a discutir —replicó la señora Solomon, haciendo un gesto con la cabeza en dirección del jardín—. Incluso ni querrán entrar...

—Está mucho más agradable afuera —aseguró Vladimir, esforzándose por apaciguarla—. Además creo que es mejor para ti, no tendrás que soportar la gente tanto tiempo...

Vladimir se puso a reír, como para profundizar la broma. Sin embargo se sentía un poco culpable. Hacía una semana, cuando la señora Solomon le había telefoneado a Bucarest para invitarlo con Riri a Fierbinti, fue él quien propuso llevar el gramófono para animar el ambiente. Sabía muy bien lo que iba a suceder y, conociendo a Dorina, temía una comida glacial y una tarde aburrida. Con un gramófono, los jóvenes podrían comenzar a bailar después del almuerzo y el hielo se habría roto. Sabía, sobre todo, cómo la señora Solomon amaba el baile, ella, que permanecía una buena parte del año lejos de Bucarest, con su marido, en los confines de la campaña.

—¿Qué te parece ese capitán? —le preguntó al cabo de un momento ante el silencio de Aglaé—. Sabes, acaba de despabilarse...

—Hagan como quieran, no me interesa —respondió secamente.

¡Por Dios! ¿Qué le pasaba hoy? —se preguntó Vladimir, asombrado. Quizás nadie la había galanteado. Se acordó que Aglaé se alegraba cuando alguien se ocupaba de ella con insistencia, a la vez atento y cortés, alguien que no fuera el señor Solomon. Desgraciadamente hoy no había ningún caballero andante. El capitán se consideraba destinado a Dorina y su amigo el ingeniero parecía bastante tímido. Si hubieran bailado...

—Tal vez podríamos arreglar algo aquí —ensayó una vez más Vladimir—. No son todavía las cinco. Partiremos recién a las siete y media. Si bailáramos, quizás tendrían la ocasión de conocerse mejor.

—Hasta ahora casi no han tenido tiempo de hablarse —dijo la señora Solomon.

Ambos callaron. Vladimir buscaba una razón válida para retornar al jardín...

—Su amigo, ¿quién es? —interrogó de nuevo la señora Solomon.

—Lo conocí hoy. Dice que es ingeniero agrónomo. A Stere se le ha

metido en la cabeza hacerlo cantar en el patio...

—Él es siempre el mismo —dijo la señora Solomon.

Vladimir sintió que debía cambiar de conversación. Aglaé podía en cualquier momento perderse en consideraciones sobre la familia y él habría estado forzado a escuchar sin osar defender a cualquiera que fuese.

—¿Y si les propusiéramos visitar el pueblo? —preguntó de pronto.

Aglaé le lanzó una mirada sorprendida y burlona. Estaba a punto de decirle: "¡Hablas como Jorj!", cuando la puerta se abrió y entró el señor Solomon.

—Liza pregunta dónde estás —dijo, abanicándose con el pañuelo. Enseguida, se volvió hacia Vladimir—: ¡Lástima que no hayas estado allá!... Él se explica singularmente bien... Saben, es un joven culto y que tiene porvenir... —Se aproximó a su mujer—: Nosotros también vamos al monasterio, se lo he prometido... Olvidé decirte —agregó— que los Zamfiresco serán de la partida. Han llegado esta mañana directamente de Bucarest pero se han detenido en el bosque...

La curiosidad de la señora Solomon se encendió bruscamente.

—¿De dónde lo sabes tú?

—Por el hombre del tribunal. Lo han enviado al pueblo a buscar agua de Seltz...

Vladimir aprovechó la discusión para salir al patio. Estaban todos bajo el cerezo. El capitán Manuilà parecía estar más tranquilo, más íntimo. Conversaba con Liza y Dorina. Riri y Stere se hallaban cerca de Stamate.

—Díganme también a mí sobre qué han discutido —comenzó Vladimir tratando de disimular su despecho. Al aproximarse al grupo, se dio cuenta de que lo habían olvidado, que todo el mundo hablaba sin tener en cuenta sus ideas, las observaciones inteligentes que había hecho cuando se encontraban sobre la hierba, él solo con los dos invitados. Se sentía herido en su orgullo. En verdad, era él quien había llevado la conversación sobre cosas serias, quien se había sacrificado charlando con los dos desconocidos y quien tuvo la audacia de desviar el interés sobre temas vulgares y llevarlo al problema de los libros. Si él no hubiese estado allí, el capitán no habría tenido el coraje de hablar de cosas tan serias.

—Hemos hablado sobre una cantidad de herejías, joven —se esforzó por responderle Manuilà.

Vladimir le sonrió, agradecido, aproximándose.

Dorina lo interrumpió:

—Quisiera saber en qué piensa cuando habitualmente mira al vacío —dijo retomando la conversación precedente.

—Yo no sé nunca en qué pienso cuando miro sin mirar —dijo Liza. Ella se había animado también un poco más ahora.

—Habitualmente estás tan fatigada que no te acuerdas de nada — intervino Vladimir.

—¿Y a usted no le ocurre sentir que ha vivido ya lo mismo, la misma cosa? —preguntó Dorina con vivacidad—. Por ejemplo, que todo lo que pasa aquí, en este jardín, ha sucedido ya de la misma manera, con las mismas personas y que ha pronunciado las mismas palabras...

Esta pregunta parecía interesarla enormemente pues no dejaba casi tiempo al capitán para responderle agregando detalles y explicaciones.

—Usted sabe, a veces, cuando llego a creer que he vivido ya exactamente la misma cosa, me aterrorizo...

De pronto le pareció que era eso lo que ocurría en ese instante. Pero no, no parecía posible. Al capitán Manuilà jamás lo había visto, se dijo para tranquilizarse. Sin embargo, sintió como un ligero vértigo.

—Si lamento no haberme inscripto en Filosofia —dijo Vladimir—, es precisamente a causa de estos problemas del alma. En mi carrera, Historia, no se resuelve nada.

El señor Solomon se asomó desde la galería:

—¿Quién quiere té, quién café y quién discos? —exclamó jovialmente.

Stamate se puso a reír. Esta interrupción le parecía singularmente brillante. Stere había justamente comenzado a hablarle del tifus exantemático de Iassy, durante la guerra, y no podía seguir la discusión del grupo de al lado. Escuchaba palabras sueltas, muy claramente y todo lo que decía Liza. ¡Con qué gozo le hubiera respondido! Había tantas cosas para contar, para comentar. Y lo mismo Riri, que parecía una joven como debía ser.

—Decídanse rápido —se elevó otra vez la voz del señor Solomon.

—Podríamos bailar un poco —murmuró Riri.

Se dirigieron todos hacia la galería. Stamate se quedó un poco atrás.

—Tú tienes un espíritu muy analítico —oyó que decía Liza.

III

Caía el crepúsculo cuando los automóviles abandonaron Fierbinti. El cielo comenzaba a ahondarse.

—La noche será espléndida —declaró Dorina volviendo la cabeza hacia el capitán Manuilà.

—¡Lástima que el camino no sea asfaltado! —se lamentó Vladimir.

Los autos avanzaban, en verdad, penosamente. No había llovido en mucho tiempo y en algunos lugares el polvo alcanzaba varios centímetros de espesor.

—Estará mejor en cuanto doblemos hacia el bosque —dijo el chofer.

Liza apoyó la cabeza sobre el respaldo y aspiró golosamente el aire de la campaña. Suerte que Stere venía detrás, en el otro vehículo que llegaría media hora después.

—¿Qué estrella es aquélla? —preguntó Dorina levantando bruscamente el brazo.

—¡La estrella del pastor! —exclamó Vladimir—. Decididamente, ¡no tienes la menor idea de astronomía!

El capitán Manuilà sonrió y dijo galantemente, sin volver los ojos:

—Puede ser que la señorita no haya estado jamás enamorada... A la estrella del pastor se la aprende a conocer aun sin la astronomía.

—Es verdad —subrayó Liza—. Eminescu* mismo lo ha escrito.

Dorina trató de recordar algunos versos de Hypérion† pero apenas si pudo recomponer unos pocos fragmentos.

—Debe ser muy agradable vivir fuera de la ciudad, en una pequeña casa en la campaña —volvió a decir Liza.

En ese instante, le parecía realmente que la felicidad sería tener una

---

* El más importante de los poetas románticos rumanos.

† Célebre poema de Eminescu.

pequeña villa en el bosque, no muy lejos de Bucarest, al borde de un lago... Algunos meses antes, había visto una película norteamericana, llena de esas casas en los alrededores de la ciudad, unas casitas blancas con amplias terrazas. En Snagov también había casas lujosas al borde del lago con una lancha a motor esperando en el desembarcadero, balanceándose dulcemente... Como en el extranjero.

—Escapar a la gente, al ruido, al teléfono —agregó soñadora, mientras continuaba mirando el cielo.

La luz y la quietud crepusculares eran tan apaciguantes que Liza hubiera querido estar de veras agotada, extenuada por la vida de la capital y poder gozar en plenitud todos estos esplendores nuevos...

Se imaginó, por un momento, ser una mujer de mundo, fatigada por las locas fiestas nocturnas, cansada de los bailes diplomáticos y los tés, de vuelta ya de todas las aventuras; una heroína de novela a quien la vida no había negado nada y que, sin embargo, continuaba insatisfecha en el fondo de su corazón. Habría querido ser otra, siempre otra.

Dobló la cabeza hacia el capitán Manuilà y lo miró con una mirada absolutamente superior. Mezcla de ironía y de dulzura. Si él lo supiera. . .

—La luna está magnífica hoy —dijo Dorina—. Deberíamos apurarnos para tener tiempo de caminar...

Seguían, en ese momento, una ruta secundaria. A lo lejos, se divisaba la arboleda del monasterio, semejante a una melena que se disimulaba en el horizonte.

—¿Qué pueden estar haciendo los otros? —preguntó Dorina mirando hacia atrás—. Habrán partido ya.

Los otros eran los esposos Solomon, Stere, Stamate y Riri. Venían en el auto de un amigo, un silvicultor. Habían salido muy atrasados pero el vehículo era sólido y se aproximaban rápidamente.

—Son ellos —declaró Vladimir luego de haber observado con gran atención.

—Su amigo, el señor ingeniero, es muy tímido —dijo Liza.

—Hasta que entre en confianza —explicó el capitán—. En realidad, ninguno de nosotros es expansivo. Ustedes, la generación más joven —prosiguió dirigiéndose a Dorina—, tiene una forma de espontaneidad deportiva, hacen enseguida amistad. Y hacen bien. A mí, me es muy difícil, cómo decir, convertirme en camarada de gentes que acabo de conocer. Aun en el trabajo...

En el otro auto, cerca del conductor, Riri usaba la mano como visera para ayudarse a escrutar la lejanía y ver si se acercaban a los otros que

habían partido antes.

—Te hablo como un hermano, escúchame —decía Stere—, a tu edad la cuestión es no perder el tiempo.

—Pero yo no soy tan viejo —dijo Stamate riendo—, tengo apenas treinta y tres años.

—Es lo que yo te decía —retomó Stere—. Es ahora cuando comienza la edad peligrosa. Si no te decides en un año o dos no te decidirás sino muchos años más tarde y, entonces, te quemarás los dedos, puedes creerme...

Stamate enrojeció mirando la nuca de Riri. No se animaba a volver la cabeza y encontrar la mirada de los esposos Solomon. ¡Qué error había cometido al hablar de matrimonio! Debió simular inocencia, como si ignorara todos los planes de la familia Solomon acerca del capitán.

No obstante, al comienzo, le había placido hablar de casamiento, sobre todo porque creyó que, haciéndolo, beneficiaba a su amigo, que viajaba delante, con Dorina. Tal vez, lo habrían hecho adrede: dejarlo atrás para discutir con la familia... Pero la conversación, que comenzó en forma agradable, se desvió rápidamente y giró sobre él. Casi de golpe, Stere le preguntó por qué no se casaba...

—Somos terriblemente indiscretos —dijo de pronto la señora Solomon. Al mismo tiempo, dio un pequeño y disimulado puntapié a Stere. Cuando su cuñado se volvió, le lanzó una mirada indignada, la frente sombría y el rostro alterado.

—Aglaé, el auto de los otros se ha detenido —anunció Riri, con la mano en el aire.

Miraron todos. A cincuenta metros aproximadamente, hacia arriba, a la orilla del bosque, el otro vehículo se había, efectivamente, detenido. Alguien le había hecho señas con los dos brazos en medio del camino. Era un hombre joven, alto, moreno, sin sombrero, con anteojos para el sol.

—No me juzguen mal por haberlos detenido de esta manera —dijo cortésmente, aproximándose para saludar—. Supongo que van a Cáldárushani y les rogaría quisieran llevarme con ustedes sobre el estribo. —Sonreía, pero no parecía de ningún modo intimidado. Había puesto la mano derecha sobre la puerta y con la izquierda levantó tranquilamente sus anteojos.

Dorina se estremeció. Tenía ojos muy vivos, ardientes, pupilas desusadamente grandes. A juzgar por sus gestos y su lenguaje, el joven parecía venir de una buena familia. Liza contempló con admiración su ropa perfectamente cortada, deportiva, con grandes bolsillos al frente.

—Me he perdido, como si eso fuera posible —añadió alegremente—. O quizás me he dormido en el bosque y mis amigos se alejaron en el auto. Íbamos también al monasterio ...

El capitán se levantó para cederle su sitio.

—No tengo ninguna intención de molestarlos —protestó el desconocido—. Cuando decía que quería acompañarlos sobre el estribo no exageraba. Allí estaré perfectamente bien.

—Sería mejor juntarnos un poco —dijo Liza—, o si no yo tomo a Dorina en mi falda.

El joven debió someterse. Subió multiplicando sus excusas.

—Permítanme presentarme —dijo—. Me llamo Sergio Andronic, aviador de profesión, o casi aviador...

Rió de nuevo, mostrando todos sus dientes. Mientras le tendía la mano, Liza notó que no era moreno, sino que estaba tostado. Parecía ser un deportista apasionado, un hombre que pasaba buena parte del día al aire libre. El señor Andronic besó la mano de las damas con perfecta elegancia. Dorina se sonrojó: sus cabellos exhalaban un perfume de viril salud.

—Ahora podrá conocer también a los otros —dijo Vladimir viendo aproximarse al segundo automóvil.

Sergio Andronic dio vuelta la cabeza. El coche se detuvo al costado, sobre el camino. Vladimir hizo las presentaciones. El joven hizo un gesto, agradecido. No parecía estar inquieto ni molesto. Desde que estuvo instalado entre el capitán y Liza, que tenía a Dorina en su falda, se puso a hablar con volubilidad, intercalando aquí o allá algún chiste o un comentario jocoso.

"Es eso lo que se llama *l'usage du monde*", pensó Liza, fascinada por este joven hombre que dejaba transparentar tanto aplomo y fantasía.

—Llegamos esta mañana a Pipera para almorzar en el bosque —dijo el desconocido cuando el coche se puso en marcha—. Ellos vinieron a buscarme, es decir, mis amigos. Es allí donde cumplo mis horas de vuelo, ¡pero no crean que ya puedo hacerlo solo! Por ahora, aprendo...

Dorina y Liza lo escuchaban ávidamente, ¡qué voluptuosidad poder volar!

—Debe de ser muy difícil —intervino Vladimir súbitamente apasionado.

—La primera vez, cuando el avión te eleva, es feo. Se tiene la impresión de que todo está terminado, que no regresarás sano y salvo a la tierra. Luego, uno se habitúa y gusta. Uno siente que comienza a vivir

solamente allá arriba...

El capitán Manuilà sonrió para sí, con un dejo de tristeza. ¡Era tan literario lo que decía el joven!, y sin embargo, sus palabras impresionaban de manera extraordinaria. Sobre todo a las damas. Vaya a saber...

Era verdad. Dorina y Liza parecían transfiguradas. ¡Les ocurría tan raramente hablar con un aviador!... Nunca habían encontrado uno civil, joven, elegante y que, además, estuviera con ellas en el auto y les agradeciera por haberlo aceptado...

—No tengan miedo cuando les presente a mis amigos —exclamó el joven—. Son terribles. No puedo decirles a qué se parecerán cuando los encontremos. Yo los he dejado en ayunas y decentes, o mejor, son ellos los que me han dejado a mí.

Volvió a reír. Tenía una risa sana, masculina, contagiosa. Liza y Dorina también se pusieron a reír. El capitán Manuilà se contentó con sonreír. Imposible querer mal a este muchacho, pero debía ser un tanto sinvergüenza...

—Usted nos da miedo realmente —exclamó Liza, que había encontrado al fin el hilo de la conversación, perdido desde el momento en que el joven entró en el auto.

—¿Quiénes son sus amigos? —preguntó Dorina, más tímida.

—El más razonable es un ingeniero de las usinas de Reshitsa* —explicó seriamente Andronic—. Los otros, mejor dicho, ellas, porque están además, un arquitecto y sus amiguitas, dos bellas extranjeras. No sé más...

Dorina se esforzó por sonreír. No sería de lo más agradable. Quizás las jóvenes no sabrían una palabra de rumano y habría que hablar francés, lo que no le hacía mucha gracia. Liza, por el contrario, estaba feliz de poder hablarlo. Había pasado dos años en París y además trataba de hablar francés con sus amigos. Por otra parte esas extranjeras tendrían una cantidad de relaciones interesantes, en los medios diplomáticos, en los tés, en las reuniones aristocráticas... De todas maneras, el encuentro sería maravilloso. La noche se presentaba admirable...

—Lástima que no tengan los trajes de baño —dijo Andronic cuando se acercaban al monasterio—. No se imaginan qué agradable es nadar en el lago en una noche de luna...

—Pero debe hacer frío aún —dijo Vladimir—, estamos en mayo...

—¡Oh!, saben, yo me baño también en febrero —exclamó el joven. Parecía sincero. Hablaba mucho, rápidamente, con seguridad. Sin dar la

* Pequeña ciudad industrial de Rumania.

impresión, no obstante, de alabarse a sí mismo, o de darse importancia.

Tal como era: ancho de espaldas, los brazos fornidos, tostado por el sol, parecía natural que pudiera bañarse en febrero.

—Si sale la luna, es absolutamente necesario hacer una serenata en el barco —agregó—. Arsenic tiene una balalaika.

—¿Quién? —interrogó Liza.

—Arsenic, el amigo de quien hablaba.

—Pero, ¿por qué lo llama usted así? —Liza se puso a reír.

—¡Oh! ¡Tantas mujeres se han matado ya por él! —explicó Andronic, moviendo la cabeza.

El automóvil había penetrado en la alameda y se detuvo ante la puerta del monasterio. Fue en el momento de llegar, entre los árboles, que se dieron cuenta de que la noche había caído.

Las dos mujeres sintieron que un ligero escalofrío les recorría la espalda.

IV

Después de haber puesto al cuidado del hermano hospedero, valijas y canastos de comida, y mientras el grupo se aprestaba a descender al lago, Serge Andronic se les reunió corriendo, saliendo de las celdas.

—No los encuentro por ninguna parte —gritó decepcionado a la par que divertido por su propia confusión—. ¡Hay que creer que se los tragó la tierra!

Dorina no pudo disimular un gesto de alegría. Riri y el capitán lo observaron a un tiempo.

—Puede ser que hayan vuelto a Bucarest —arriesgó ella.

—¡Eso no es posible! —dijo Andronic—. Casi imagino lo que han hecho: han debido terminar en otro monasterio. —Lanzó una carcajada y hundió las manos en los bolsillos, volviéndose para mirar el lago como si la situación no tuviera importancia.

—No desespere —intervino Stere—, lo llevaremos en auto mañana por la mañana.

—¡Muchas gracias! Pero el problema para mí es saber lo que me pondré esta noche para dormir y cómo me voy a afeitar mañana. —Dándose vuelta vio a Liza que lo miraba sonriendo.

—Discúlpeme, señora, estos detalles tan indiscretos. Si supiera lo horrible que me pongo de un día para otro... La barba que me crece durante la noche... ¡Es espantoso!

Las damas se pusieron a reír, en particular la señora Solomon.

—Es terrible, no exagero nada de nada —subrayó Andronic—. No tendrían siquiera el coraje de llevarme con ustedes en auto. Salvo si tuvieran una gran valija...

Era tan sincero y espontáneo al hablar, que ni el capitán Manuilà pudo contener la risa.

—¿Ustedes creen que tendríamos tiempo para hacer un paseo en lancha? —interrogó Vladimir.

El señor Solomon consultó su reloj. Continuaba tomando sus responsabilidades de anfitrión también allí, en el monasterio.

Además, era él quien había arreglado todo. Se le había confiado desde largo tiempo atrás la administración y los monjes lo conocían.

—Ocho y cuarto. Si no tienen hambre...

—¡Oh, bueno! ¡Termina con eso! ¡Tenemos toda la noche para el banquete! —replicó Liza.

Se había propuesto pasear en lancha con el joven desconocido. Por el tono, el señor Solomon comprendió que había errado cuando habló de comida.

—Como quieran —dijo— será necesario encontrar las embarcaciones. —Andronic había descendido y se hallaba muy cerca del agua; era un milagro que no se hubiera hundido en el cieno blando, húmedo y sin brillo. Parecía contemplar con suma atención un punto en el centro del lago.

—¡Cuidado!, no vaya a resbalar —le gritó Stere—. Estas aguas son terriblemente traicioneras.

El joven volvió la cabeza con una sonrisa inquieta.

—¡Cómo si no las conociera! Miraba para recordar el sitio exacto donde la barca se hundió hace casi dos años y cuando estuve a punto de ahogarme.

—¿Qué dice usted? —dijo Solomon estremeciéndose.

Andronic trepó hacia la orilla donde estaban los otros. Parecía cambiado, pensativo, casi melancólico. Volvió a hundir sus manos en los bolsillos. Su paso era más lento. Parecía salir de una tumba.

—Decir que estuve a punto de ahogarme es poco... —agregó—. Uno de mis amigos, el abogado Haralambie murió en esa ocasión...

—¿Cómo, usted también estaba en ese barco? ¡Es extraordinario! ¡Cuando habló de naufragio recordé inmediatamente a Haralambie! ¡Qué coincidencia! Yo lo conocía. Cuando me enteré quise venir, pero no supe nada más sobre lo que pasó, no pude...

—Tenía lugar el proceso ese día —le recordó la señora Solomon.

—¡Eso es! —confirmó Solomon—. Uno de mis fastidios... Qué lástima, un hombre así...

—Pero, ¿cómo ocurrió? —preguntó Dorina alarmada.

Andronic la atraía ahora aún más, la perturbaba. ¡Había pasado por tantos peligros! Afrontaba la muerte a cada instante. Lo rodeaba tanto misterio, tanta virilidad y tanta aventura que Dorina comenzaba a mirarlo

arrobada. Como si un poder enorme la triturara luego de haberla arrastrado hacia ese bello desconocido y al que, sin embargo, ninguna esperanza podía ligarla.

El capitán le pareció ahora neutro, sin importancia. Lo veía con la mano cerrada sobre el botón del bolsillo de su chaqueta, al acecho…

—Cómo pudo ocurrir semejante desgracia —repitió Dorina.

—Yo tampoco comprendo muy bien lo qué pasó —respondió muy bajo Andronic—. No era la primera vez que remábamos en este lago. A pesar de todo, allá en el medio —hizo un gesto con el brazo— la barca giró varias veces y se dio vuelta…

—Habría tal vez un remolino —dijo Stamate.

—Sin ninguna duda —replicó Andronic, luego de mirarlo largamente—. Pero eso no fue lo más grave. Ambos sabíamos nadar muy bien. Además estaba la barca, hubiéramos podido asirnos a ella… Pero se hundió, señores, se fue al fondo como si estuviera embrujada o cargada de plomo…

Calló unos instantes. Todos estaban conmovidos, incómodos. Ya nadie tenía deseos de pasearse en barca. Como si de pronto el lugar se hubiera ensombrecido con las tinieblas que llegaban en oleadas desde el bosque cercano.

—Había muchas algas bajo el agua —dijo el señor Solomon—, sé que el priorato las arrancó después completamente… ¡Pero vuelven a crecer!

—Es la maldición del junco —dijo Andronic—, no morir jamás y crecer eternamente debajo del agua…

—¿Se ahogó enseguida? —preguntó Liza.

—Alcancé a ver su cabeza por algunos minutos, luego se hundió… me pregunto cómo pude salir…

—Es que Dios lo ayudó —dijo la señora Solomon.

Andronic no pudo disimular una ancha, triste sonrisa.

—Tal vez sea verdad —dijo suavemente.

Se pusieron en marcha con lentitud, por grupos, al borde del lago. Vladimir miraba con el rabillo del ojo el bote que había dejado detrás de ellos, amarrado a una estaca.

Andronic pareció recordar algo, pues se detuvo de repente, sacó las manos de los bolsillos y exclamó con un estallido de risa:

—Pero eso no debería intimidarnos. ¡Todo esto no quiere decir que no podamos pasearnos en barca!

Lanzó una aguda mirada al grupo. Sus ojos brillaban, escrutando a unos y a otros. Se detuvieron sobre Riri y Vladimir.

—¿Y si fuéramos a dar una vuelta ahora? —interrogó bruscamente haciendo un giro para regresar.

Stere lo tomó del brazo.

—Nada de tonterías —dijo—, no hay que desafiar a la suerte…

—Pero si eso me pica… —murmuró Andronic para sí, mirando de reojo hacia el agua.

Riri se puso a reír. La exclamación de Andronic le parecía cómica.

—Mejor sería ir al bosque —propuso el señor Solomon, haciendo señas de apurar el paso. El grupo se puso en marcha con indolencia, Andronic, Vladimir y Dorina detrás. Solomon tomó del brazo a su esposa y avanzó con paso más rápido, a fin de poder hablar sin ser oído.

—¿Quién es éste? —dijo en tono irritado—. A mí no me gusta nada. Lo deja al capitán en la sombra. Mamá dijo que deberíamos arreglarnos de cualquier manera esta noche. Quizás fuera mejor dejarlos solos, tú sabes, los dos…

La señora Solomon escuchó sin interés las confidencias de su marido. Miraba el verdor oscuro de los árboles que apenas se dibujaban más allá.

—¿Y qué quieres que yo haga? —interrumpió desganadamente—. Luego de haberlo invitado, no podemos decirle que nos molesta. Además, no tengo de ninguna manera la impresión de que el pobre le haga la corte a Dorina…

—Eso no —convino el señor Solomon—. No tuve la intención de decir eso… Pero tú sabes, este tipo, este Andronic, es uno que ha andado mucho, tiene labia… El capitán es más serio, no habla ni poco ni demasiado y si la discusión no es conveniente, lo has visto, no se le escapa una palabra…

Calló unos instantes, esperando la respuesta de su mujer. Pero la señora Solomon seguía distraída, desatenta.

—Somos nosotros quienes debemos tomar la iniciativa —volvió a decir el señor Solomon. Deberíamos dejarlos solos de una forma o de otra, quizás el muchacho diría algo… De todos modos, él debería conocerla un poco más… Pero si el otro no nos deja ni a sol ni a sombra…

—Hace un rato no parecías tan contrariado —le recordó la señora Solomon sonriendo—, ¿qué te pasa ahora?

El señor Solomon enrojeció y apretando el brazo de su mujer aceleró el paso.

—El tiempo no está para bromas, ¿no es cierto? Estamos en familia aquí y todos debemos ayudarnos de un modo o de otro…

En esto, la señora Solomon lo codeó discretamente. La familia

Zamfiresco salía del bosque y se dirigía hacia ellos. La señorita Zamfiresco fue la primera en reconocerlos y se apresuró a venir al encuentro.

—¡Oh, qué contenta estoy de que ustedes estén también aquí! —exclamó. Detrás, la señora Zamfiresco y los dos hombres, su marido y su cuñado, la siguieron con paso fatigado.

—¿Van a pasar la noche aquí? —preguntó la dama con tono alegre. Ahora sí estaba segura de que podían jugar al póker. Prudentemente había tomado dos mazos de cartas y los había escondido en un bolsillo del automóvil.

—Somos un grupo —dijo la señora Solomon no sin orgullo, indicando con un gesto a los otros que atravesaban lentamente los campos—. Hay también entre nosotros un joven bastante raro, un aviador.

Andronic acababa de llegar en compañía de Riri. Liza, Dorina y el capitán Manuilà se habían quedado rezagados. Liza se mantenía alejada de Andronic a propósito y evitaba su mirada. No obstante, el joven se sentía perfectamente a sus anchas y se dirigía ya a uno ya a otro con la misma espontaneidad y elocuencia. Se había adelantado junto con Riri, Vladimir y Stamate y avanzaban todos con el mismo paso entusiasta y juvenil. Si no hubiera sido por la sagacidad de Vladimir y de Riri que sospechaban por qué los Solomon se les habían distanciado, Andronic los hubiera alcanzado ya de buena hora...

—... y la señorita Zamfiresco —la señora Solomon terminó sonriendo de hacer las presentaciones. Ella miró a Andronic halagada. No era dado a cualquiera ser presentada a un aviador, deportista, elegante y aristocrático...

—¡Es toda una sociedad! —exclamó el señor Zamfiresco, mirando llegar a los otros.

Estuvo tentado un momento de hacer un juego de palabras, a propósito de monasterio: ¿Monasterio o veraneo? Eso, o bien una observación que sólo interesaba a los hombres: “Lástima que no sea un monasterio de monjas...”

—Dorina, ¿cómo estás? —preguntó la señora Zamfiresco besándola.

—Permíteme presentarte...

El capitán Manuilà y Stamate se inclinaron atenta y cortésmente. La señora Zamfiresco los juzgó con una ojeada. Comenzaba a comprender: querían casar a Dorina y lanzaban las redes... Seguramente es a Stamate a quien apuntan, es sobre él que han puesto la mira... No tiene aspecto de ser muy astuto y le pondrán el gancho encima más pronto de lo que se imagina...

—Veníamos del bosque —expresó la señora Zamfiresco—. ¡Si supieran qué maravilloso es! —Cerró los ojos, como extasiada...

—Nosotros también vamos allá —dijo Liza, un poco despechada de que los Zamfiresco hubieran estado antes que ellos. Tenía la impresión de que les habían robado un bien que les pertenecía, que el bosque iba a ser menos bello luego de que lo visitaran otras personas. Las exclamaciones y explicaciones de la señora Zamfiresco la irritaban. Trató de interrumpirla:

—Vamos, es necesario apurarse —dijo volviéndose hacia Vladimir y los demás—. Hasta que la luna salga, iremos a tientas en la oscuridad...

—Sigan el camino grande, el del medio —se apresuró a aconsejar la señora Zamfiresco—. De otro modo, podrían perderse...

—Sí, sí —dijo Liza poniéndose en marcha—. Nos veremos más tarde en el monasterio. —Caminó al lado de los Solomon y de Stamate.

El capitán, Dorina y Stere quedaron más atrás. Los otros y Andronic se paseaban a su gusto, discutiendo.

—Sepa que tendré miedo —declaró riendo Riri—. No me asuste más aún...

—Yo no prometo nada —dijo Andronic, fingiendo seriedad—. El bosque sin temor no tiene ningún encanto...

Dorina escuchó las últimas palabras y sonrió, soñadoramente. Marchaba con los ojos bajos.

—Aquí es ideal para su amigo —dijo Stere dirigiéndose al capitán Manuilà—. Un bosque, la noche, perfecto para cantar.

—Sí, no estaría mal —aprobó el capitán, ausente—. Pero creo que para quien es de la ciudad, es difícil.

—Podríamos jugar a policías y ladrones —oyó Dorina que decía nuevamente Andronic—. Si no me hacen capitán de gendarmes, no atraparán un ladrón en toda la noche.

Riri se puso a reír. Dorina continuaba sonriendo, con una sonrisa forzada. Comenzaba a hartarse de esta cofradía: Riri, Andronic, Vladimir.

—¡Cuidado, señorita! —era la voz de Manuilà. Dorina había pisado, sin advertirlo, una rama seca. El crujido la enfureció menos que el grito. Cuando dobló la cara, encontró los ojos del capitán. Brillaban en la sombra como los de un gato. Dorina se estremeció.

—¿Se ha rasguñado? —preguntó, tomándola del brazo. Su voz era ahora grave, cálida. Y sus maneras más suaves, acariciantes.

—¿Se te rompió la media, Dorina? —preguntó Riri desde atrás. Venía a ver qué había ocurrido. Tras ella llegó a grandes pasos, también Andronic.

—No quiero ver si se ha roto la media —dijo riendo—. Quería proponerles un juego y es usted, capitán, quien tomará la dirección —prosiguió en tono familiar dirigiéndose a Manuilà.

—Con gran placer si acepta que participen los de más de treinta años…

—Veamos —dijo Andronic—, cada uno de nosotros va a partir según su turno… Pero tendremos necesidad de un reloj con cuadrante luminoso —agregó.

—Stamate tiene uno, se lo ve perfectamente en la oscuridad —dijo el capitán. Miró hacia el grupo donde se hallaba su amigo, apenas se distinguían.

—Esperen, yo voy —propuso Vladimir y partió corriendo.

Los esposos Solomon y Stamate se habían sentado sobre un tronco caído.

—¡Qué hermosa noche! —exclamó Liza.

Fingía estar cansada. De hecho, esperaba que los demás se aproximaran, Andronic sobre todo… Estaba un poco fastidiada del silencio de sus compañeros. Stamate hablaba poco, cuidando sus palabras, como si estuviera enamorado, se había dicho la señora Solomon.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó el señor Solomon.

—No, nada; el capitán me ha enviado a buscarlo —aclaró Vladimir dirigiéndose a Stamate—. Le ruega prestarle su reloj pulsera. Queremos jugar un nuevo juego —precisó, enjugándose la frente.

—Vayamos también nosotros —dijo Liza súbitamente inquieta. Partió con rapidez sobre el camino apenas discernible en la sombra gris. Su corazón se había puesto a latir con presteza y ella sentía esa aceleración en todo su cuerpo. Como si algo grave se preparara, como si se aprestara a conocer algo urgente y terrible allí, en aquel grupo donde se hallaba Andronic.

—¡Lo he traído! —exclamó victoriosamente Vladimir, que se había adelantado. Andronic tomó el reloj y se lo pasó a Stere.

—… Usted espera un minuto, pero un minuto justo —dijo terminando la explicación— y da la señal de partida al que sigue. Aquél que no regresó hasta el instante en que el otro llega al árbol, ¡ya sabe lo que le espera!…

Riri se puso a reír.

—Pero yo tengo miedo de correr sola hasta el árbol —se quejó.

—Aquél que tenga miedo que no juegue y se quede aquí, junto al árbitro —dijo Andronic.

—Bueno, entonces juego…

Los esposos Solomon y Liza no comprendían nada.

—Pero, ¿qué ocurre? —preguntó el señor Solomon.

—Ahora entreguen las prendas —retomó Andronic sin contestar la pregunta—. Póngalas dentro de un sombrero…

Recorrió con la vista a los hombres del grupo, Stere llevaba sombrero y el capitán su quepis.

—Vamos a rogarle al capitán Manuilà que nos preste su quepis —dijo cortésmente. El capitán se lo alcanzó con una sonrisa.

—Gracias. Ahora, ¿quién viene conmigo para marcar el árbol? — Dorina quiso ofrecerse, pero Riri y Vladimir se le adelantaron.

—Explíquenos a nosotros también ese juego nuevo —rogó Liza.

—Lo entenderás enseguida —dijo tímidamente Dorina—. Sabes, es algo así como una carrera en el bosque. Pero no hay que tener miedo, ni tropezar ni caer porque entonces el minuto vuela…

Siguieron con la mirada al trío que partía a marcar el árbol…

V

El primero en jugar fue Vladimir. Había tomado la prenda de Dorina, un pañuelo atado con un hilo de seda rojo y blanco. Corrió emocionado, a grandes zancadas, cuidándose de las raíces. Allá, en el hueco, estaban su propia prenda y el encendedor de Andronic. Vladimir lo encendió, cambió las prendas y se apresuró a tomar el camino de retorno. Había escuchado la señal de Stere:

—¡El segundo!

"¡Si el encendedor permaneciera con luz hasta que Dorina llegara!", pensó Vladimir. Volvió la cabeza. Entre los árboles, reconoció la pollera blanca de la joven.

—¡Vladimir! —gritó Dorina—, ¡no te alejes demasiado, tengo miedo!

—¡Voy a perder la prenda! —se excusó Vladimir.

Dorina buscó el árbol con la luz. No se veía nada. ¿Y si el viento la hubiese apagado? Se puso a correr con más rapidez, la mano apretada contra el pecho. ¿Cuántos segundos habían pasado? Miraba con inquietud delante de ella. ¿Me habré equivocado de camino? De pronto, reconoció el árbol. El gran papel blanco que Andronic había puesto como señal, era bien visible.

Al aproximarse, Dorina percibió en el hueco la luz vacilante del encendedor. Lo tomó con emoción. Lo apagó y lo mantuvo un instante en la mano sin tener conciencia real de sus gestos. Luego, cambió rápidamente las prendas. Ahora era el turno de Stamate y su prenda era una lapicera. ¡Qué fácil tenerla en las manos, aun corriendo!

—¡El tercero! —oyó a lo lejos la voz de Stere.

Temía estar en retraso y se apresuró. Le parecía que las tinieblas se habían espesado. Le era necesario contornear el claro para alcanzar al grupo por el otro camino. Pero ella tomó el mismo. Un poco después

alcanzó a ver una sombra asustada que avanzaba a grandes pasos. Sintió su respiración. Stamate corría con el mentón sobre el pecho, los puños cerrados. Como queriendo batir un record.

—Se ha equivocado de camino —le gritó, encontrándose frente a frente con Dorina y evitando llevarla por delante.

—Tuve miedo —le respondió también a los gritos, sin aminorar la carrera.

¿Significaba que había perdido la prenda al tomar el mismo camino?

Este pensamiento la perturbó. Podría ser que Andronic, que era el quinto en partir…

—¿Por aquí se vuelve? —la interpeló Stere cuando llegó. Allí estaba, reloj en mano, muy serio, casi grave. Se sentía realmente honrado por haber sido elegido como árbitro. Era el único que poseía una voz tan potente y neta como para llegar al claro…

—Tuve miedo de volver por aquel lado —se excusó Dorina, con una mano sobre el corazón—. Miedo de encontrar una serpiente…

Las damas lanzaron un grito.

—No hay serpientes por aquí —declaró perentoriamente Andronic.

—El cuarto —gritó Stere, que no había dejado de mirar el cuadrante—. ¡Liza, corre!

Liza se abalanzó de golpe. Desde que Stamate había partido y se le dijo que era su turno, quedó con los músculos tensos, los ojos fijos en la oscuridad. Vio la sombra de Stamate perdiéndose entre los árboles. Tuvo miedo de la noche que la esperaba para tragarla unos pasos más allá y devorarla en soledad. Cuando escuchó a Dorina hablar de serpiente, un escalofrío le recorrió la espalda. Pero las palabras de Andronic la tranquilizaron. Era sólo un juego. Dos minutos en el bosque y luego Andronic la seguiría…

Llegó rápidamente al árbol marcado de blanco. Cambió las prendas y buscó el encendedor. Lo encontró apagado. Sin duda el viento o ese imbécil de Stamate que no había sabido prenderlo. Se apoyó contra el árbol. Su corazón golpeaba, pero no por la carrera. Tuvo de pronto frío, tanto frío que sus dientes castañetearon.

—El quinto —oyó la voz de su marido, que le pareció más ronca.

Permaneció adosada al árbol, esforzándose por gobernar el temblor de todo su cuerpo. Es una tontería lo que voy a hacer, es tonto…

Andronic partió con paso largo, elegante y rítmico, de atleta apasionado por el juego. Lo siguieron todas las miradas. Sobre todo Dorina y Riri se emocionaron viéndolo alejarse, esbelto y rápido en la oscuridad…

Dorina dobló enseguida la cabeza hacia la derecha para ver si Liza volvía. Esperó unos instantes, luego escrutó las tinieblas... ¿Qué estaría haciendo que tardaba tanto en regresar? Riri trepidaba de nervios. Era su turno. Cuando Stere levantó la mano y se preparaba para decir: "el siguiente", Riri partió bruscamente.

—Liza —gritó Dorina con impaciencia—, ¿te has perdido?

—¿Qué puede estar haciendo? —interrogó a su vez Stere, los ojos en el cuadrante—. Hace ya dos minutos y quince segundos que se fue. Espero que no le haya pasado nada, que no se haya resbalado.

—Lizaaaaa —bramó Vladimir—. ¡Has perdido!

Liza escuchó los gritos, pero no se apresuró a responder para tranquilizarlos.

Andronic no se mostró ni sorprendido ni feliz de encontrarla allí, apoyada en el árbol. Se contentó con preguntarle cortésmente:

—¿Está fatigada, señora?

Ella musitó algunas palabras. Se hallaba nerviosa, decepcionada. Tenía ganas de llorar. Había esperado algo, un gesto al menos. Pero Andronic se limitó a inclinarse sobre la cavidad, cambió las prendas y dio fuego al encendedor después de haber limpiado la mecha. Cuando terminó le preguntó con indiferencia:

—¿Tan pronto se da por vencida? Faltan aún dos segundos...

Luego partió con su paso decidido hacia el claro. Liza experimentó una lacerante humillación. En este instante habría llorado, insultado. Continuaba inmóvil. Sería ridículo correr ahora detrás de él. Pero tendría tanta vergüenza si Riri la descubría así... Cuando la vio llegar, contorneó el árbol y tomó otro camino, su corazón ya no palpitaba salvajemente, ahora había un vacío, un estúpido debilitamiento...

—Lizaaaaa —escuchó otra vez a Vladimir.

—La encontré apoyada contra el árbol —explicó Andronic al retornar—. Tengo la impresión de que se cansó muy rápido.

En el momento en que el capitán Manuilà se disponía a partir, Liza apareció de entre los árboles.

—¿Qué te pasó? —le preguntó amigablemente Stere.

—Corrí muy ligero y tengo un poco de jaqueca —respondió Liza. Le pareció que Dorina le lanzaba una mirada inquisidora, desconfiada, y eso la irritó más aún. Hasta el final del juego se alejó del grupo y fumó para matar su aburrimiento.

De repente, la voz de Andronic se elevó, haciéndola estremecerse e inquietándola.

—Ahora, la segunda parte comienza, la más palpitante. Sin árbitro. Todo el mundo corre y se esconde. Sólo el reloj será el que dirija...

Liza se aproximó.

—¿Todos tienen sus prendas en la mano? —interrogó Andronic.

—¿Yo también debo correr? —lo interrumpió Stere—. Sería un poco difícil...

—No es necesario correr mucho —lo tranquilizó Andronic—, sólo el tiempo justo para esconderse...

Después se volvió hacia los otros como para recordarles una lección:

—Cada uno volverá antes de un cuarto de hora aquí y tomará la primera prenda que le caiga en mano. Por cierto, bajo palabra de honor.

—¿Cómo, también el reloj quedará aquí? —preguntó el capitán Manuilà.

—Estamos solos en absoluto... —replicó Andronic.

—Pero entonces, ¿para qué sirve el reloj?

—Ahí está precisamente el misterio del juego —dijo riendo Andronic—. El control, el árbitro...

Nadie comprendía lo que iba a ocurrir y esto los tenía aun más curiosos e impacientes. Miraban hacia todos los rincones, como buscando el camino que iban a seguir en el bosque y el lugar donde podían esconderse. Era plena noche. Hacia el lago, el cielo se aclaraba delicadamente. Arriba, entre las hojas, se veían algunas estrellas. Un gran silencio se extendía en los alrededores, sin que nadie se apercibiera ni se interesara.

—Cada uno tiene que correr en direcciones diferentes —agregó Andronic—. Pero no se vayan todos al monasterio, no me dejen aquí solo...

—Y usted, ¿dónde va usted? —le preguntó Manuilà.

—Yo salgo el último —le respondió Andronic.

Stamate buscó los ojos de su amigo, como si quisiera preguntarle algo.

—El que primero parte es el que perdió primero la prenda —dijo Andronic. Liza tembló. Salió de la fila y sonrió al ver que todos la animaban con un gesto y se fue corriendo.

—No corras muy rápido, puedes hacerte daño otra vez —le gritó Stere.

Liza no respondió.

VI

El capitán Manuilà y Andronic quedaron últimos. Se escuchaban aún los pasos prudentes, lentos, de Stere. De tiempo en tiempo se oían voces femeninas, algunos gritos. Era Vladimir que no terminaba de asustarlas, de manera que Riri y la señora Solomon habían convenido en permanecer cerca la una de la otra.

—Es su turno, capitán —le recordó sonriendo Andronic.

—¿Y si les hiciéramos una broma, escondiéndonos aquí? —propuso Manuilà.

—El juego se arruinaría. Es ahora cuando comienza la parte más linda, lo que no se conoce...

—¿No me lo puede decir a mí? —rogó el capitán.

Andronic se puso a reír y posó un instante la mano en el hombro de Manuilà. Fue un gesto breve, nervioso y el capitán se estremeció.

—¡Como si supiera lo que va a pasar! —dijo—. Es ahora cuando el juego es hermoso, cuando nadie sabe lo que ocurrirá...

—¿Es verdad lo que dice? —se asombró el capitán—. Pero entonces para qué dejar el reloj aquí...

—En todo caso, nadie lo robará —se apresuró a decir Andronic—. Seríamos tontos en cooperar, una docena de personas perfectamente razonables, en la invención de un juego con la intención de que alguno pueda llevarse el reloj del cuadrante luminoso...

El capitán enrojeció, pero no pestañeó. Continuaba mirando a Andronic, derecho a los ojos. El joven no pareció en absoluto turbado por la mirada inquisidora de Manuilà.

—¿Y entonces? —preguntó otra vez.

—Y bien, ¡como si fuera tan difícil adivinar! Para saber cómo pasa el tiempo.

Volvió a reír e hizo señas a Manuilà de que era su turno de partir y esconderse.

—Yo seré el último —dijo.

Incrédulo, el capitán meneó la cabeza y se alejó a grandes pasos al azar.

Andronic lo dejó alejarse y lo siguió con la vista hasta que desapareció en las tinieblas. Después estalló en una carcajada.

—En fin, ya los he sembrado —murmuró entre dientes.

Se agachó, tomó el reloj y contempló el cuadrante luminoso: nueve y cinco.

"Los dejaré jugar hasta las diez", se dijo. "Luego los niños buenos van a cenar gentilmente y prepararse para ir a la cama."

Volvió a colocar el reloj en el lugar convenido y se fue con paso rápido en dirección del lago. Enseguida salió de la espesura. Echó una ojeada a derecha e izquierda, para asegurarse de que nadie lo veía. Además, suponía que estaban todos escondidos en el bosque. Se escuchaban sin cesar risas, gritos ofuscados y quebraduras de ramas que provenían de la oscuridad. Andronic llegó al borde del lago y buscó con los ojos un escondrijo. Se dirigió hacia una parva recién cortada, se acostó sin temer nada, los brazos cruzados bajo la nuca. Su mirada encontró de repente el cielo, parpadeó, enceguecido por las tinieblas. Apagados y lejanos, los rumores y las voces de la floresta llegaban hasta él.

—¡Con tal que no tengan temor de su propio miedo! —murmuró Andronic, sonriendo.

Liza, que había sido la primera en partir y se hallaba más lejos, se detuvo bruscamente con la mirada fija, hacia adelante. Creyó ver una sombra moverse con cuidado, como al acecho, esperando tal vez que se aproximara. Le pareció oír en ese instante una respiración contenida, parecida a la de un animal salvaje. Tuvo temor y quedó clavada en su lugar, no animándose a mirar más que al frente.

La sombra se movió suavemente, tratando de no hacer ruido.

Liza habría permanecido así largo tiempo, la mirada fija y la respiración entrecortada si no hubiera escuchado inopinadamente una voz a su derecha:

—¿Quién está ahí?

Reconoció a Stamate, que se aproximaba, él también con temor, los músculos tensos.

—¡Chist! no haga ruido —susurró Liza—. ¿No tiene la impresión de que hay alguna cosa frente a nosotros?

Stamate miró atentamente.

—No veo nada. —Era quizás el viento, nada más. Se encontraba muy próximo a Liza. Percibía su respiración casi en su propio cuerpo y no estaba para nada intimidado por su presencia.

—No es nada —repitió para tranquilizarla.

Era verdad, la sombra parecía haberse desvanecido bruscamente, ni un movimiento, ni un ruido. Sólo el viento, un viento suave que pasaba entre las ramas...

—¿Qué hacen los otros? —interrogó de pronto Liza, excitada—. ¿Ha visto a alguno?

—A la señorita Riri —dijo Stamate aproximándose un poco más a Liza—. Estaba sola...

—Puesto que usted la abandonó —dijo Liza, insinuante.

—No era a ella a quien buscaba —aventuró Stamate tomándola por el brazo.

Liza no se opuso. El gesto la divertía y le halagaba esta brusca pasión que había despertado en el corazón del taciturno ingeniero. Sabía que podía jugar sin peligro con él. Era demasiado tímido, demasiado educado...

—¿Qué puede estar haciendo Andronic? —exclamó súbitamente para romper el silencio—. Me parece que es un tipo muy sospechoso... —Agregó rápidamente—: ¿Usted comprende o entiende algo de este juego?

—Nada —se apresuró a responder galantemente Stamate—. Pero me agrada cada vez más. De otra manera no hubiera podido estar a solas con usted... —Sentía golpear su corazón. Tenía el brazo de Liza fuertemente apretado contra su pecho. Ella se puso a reír.

—Pero al menos, ¿está seguro de que estamos realmente solos? —dijo mirándolo a los ojos. Stamate se estremeció. “Ella me incita.” La tomó entre sus brazos y trató de besarla. Liza se soltó no sin esfuerzo, riendo.

—¡Ah, no, así no! —dijo, escapando.

—Pero usted fue la única que perdió, ¡era un juego de prendas!

Liza huyó hacia la espesura. No tenía miedo ahora que se veía perseguida por Stamate. Se sentía joven, libre y esto no hacía sino acrecentar la dicha de la persecución.

—Sepa que voy a tropezar y caer por su culpa —gritó escuchando el aliento del hombre, detrás.

Stamate la volvió a tomar entre sus brazos, esta vez él no la dejó esquivarse. Además, Liza ya no se debatía.

—¿No era que jugábamos a las prendas? —murmuró Stamate. Trató de besarla. Liza lo evitó riendo. La audacia del joven no llegaba a enfadarla,

además no quería enojarse.

—¿Y si alguno nos viera? —musitó misteriosamente.

—Por eso, nada de ruido —le dijo Stamate en el oído, rozándole el cabello con el borde de los labios. La mujer tembló. Él sintió su pecho y la cerró con más fuerza entre sus brazos.

—¿Quién anda ahí? —resonó de pronto la voz de Vladimir.

No se movieron. Liza quiso reír, pero escondió su rostro en el pecho del hombre.

—¡Chist! —dijo Stamate siempre en su oído—, vamos a jugarle una broma.

—¿Quién está ahí? —interrogó nerviosísimo por segunda vez Vladimir.

Había escuchado voces bajas, risas, roces y todo llegaba a sus sentidos como el sortilegio de un misterio erótico, exasperante y sensual. Sintió un dolor extraño, oscuro, invadir todo su cuerpo, semejante a una borrachera brusca y agotadora. Muy cerca, quizás a pocos pasos, detrás de uno de esos enormes árboles, pasaba algo incomprensible y prohibido. Pero, ¿qué podía ser eso? Vladimir dio algunos pasos en otra dirección. Percibió entonces una sombra que le hacía señas con los brazos. Se dirigió hacia ella tratando de evitar las ramas secas.

—¿Has visto ya a alguien? —le preguntó la señora Solomon atrapándolo por el brazo. Al sentir el calor de esta mano femenina, Vladimir comprendió que algo le había ocurrido a la prima Solomon. La palma estaba húmeda y sus ojos brillaban. Su voz era más grave.

—¡Si supieras qué miedo tuve hasta que te vi! —se quejó ella con afectación—. Estoy aquí sola desde que me perdí.

Lentamente, un estremecimiento se apoderó de Vladimir.

—¿Cómo hiciste para perderte? —la interrogó más para decir algo que para recibir una respuesta.

El silencio lo espantaba, ese silencio en el que se escuchaba solamente el latir de su corazón y la respiración ardiente de su prima.

—Tuve la impresión de que alguien me perseguía —dijo la señora Solomon—. ¿No tuviste miedo?

—No —respondió con tranquilidad Vladimir—. Sólo de cuántos minutos han pasado desde que partimos...

Volvió la cabeza hacia la señora Solomon y encontró sus brillantes ojos. Se sonrojó bruscamente.

—¿Y si fuéramos a ver qué hora es? —preguntó al azar, para disimular su inquietud.

—No sería divertido. Vayamos más bien a sorprender a algunos en

flagrante delito de amor para hacerles una broma...

Buscaron el camino apretados el uno contra el otro. Vladimir temía pasar cerca del lugar donde algunos minutos antes había escuchado murmullos y risas. Temía, pero el lugar lo atraía como por arte de magia. La prima pesaba cada vez más en su brazo.

—¡Liza! —se escuchó a lo lejos la voz de Stere.

La señora Solomon se puso a reír.

—Cada uno busca a su mujer —dijo en voz alta—, puede ser éste justamente el juego...

Al escuchar los pasos, Liza se debatió en los brazos de Stamate.

—¡Suélteme! —murmuró.

La señora Solomon se detuvo de pronto, como alcanzada por el mismo sortilegio que había turbado a Vladimir.

—¡Hay alguien por aquí! —dijo quedamente—. ¡Vamos a sorprenderlos!

Se aproximaron al árbol. De súbito, Liza se les apareció.

—¡Hay un fauno en el bosque! —exclamó, tratando de disimular su emoción.

—Esperemos que no haya más que uno —dijo la señora Solomon riendo. Hubiera querido retener a Vladimir por el brazo, pero él tenía los ojos fijos sobre el lugar de donde Liza había surgido. ¿Qué podría haber allá? ¿Y qué podría haber pasado en esas tinieblas? Sentía vergüenza de sus propios pensamientos al mismo tiempo que odiaba a su cuerpo, exasperado por su timidez. Habría querido huir. Ahora, era como si todo el bosque respirara anhelante, caluroso y sensual. Como si de todos lados se elevaran halos de cuerpos desnudos y en cada espesura hubiera parejas enlazadas...

—Y tú, ¿qué hacías tú, Vladimir? —interrogó Liza de improviso— ¿Eras tú el que gritaba hace rato, por aquí? —prosiguió, sonriendo.

—Como si no lo supieras... —le contestó Vladimir, humillado—. Como si escucharas mi voz por primera vez...

La señora Solomon se puso a reír y lo atrajo hacia sí.

—Termina de hacer rabiar al chico, no lo molestes —le dijo, en tono protector.

Vladimir estaba descontento consigo mismo. Era mejor cambiar de conversación, escapar...

—¿Dónde diablos pueden estar los otros? —preguntó y se soltó con presteza del brazo de la señora Solomon. Se llevó las dos manos a la boca y se puso a gritar.

Ese largo grito pareció liberarlo y Vladimir sintió su orgullo restablecido. Le pareció que el bosque entero se había hecho eco de su llamado.

—Vlaaaaad —le respondió una voz femenina—. ¿Dónde se han escondido?

—Vayamos a asustarla —propuso Liza.

—Es Riri —dijo Vladimir—. Si le damos miedo, va a gritar y ponernos en ridículo.

Se veía llegar desde el claro una sombra que avanzaba con aprensión.

—No me asustes —gritó Riri—, ya sé dónde están. Eso no le impedía caminar con sumo cuidado. Desde atrás de cualquier árbol, alguien podría surgir, encerrarla entre los brazos y aterrorizarla.

—Les diré algo curioso —agregó, aproximándose—. Pero no me asusten... —Se detuvo y esperó un instante, temblando.

Vladimir salió de la oscuridad y se le plantó delante.

—¿Dónde has estado? —le preguntó para tranquilizarla.

—Fui a ver la hora que era y me perdí. ¿Quién está allí todavía? —interrogó rápidamente, escrutando las tinieblas.

—Liza y Aglaé —respondió Vladimir con tono sombrío—. ¿Has visto a otros?

Riri se puso a reír.

—Pasé cerca del reloj —murmuró—. Stere y Jorj están allá, tranquilamente sentados en la hierba...

Liza salió de atrás del árbol, curiosa:

—Y a Andronic, ¿alguien lo ha visto?

—A él no lo vi. Pero los otros, con seguridad que están por jugarnos una mala pasada. Además, tengo un secreto: el capitán y Dorina se pasean como dos enamorados...

La señora Solomon se acercó también.

—¿Los has visto? —interrogó Liza—. ¿Era el capitán o tal vez Andronic?

Riri protestó. Era el capitán quien acompañaba a Dorina. Iban hablando bajo, no había podido escuchar lo que se decían, pero Dorina levantaba a menudo la cabeza como si tratara de atravesar el bosque para alcanzar el firmamento.

—¿Estaban absolutamente solos? —Liza reiteró su pregunta—: ¿No estaría Andronic escondido por allí?

Riri retomó sus explicaciones. Se sorprendió enardeciéndose al hablar, como si se esforzara por defender a Andronic de una acusación sin

fundamento, y enrojeció.

—¿Qué pueden estar contándose los enamorados? —se asombró, Vladimir, sonriendo—. Vamos a decírselo a Jorj, se va a poner contento...

El capitán Manuilà había encontrado a Dorina, fortuitamente, sin buscarla. Último en partir, se dirigió, luego de una breve hesitación, hacia el claro. Mientras caminaba con la cabeza gacha, pensando, tuvo de pronto vergüenza de su propia debilidad: Él, un hombre hecho, obedecer las órdenes de un muchacho. Si al menos no hubiera nada de sospechoso en este asunto... Este Andronic le parecía decididamente raro. Sin embargo, lo que más lo intrigaba era su aparición alborotada y febril, su imaginación de jovenzuelo habituado a perder su tiempo en los deportes, en sueños fútiles y en las mujeres. Les había robado el placer a ellos, a todos ellos, de callarse ingenuamente ante la floresta... Ahora, este gran bosque dormido, no emocionaba más a Manuilà. Era como un jardín público, donde se divierten los niños y los adolescentes... La imaginación de Andronic había neutralizado el misterio y las sombras de los árboles le parecían a él, al capitán, solamente propicias para hacer el amor o dormir. Se propuso volver al punto de partida cuando vio, muy cerca, a Dorina. La había reconocido por su blusa floreada y sus manos ansiosas.

—¿Es usted, señor capitán? —interrogó la joven.

—El destino quiere que sea yo —le respondió Manuilà—. ¿Esperaba usted a alguien?

Era verdad. Dorina parecía estar al acecho. Había elegido un sitio desde donde podía mirar, a través de los troncos de los árboles, en todas direcciones, mientras quedaba prácticamente invisible. Cuando el capitán la interpeló, se defendió obstinadamente.

Manuilà comprendió y la sangre le subió con brusquedad a la cara.

Su despecho, al pensar en Andronic, se acrecentó. Al mismo tiempo, su orgullo herido, le hizo despreciar a esa niña bobalicona que creía poder cambiarlo fácilmente por cualquier recién llegado...

—No comprendo gran cosa de este juego —dijo, percibiendo el confundido silencio de la joven—. Tengo la impresión de que Andronic va a sutilizar algo y convertirse en dueño de la situación... Lo mejor del caso es que tantas personas sensatas se hayan dejado embaucar —añadió rápidamente, viendo que Dorina quería protestar.

—No creo que el señor Andronic sea un timador de baja estofa —dijo Dorina, conteniéndose.

El capitán se puso a reír y se aproximó aun más a la joven. No tenía ya la sensación de tener frente a él a una eventual prometida, a una

señorita bien educada a la que debía respetar, sino simplemente a una de esas jóvenes mujeres sin nombre, halladas a lo largo de su vida de hombre solitario. La tomó por el brazo y la atrajo ligeramente hacia sí.

—Despreocúpese, señorita, él no merece ser defendido por una niña tan hermosa como usted...

Dorina quedó petrificada, sorprendida por el brusco cambio del capitán. ¿Qué clase de hombre era, para comportarse así, con tanta vulgaridad? Temía gritar. El capitán no le había dicho aún ninguna indecencia y si no hubiera sido por esta súbita brusquedad, su gesto no era tan grave...

—Vamos a pasearnos un poco —sugirió Manuilà. Dorina vaciló, pero el capitán la atrajo con dulzura aun más cerca.

—Sus procederes son más bien raros, señor capitán —aventuró Dorina.

—Imagínese que jugamos a las prendas, señorita —respondió Manuilà, riendo—. A veces, es verdad, se tiene la mala suerte de caer sobre el caballero que no nos place. —El tono con que pronunció las palabras hizo que Dorina se sintiera obligada a excusarse.

—No es lo que he querido decir. Confieso que su voz me asustó un poco...

—El eco, sin duda. ¿No le parece que no se tiene la impresión de estar en un bosque? —interrogó el capitán al cabo de un momento, lanzando una mirada a su alrededor.

Dorina miró hacia lo alto, hacia el cielo. Era verdad, tanta calma, tanto silencio...

—Es como si estuviera en Cismigiu* —volvió a decir Manuilà.

—No, mejor en Sinaïa, en el parque más allá del monasterio.

—Es triste, ¿no? Cuando se piensa en que se podría haber penetrado en el bosque con pavor y contar historias de diablos y vampiros...

—Oh, no. Nada de eso, ¡me da miedo! —gritó Dorina.

—Yo podría servir de todas maneras para algo, no tema. Creo que podríamos haber tenido una velada más agradable si no hubiésemos encontrado a ese joven...

Dorina se ensombreció. La insistencia de Manuilà la molestaba. "¡Quién sabe lo que este descortés piensa de mí!" La verdad era que cuando lo vio, Dorina había esperado por un momento que fuera Andronic. Hubiese sido divertido encontrarlo en soledad. Puede ser... Quién sabe...

* Parque de Bucarest.

Ella volvió la cabeza, le pareció que alguien la seguía. Pero no, no había nadie.

Estaban bastante alejados del grupo.

—¿Qué cree que harán los otros? —preguntó Dorina para cambiar de conversación.

—Lo mismo que nosotros: hablan de amor —dijo el capitán con una deliberada vulgaridad. Dorina se estremeció, inquieta. ¿Y si se le ocurriera declararse ahora? Sería ridículo. Y decir que este hombre un día sería... Si sólo fuera tonto, como Stere, y ella pudiera, al menos, despreciarlo...

—De eso me gustaría, en lo que a mí concierne, hablar con usted —dijo el capitán—. Pero con seriedad, no sé lo que pueden estar haciendo los otros. Por mi parte quisiera pedirle respetuosamente, amigablemente, si usted me permite, en fin... usted comprende...

—¡Pues claro! —se apresuró a decir Dorina, más serena.

—Quisiera preguntarle lo que piensa, sobre esas cosas, el amor... ¿no es verdad? es un azar, una llama que se inflama de pronto o bien es algo que crece laboriosamente, después de muchos años de vida en común y de amistad. Su opinión me interesa mucho...

—Usted sabe, yo no puedo dar opiniones personales —se burló Dorina—. Pero podría responder quizá desde otro punto de vista... Podría decirle que es algo que desconozco todavía, en lo que he pensado a veces yo también, claro, por supuesto, como en un ideal.

Se puso a hablar con volubilidad, entusiasmada. De pronto se dio cuenta de que no pensaba en lo que estaba diciendo, que lo hacía con otros recuerdos en la mente, obsesionada por el reflejo de una mirada perturbadora. Calló, alzando una vez más la cara al cielo para recuperarse.

"Ella piensa en el otro", comprendió, apenado, Manuilà.

Sentía su presencia con tanta intensidad que una ola exasperada de celos coloreó sus mejillas y bloqueó su respiración.

—Sí, comprendo —dijo, conteniéndose.

—¿No es verdad? Son cosas tan difíciles de definir —se excusó Dorina.

Continuaron caminando.

"Es en el otro en quien ella sigue pensando", se dijo el capitán.

—¿Qué hora puede ser? —preguntó súbitamente Dorina, como si recordara de pronto que tenía algo que hacer—. ¿Y si volviéramos?

VII

Era tarde ya, las diez pasadas, y la familia Zamfiresco comenzaba a perder la paciencia. Se habían quedado en el patio, en un banco, frente al locutorio.

—Sepan que es exactamente como les digo —declaró la señora Zamfiresco—. Quieren casar a Dorina.

Humillada por el giro que tomaba la conversación la señorita Zamfiresco se levantó y se dirigió al lago.

—Voy a ver si llegan —dijo.

—Y yo adivino quién ha arreglado todo este asunto —prosiguió la señora—. Todo se ha hecho en Bucarest, en secreto, sin que supiéramos nada... Como si hubieran tenido miedo de que les robáramos el yerno...

Se esforzó por reír, pero no podía dominar su irritación. Si por lo menos Liza regresara un poco antes, podría saber algo más...

—¿Tienes hambre? —le preguntó el señor Zamfiresco—. ¿Y si no los esperáramos y nos sentáramos a la mesa?

La señora Zamfiresco encontró la ocasión de dar rienda suelta a su fastidio.

—¡Por Dios, mi querido amigo, hemos almorzado a las cuatro y tú has comido, gracias al Señor...!

El señor Zamfiresco se torció como un resorte hacia su mujer, listo para la disputa, pero la señorita Zamfiresco llegaba corriendo y haciendo gestos con la mano.

—¡Ya vuelven! —gritó, feliz—. Escuché sus voces cerca del lago... Están realmente en encantadora compañía...

Lamentaba ahora no haber ido con ellos al bosque. Quizás habían jugado juegos de sociedad o cantado a coro, dado que permanecieron tanto tiempo...

—Por suerte han regresado —dijo el señor Zamfiresco, componiéndose—. Espero que no se te ocurra jugar a las cartas enseguida de la cena...

Enfurruñada, la señora Zamfiresco se levantó y se acercó a su hija.

—Escucha, no les digas que los hemos esperado para cenar —murmuró—. Que no vayan a imaginar que nos son indispensables... Veamos primero si nos invitan...

Las voces se oían ya claramente. Sin embargo, el grupo parecía avanzar lentamente, pues durante cierto tiempo no se vio a nadie. La señora Zamfiresco preparó también ella su sonrisa. Volvió al banco y habló en alta voz, como tratando de alegrar a su pequeño grupo. "Que no crean que nos hemos aburrido solos aquí, esperándolos para divertirnos."

—Y la luna, Horica, ¿cuándo se levanta? —preguntó mimosa a su marido.

—Hacia la medianoche —respondió el hombre, con los ojos en el cielo.

—A mí no me atrapó —escuchó la voz de Stere—, pues me quedé con Jorj a resguardo. No he corrido el bosque como ustedes.

—Pero confiese al menos que ha sido encantador —dijo Andronic riendo.

Era una risa que no podía provocar la cólera. Una risa joven, sincera, como desbordante de orgullosa virilidad.

La señora Zamfiresco comenzó a sonreír aun cuando los otros se hallaban todavía a varios metros de ella.

—En el fondo fui yo quien cayó en la trampa —continuó Andronic—, puesto que mi plan no tuvo éxito...

—¿Pero por qué no quiere decirnos cuál era su plan? —insistió Liza.

—No puedo —se excusó Andronic—, porque no he renunciado a salirme con la mía. Me perdí en el bosque y no llegué a tiempo, sino ustedes estarían todavía en la espesura...

—¡Muero de curiosidad! —dijo Liza.

—No tema, señora —la serenó Andronic—, el juego prosigue, aun a pesar de nosotros...

Los grupos se reencontraron y la señora Solomon contó a los demás su carrera en la floresta.

—¡Fue sublime! —exclamó—. ¡Qué calma y qué aire puro!

—¿No se los había dicho? —interrumpió la señora Zamfiresco.

Hablaban todos a la vez, llenos de entusiasmo. Stamate mismo estaba más ágil, más despierto y se arriesgaba de vez en cuando a decir algo gracioso. Los besos de Liza le habían dado coraje.

—Sepan que cuando la luna se eleve, regresaremos al bosque —dijo.

—Yo no —se defendió Stere—, que vaya la juventud.

La señora Zamfiresco se puso a reír con ganas. De manera que se podría contar con Stere y tal vez con los Solomon... Un buen póquer, luego de la cena, aparte, en una habitación reservada para los visitantes...

—¿Quién prepara la mesa? —preguntó Solomon—. ¿Han traído los canastos del automóvil?

Riri, Liza y la señora Solomon se ofrecieron para preparar todo. La señora Zamfiresco hubiera querido ir también a ayudar, pero observó que Dorina no se movía. Sería mejor quedarse. Hay tantas jóvenes que juguetean y ríen... Mejor quedarse aquí...

—¿Quién viene a la bodega para comprar el vino? —preguntó de nuevo Solomon.

Casi todos los hombres deseaban ver los sótanos del monasterio. Andronic y Vladimir se mostraban particularmente impacientes.

—Traeremos el vino en calderos —les explicó Solomon, orgulloso por la atención que despertaban cada una de sus sugestiones—. Dentro de baldes o de calderos —precisó el señor Zamfiresco—. Pidan que les den ese vino, ustedes saben, el bermellón famoso... Tienen también un moscato, pero se sube pronto a la cabeza...

—Es demasiado denso —intervino la señora Zamfiresco—. Stere, ¿cuál es el que tenemos en el auto?

—El mismo.

—Entonces, no es necesario mezclarlos.

—No se olviden de traer queso. Hacen uno de esos quesos blancos, que es una verdadera maravilla.

El grupo partió a la búsqueda del monje bodeguero. Cuando se pusieron a hablar todos al mismo tiempo, habían visto algunas sombras: monjes que salían de sus celdas para ver qué pasaba, pero del monje bodeguero, ni trazas. El señor Solomon lo conocía. Era muy delgado y alto, de barba rala como comida por la polilla.

—... y habla con la nariz —añadió Solomon—. Comenzó a ganguear, imitándolo. Stamate y el capitán Manuilà se pusieron a reír.

—¿Pero dónde se ha metido Andronic? —interrogó de repente Solomon notando la desaparición del joven.

—Ha debido ir en busca de sus amigos —dijo Vladimir.

—Sin bromas. ¿Creen realmente en esa historia de los amigos? —comentó el capitán en tono irónico.

—¡Chist! ¡Cállese! ¡Podría escucharnos! —intervino Stamate—. No está

bien hablar de él cuando no está…

—Es lo que yo decía —intervino Solomon—. Parece un joven de buena familia, lástima que sea alborotador y un poco exaltado —agregó para poner a todo el mundo de acuerdo.

Encontraron al bodeguero y pidieron veinte litros de vino bermejo. El monje tomó dos grandes baldes y un caldero, y luego comenzó a andar.

—Ojalá puedan tomarlo hasta la última gota —refunfuñó, sin desviar los ojos del camino. Se detuvo frente a la puerta de madera claveteada, buscó la llave y abrió con cuidado. Encendió una vela y tomó el caldero con la mano izquierda. Le dejó a Vladimir los baldes.

—Cuidado con dar un mal paso. Los escalones están muy gastados —les advirtió.

Caminaban lentamente, no sin cierta emoción. La bóveda del sótano era profunda y se alargaba a medida que avanzaban. Vladimir temblaba, por el frío y la humedad, pero también por el misterio de esos viejos muros y por el juego de sombras que producían las velas.

—Quién sabe qué pudo haber ocurrido aquí —dijo, al borde del vértigo.

—Yo también pensaba en eso —agregó el capitán—. Es como si flotara algo pesado. Sin embargo, hoy no es sino un depósito para los toneles del monasterio.

Stamate contemplaba las paredes, maravillado.

—Quiero, por favor, un buen trozo de queso —pidió el señor Solomon.

El vino gorgoteó al caer en el balde. Se expandió un olor fuerte y penetrante. Vladimir tenía los ojos fijos en el burbujeo púrpura, que se desbordó un poco y se deslizó fuera del caldero.

—Es el mejor vino de la región —declaró Andronic.

Todos se volvieron, asustados.

—Pero, ¿cómo llegó sin que nadie lo haya escuchado? —preguntó alegre el señor Solomon.

Andronic le mostró el camino.

—Por allá —le dijo tranquilamente—. Los perdí en el patio y vine directamente a la bodega. No es la primera vez que vengo aquí —prosiguió, sonriendo—, lo que me ha permitido degustar ya este vino…

El monje levantó los ojos para mirar mejor sus rasgos. A la llama de las velas, todos tenían el rostro sumido, pálido, con sombras marcadas.

—¿No es verdad que usted me conoce, padre? —preguntó Andronic, pasándose la mano por sus cabellos.

—Muchos señores vienen al monasterio —repuso el monje, bajando

los ojos—, no tengo mucha memoria.

—Pero a mí, ¿usted me conoce? —repitió Andronic, más bajo, como si quisiera sólo ser oído por el monje.

Se volvió de repente hacia los otros y con un ademán amplio señaló la bóveda.

—Conozco muy bien estos muros, como si hubiera vivido aquí desde el despertar de los tiempos.

El señor Solomon se puso a reír. Levantó uno de los baldes y lo sopesó, contento…

—Usted habla como los libros —le dijo a Andronic—. Como en esas historias de gentes que se imaginan que han vivido ya "otra vida"…

—Siento que he vivido aquí constantemente, desde el origen del monasterio…

—Bueno, como más de cien años —dijo el monje sin mostrarse sorprendido.

—Hace aun más tiempo de lo que se imagina Su Reverencia —repitió Andronic sonriendo.

Vladimir miraba con timidez el rostro de Andronic, que desdibujaban las sombras. Quizás el frío del sótano, el vaho del vino o tal vez las llamas ondulantes de las velas habían modificado en unos segundos su actitud interior. Le parecía que Andronic se burlaba de ellos socarronamente al contar su historia. Le pareció ver su mirada yendo de uno a otro y su cara seria pero dispuesta a estallar de risa en cualquier momento. ¿Cómo los otros no se daban cuenta de que Andronic se burlaba o que soñaba despierto, semejante a un hombre que se hubiese embriagado?

—Pagamos oro sobre rubíes, como un rey, y partimos —dijo el señor Solomon, contando el dinero.

El capitán Manuilà tampoco decía nada, casi perdido él también en la oscuridad. Andronic lo reanimó mostrándole por segunda vez los muros.

—Creo que nadie recuerda hoy —dijo— que aquí murió la verdadera hija de Moruzesti, su hija de sangre, no la otra, la que había sido adoptada luego de su segundo casamiento…

El monje levantó los ojos, aterrado, y se santiguó a escondidas. Andronic hizo como que no lo había visto y continuó, con la mirada fija en Manuilà:

—No puedo decir cómo lo sé, pero fue aquí. Aquí murió Arghira, "la bella de rostro de leche". Así se le decía en son de burla.

—¿De qué murió? —intervino Vladimir a media voz.

—Había sido traída por la fuerza y sin que el viejo lo supiera. No se

trataba de algún pretendiente que conociera el abad. En ese tiempo las mujeres no entraban casi en los monasterios de hombres. La trajeron una noche, y no se sabe por qué, murió súbitamente. No se conoce de qué murió. Querían sacársela de encima pues ya se hablaba ese año del segundo matrimonio del viejo, y la otra joven esperaba... Y ella murió, Arghira, la tercera noche aquí, justo en este lugar...

Con un gesto de la cabeza, indicó el sitio.

—¿Dice usted de vez en cuando una misa en su memoria, padre? —le preguntó bruscamente al monje.

Éste negó con la cabeza. Escuchaba esta historia por primera vez y le parecía mentirosa e impía. La hija de un boyardo, muerta en las bodegas del monasterio, le sonaba a increíble.

—Vámonos, comienza a hacer frío —dijo el señor Solomon.

Partieron. Tiritaban por la temperatura de la bóveda y por ese recuerdo lúgubre, intempestivamente evocado por Andronic.

—¿Qué se le ocurrió, que nos iba a asustar con esa historia? —le preguntó el señor Solomon.

Andronic se puso a reír.

—A veces hago bromas parecidas para molestar a la gente que me es simpática —dijo con diferente tono—. ¿Pero, no es acaso una triste historia?

La noche pareció muy cálida, después del frío de la bodega. Se veía una gran parte del firmamento, entre los árboles y las celdas. Una luna escondida iluminaba el patio callado.

—¡Qué esplendor! —se maravilló Solomon, mirando hacia la miríada de estrellas. Se detuvo en medio del patio, un balde de vino en la mano. Andronic aprovechó la ocasión para acercársele y murmuró, de manera que no escucharan los otros:

—Le ruego que no cuente esta historia a las damas, les arruinaría la velada...

El señor Solomon guiñó maliciosamente un ojo. Sin embargo, un instante después, luego de haber lanzado una profunda mirada a Andronic, no tuvo ganas de bromear. Sus ojos tenían un esplendor metálico, turbio, vertiginoso...

—Usted es diabólico —exclamó, haciendo un esfuerzo.

Era verdad, cerca del joven se sentía, de pronto, vacío. Una retahíla de pensamientos tontos desfiló por su cabeza. ¿Y si Andronic fuera uno de esos trashumantes, de esos que deslizan hierbas para dormir en el vino y enseguida roban a su gusto? Ajustó su paso al de los otros, con una duda

en su corazón.

—¿No tienen sed? —dijo al cabo de un momento, cuando se detuvieron—. Si bebiéramos un poco...

Andronic pestañeó, burlón, y tomando el balde de las manos de Solomon, lo aproximó a sus labios. Se puso a beber ávidamente, tragando como en sueños. El señor Solomon no creía en lo que veía. No obstante, ese gesto valiente lo tranquilizó.

Tocó suavemente el hombro de Andronic.

—¡Eh! Vamos, ¡deje un poco para los otros!

—¡Sobre todo! —respondió Andronic, bromista y misterioso, luego de haber alejado el balde de su boca.

Apresuraron el paso, para alcanzar a los demás.

VIII

La cena tocaba a su fin. La medianoche estaba próxima y los jóvenes se mostraban impacientes: querían levantarse ya y pasar a una pieza vecina. Allá podrían hablar con más libertad, imaginar otros juegos y quizás, también bailar.

La señora Solomon recordó que había tomado el gramófono de Vladimir. Poniendo un pañuelo en el amplificador, no se le escucharía desde afuera. Además, agregó, a esa hora todos los monjes estarían durmiendo.

La cena pareció frugal sólo en apariencia: pocos platos, servilletas de papel y vasos desparejos. Pero la señora Solomon y la señora Zamfiresco habían cubierto la mesa de carnes frías, de fiambres, sardinas, quesos y frutas. Eligieron expresamente esa habitación como sala comedor, dejando las otras, más vastas y limpias, para organizar los juegos y bailar. Todos sabían que ese *buffet froid,* como decía la señora Zamfiresco, no duraría mucho y nadie tenía intenciones de dispersar vasos y platos en las otras piezas. Dos de ellas se habían reservado para ser dormitorio de las damas, que habían dejado allí sus bártulos de viaje, sus vestimentas y paquetes. Los lechos estaban uno al lado del otro por razones de comodidad. La señora Solomon anunció que se quedaría aunque había sentido ya la presencia de los mosquitos.

Vladimir fue el primero en levantarse. Había bebido bastante y se sentía lleno de coraje y de un entusiasmo irresistible. En la mesa, estuvo sentado entre la señora Solomon y la señora Zamfiresco, que se lo habían disputado. Cada una quiso decirle un secreto al oído, aproximando muy cerca el pecho a su hombro. Además, la cena había sido sumamente alegre. El vino conventual acaloró a todo el mundo, aun a los miembros del grupo Zamfiresco, que no eran, realmente, de gran amistad.

—Vayamos a ver si la luna está alta —propuso Vladimir, tomando por el brazo a la señora Zamfiresco.

—¿Y si hiciéramos un paseo en barca? —propuso alguien.

La algarabía de las sillas que se retiraban, los agradecimientos a la anfitriona, las risas y las palabras mezcladas ahogaron la respuesta. Se dirigieron en conjunto hacia la gran sala del medio. El señor Solomon se había impuesto el deber de contar a los que tomarían otro café cuando vio a Andronic pálido, los ojos fijos en la puerta. Desde que se levantó de la mesa, no había dicho una sola palabra. Parecía preocupado, nervioso, observando ansioso todos los rincones.

—¿No se siente bien? —le preguntó.

Liza y Riri se aproximaron, inquietas. Habían escuchado la pregunta y ésta era una excelente ocasión de mostrar su buena voluntad para con este joven encantador que había brillado por su espontaneidad y simpatía durante la comida.

—¿Y si tomara otro café? —le dijo Liza, dichosa de poder tenerlo otra vez bajo su ala protectora. En la mesa, estuvo sentada a su lado. Volvió a esperar algo, a pesar de que Andronic no se había permitido el menor gesto de indebida familiaridad.

—No tengo nada —sonrió Andronic evasivamente—. Es otra cosa lo que me perturba. Si lo digo, se reiría de mí…

—Le juro… —comenzó Liza con pasión.

Andronic la interrumpió cortésmente:

—No exageremos —dijo—. No es nada más que una tontería, pero que podría molestar a alguno de ustedes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a su vez la señora Zamfiresco, aproximándose con la señora Solomon y Vladimir.

—Por ahora nada —explicó Andronic—, pero algo va a pasar muy pronto. ¿Quisieran hacer silencio algunos segundos?

En el comedor, Stere hablaba en voz alta con el señor Zamfiresco y el capitán Manuilà. Cerca de la puerta había, también, un ruidoso grupo: Stamate y los otros.

—¿Qué hay, qué pasa? —preguntó alguien.

Todos se agruparon alrededor de Andronic. El silencio se instaló poco a poco.

—Es mejor decirles francamente —murmuró Andronic— hay una serpiente cerca…

Las damas chillaron al unísono.

—¿Por qué asustarlas con esa clase de bromas? —preguntó el capitán

Manuilà en un tono algo alterado.

—No las aterrorizo en absoluto —replicó Andronic, con calma—. Hay una serpiente muy cerca de nosotros...

Se escucharon nuevos gritos, risas atemorizadas. Pero Andronic prosiguió, sin tenerlas en cuenta:

—Vendrá aquí luego de nuestra partida, o quizás más tarde, cuando estemos acostados.

—Que Dios nos guarde —exclamó la señora Zamfiresco, persignándose.

Andronic frunció el ceño y bajó la cabeza.

—Me pregunto si no sería mejor atraparla ya.

Todo el mundo calló, petrificado por las palabras inesperadas de Andronic. ¿Era una broma? Este joven raro, ¿les jugaría una nueva treta a su manera?

—Pero, ¿cómo atraparla? —interrogó el capitán, luego de un largo silencio y esforzándose por sonreír.

—Yo me encargo —dijo Andronic—, pero es necesario apurarse...

Un temblor de curiosidad y de pavor los sacudió.

—En primer lugar les ruego permanecer tranquilos y pegarse al muro, ¡así!

Se aproximó al señor Solomon y lo empujó ligeramente hacia la puerta, como si le buscara un lugar preciso más cerca de la pared. El señor Solomon obedeció sin la menor resistencia. Había sentido una ola de sangre caliente precipitarse a su corazón desde que Andronic le puso las manos sobre los hombros. Se quedó en el lugar indicado, sin fuerzas, serio, esperando.

—Es mejor que se apoyen todos en el muro —ordenó de nuevo Andronic, con una voz firme y poderosa—. Lo más cerca posible. Y sobre todo, no se muevan pase lo que pasare —subrayó posando su mirada en unos y en otros—. Nada grave va a ocurrir a ninguno de ustedes esta noche. Pero si gritan o se mueven es a mí a quien perturbarán y darán muchísimo trabajo.

Intercambiando miradas desconcertadas los invitados se pegaron, aturdidos, a la pared. Sólo el capitán Manuilà continuaba sonriendo, escéptico.

—Es como si nos dispusiéramos para un juego de pasa pasa... —dijo en voz bastante alta.

—Es un juego de pasa pasa —le respondió Andronic sin enojarse—. Pero más vale hacerlo mientras quede tiempo todavía...

—Pero diga, señor —estalló el capitán—, ¿dónde está esa serpiente? Si sabe dónde se encuentra, vayamos todos a matarla y terminemos con el problema...

—¿Está allí? —preguntó Liza, temblorosa.

—No sé dónde está ahora —replicó Andronic, ceñudo—. Pero si ustedes no quieren... —Plantó las manos en los bolsillos de su chaqueta y miró a uno después de otro. —No puedo ayudarlos si no lo desean... —añadió sonriendo.

—Pero, ¿por qué debemos estar pegados al muro sin movernos? —interrogó Stamate para mostrar a los otros que él no tenía miedo.

—Para no asustarla —explicó Andronic—. Yo la llamaré y ella vendrá tranquilamente.

—¡La hará venir aquí, dentro de la casa! —exclamó la señora Solomon.

—¿Conoce entonces un encantamiento? —interrogó el capitán Manuilà, burlón—. ¿O nos vuelve a hacer la del bosque?

Las damas querían, sin embargo, ver actuar a Andronic. Cualquier cosa que fuera, aun si se trataba de una broma, Andronic hacía siempre algo interesante y deseaban que comenzara sin tardanza.

—¿Y nos quedaremos así, sin movernos, mucho tiempo, señor? —preguntó Stere.

El hechizo de las primeras conminaciones de Andronic parecía haberse desvanecido. Todo el mundo se movía y hablaba, sin atreverse, no obstante a alejarse del muro. Miraban a sus pies como si temieran ver surgir de pronto, a la serpiente. Andronic había vuelto a meter las manos en sus bolsillos, exasperado. Por última vez trató de obtener una obediencia total.

—No es el momento de decirles cómo he sabido que había una serpiente ni cómo aprendí a evocarla. Se los diré después. Les comenté antes que se burlarían de mí —agregó en tono molesto.

—No nos burlaremos —prometió Liza, casi alegre. Echó una ojeada donde se hallaba el señor Solomon y la asaltó de pronto una inquietud estúpida. Parecía como si no entendiera nada de lo que se decía dentro de la pieza. Había quedado como petrificado después de que Andronic lo ubicara allí, a la expectativa. Liza buscó rápidamente la mirada de la señora Solomon. Parecía que nada había notado. Será sólo una impresión, se dijo Liza para serenarse.

Andronic miró con tranquilidad su reloj.

—Tienen un minuto para calmarse —declaró—. Si no, les pediré

perdón por haberlos molestado y me iré. Es todo lo que tengo que decirles...

Las palabras de Andronic les llegaron como un azote. De modo que él hablaba en serio... Durante algunos instantes nadie supo qué se debía hacer: si asegurarle que permanecerían tranquilos o hacerse señas para que todo el mundo se callara...

—Bueno —murmuró Andronic—, les ruego que permanezcan como están... —Volvió a ensombrecerse y se puso intensamente pálido. Dio unos pasos en la habitación, vacilante, luego se dirigió con rapidez hacia el fondo y apagó una lámpara, bajando enseguida la mecha de las otras.

—Había demasiada luz —murmuró—. No hay que atemorizarla... —Volvió a la puerta y la abrió de par en par. Cumplía estos gestos sin siquiera mirar a los otros, como si estuviera solo y se aprestara a recibir a alguien. Se escuchaba la respiración entrecortada y mal contenida de los demás.

—Una vez más, se los ruego: no se muevan pase lo que pase... Por nuestro bien.

Se había dirigido a ellos como a gentes extrañas, que hubieran estado en otra pieza, sin fijar los ojos en ninguno.

Continuaba paseándose a grandes pasos, descontento, al parecer, de la disposición de los objetos en la habitación. Llevó al comedor una silla que molestaba el paso. Después se detuvo bruscamente en medio de la pieza, se restregó la frente, miró el suelo y se decidió. Posó una rodilla en tierra y puso las manos una reposando sobre la otra.

"La farsa comienza", se dijo a sí mismo el capitán, irritado ante estos preparativos teatrales. Pero no se atrevió a pensar en voz alta. Miró a sus compañeros. Stamate aguardaba, sorprendido, como un hombre dispuesto a creer en todo lo que sucedería ante sus ojos. Las jóvenes parecían espantadas, pero curiosas al mismo tiempo. Sólo la señora Zamfiresco estaba aterrorizada y la señora Solomon, inmóvil.

"¿Cuánto va a durar esta comedia?", se interrogó otra vez el capitán. Si no fuera nada más que una broma y todo el mundo riera luego con ganas...

Se dio cuenta en ese instante que en la posición grotesca que había elegido, Andronic murmuraba algo. Manuilà se esforzó por comprender el sentido de las palabras. Eran sílabas extrañas. Como si no hablara rumano. Palabras con muchas vocales, largas, estiradas. Y sin embargo, Andronic estaba diciendo algo, pues el capitán escuchó que repetidas veces pronunciaba *sarpa.* Un encantamiento sin duda... o quizás una comedia...

Sintió un ligero vértigo cuando, con una mirada circular, vio a los otros silenciosos, somnolientos, semejantes a estatuas de cera.

IX

A Manuilà le parecía que había pasado un tiempo infinitamente largo, aunque sólo eran algunos minutos. Se esforzaba en permanecer atento, pues también él sintió que en ráfagas, lo atravesaba una somnolencia desconocida y que sus párpados le pesaban desagradablemente.

De pronto percibió que algo se modificaba en la pieza. Cerró los puños. La semioscuridad pareció dividirse en dos grandes haces dibujando sobre el piso, en el centro, una alfombra de plata. Escondida quizás desde quién sabe cuándo entre la maraña de nubes, la luna descendía ahora y entraba en la habitación, con toda su plenitud.

"¡Como una mecha de plata!", recordó Liza, somnolienta. Estas palabras le vinieron a la memoria mientras contemplaba los jirones de luz que se anudaban dulcemente en el suelo. Sus pensamientos, sus melancolías de antaño, su infancia en el bulevar Pache le parecían tan próximos, que tuvo la sensación de haberlos dejado atrás hacía sólo unos instantes. ¿Qué había hecho durante todo este tiempo? "¿Cuándo me hice grande sin darme cuenta y sin que nadie me lo advirtiera?"

Andronic había callado. Él también esperaba. La luz de la luna se aproximaba a sus talones. ¿Y si fuera un sortilegio que comenzaba? Dorina tenía los ojos fijos sobre Andronic, como si no pudiera persuadirse de que se hallaba enteramente despierta. Cualquier cosa que sucediera, nada podría sorprenderla en lo futuro. Igual que en un sueño, todo encuentro, todo absurdo, le parecían naturales. Nadie podría alcanzarla jamás, nadie podría hacerle jamás el más leve daño.

Y la serpiente entró tan naturalmente dentro de la habitación, deslizándose entre sus pies, que el pavor no sacudió a ninguno. Sólo un vacío muy profundo en lo hondo del pecho y nada más. Era una gran serpiente gris que avanzaba prudentemente, lentamente, como

desentumeciendo sus anillos. Se arrastraba con sigilo, elevando y bajando la cabeza, como si buscara un rastro. Cuando se aproximó al cono de luz, se detuvo un momento, encandilada. Después se dirigió, oscilando, hacia Andronic. Era como si el rayo de la luna la hubiese hechizado, pues reptaba con una gracia somnolienta. Cada movimiento hacía temblar sus escamas entenebrecidas. Dorina tuvo la impresión de que la serpiente venía directamente hacia ella y un súbito terror reemplazó el encanto del pasado. Como si de pronto despertara ante algo imposible de mirar, una cosa terrible y peligrosa que una mujer joven no tenía derecho de contemplar. Al acercarse, la serpiente parecía aspirar su respiración, esparcir la sangre en sus venas, abrasar su carne entera con un terror mezclado a estremecimientos desconocidos de un amor malsano. Había una insólita mezcla de muerte y de hálito erótico en esa oscilación horrorosa, en esa fría luminosidad del reptil.

—¡Vamos, más rápido! —Dorina oyó las palabras de Andronic, lejanas. ¿A quién llamaba él así, con tanta autoridad? La sangre coloreó sus mejillas, como si hubiera escuchado una confesión demasiado misteriosa o prohibida. El temor y el disgusto la embriagaban con tanta fuerza cuanto luchaban en su sangre el pudor y el deseo inconfesable. —¿Por qué has tardado de esta manera? —se escuchó otra vez la voz apagada de Andronic.

La serpiente se le había acercado mucho y parecía luchar contra su propia timidez, sin atreverse a posar la cabeza sobre la palma abierta que el joven le ofrecía. Allí estaba, temblorosa, a la expectativa, sólo su cabeza oscilaba sin descanso como si tratara de arrancarse a ese sortilegio.

—¡Vamos, ven acá! —le ordenó Andronic.

Dorina miró otra vez, trastornada y exangüe; ningún poder humano podría en adelante arrancarla de ese cerco invisible, dentro del que quedaba ligada para siempre a Andronic.

La serpiente se encaramó con indolencia sobre la mano, luego sobre el brazo, hasta tocar el cuello de Andronic con su cabeza temblorosa. El joven la tomó entonces en su mano derecha y la tuvo atrapada en su puño, mirándola directamente a los ojos.

—¿Por qué estás tan abatida? —la interrogó, sonriendo.

Manuilà comenzaba a despertarse, vio la serpiente en la mano de Andronic, pero el hecho se asemejaba de tal manera al sueño que acababa de tener, que casi no se sorprendió. Contempló la habitación con los ojos muy abiertos. Ninguno de esos rostros pálidos que percibió alrededor lo inquietó. Todo era exactamente igual, igual a ese sueño vertiginoso y

maligno, con ese paseo por el lago y *Le Mystère de Jésus* que Vladimir leía en voz alta, la mano en el aire. La barca se había hundido, tal como lo contó Andronic, se había hundido justo en medio del lago, sin el menor sobresalto, deslizándose a pique hacia las profundidades, como cargada de plomo…

—Alguien ha matado a tu compañera y te has quedado sola, desamparada —dijo Andronic pareciendo comprender el murmullo de la serpiente.

Liza abrió los ojos y sintió el mismo escalofrío profundo que la había recorrido al principio. La serpiente se movía cerca del rostro de Andronic y todos sus impulsos temblorosos tenían, para Liza, una significación aterradora. Un hechizo perturbador emanaba de las palabras de Andronic y del juego de la serpiente.

—¿Quisieras morder a alguien aquí —preguntó—, para vengarte? ¿No ves acaso que son todas buenas gentes y que además hay tantas hermosas señoritas? —agregó sonriendo, sin apartar su mirada de los ojos de la serpiente.

Dorina volvió a sonrojarse y su corazón comenzó a golpear fuertemente. Sus pensamientos surgían ahora sin timidez, como sus deseos. Era de ella de quien había hablado Andronic, sin duda, al decir: "hermosas señoritas", era a ella a quien había elegido Andronic…

—¿Has venido a la boda? —interrogó sorprendido Andronic—. ¿Supiste entonces que habría una boda aquí?

El capitán Manuilà enrojeció bruscamente; aunque era todo como en su sueño, esas cosas no se decían en público. Miró a Dorina con el rabillo del ojo. La joven estaba petrificada, pálida, los labios temblorosos. Para ella, el viaje acababa de comenzar. La barca los esperaba en el mismo lugar a los dos para partir sobre el agua. Con Andronic a su lado, tomada de su brazo, ella no sentía nada, ni siquiera el gozo. Ahora, dejarían la orilla y permanecerían enlazados dentro de la embarcación, muy apretados el uno contra el otro, en el fondo, como en un nido. "¡El segundo!", escuchó la voz de Stere y quiso correr. Pero un peso invisible la fijaba en el lugar, colgada del brazo de Andronic.

"¡Vamos, corre!", se escuchó por segunda vez la voz de Stere apenas más autoritaria. "¡Vas a perder tu prenda!", le dijo alguien a su lado, riendo. Pero Dorina sabía ahora lo que eso significaba, y bajó los ojos. Era la boda, y ella conocería… Pero, ¿por qué no podía arrancarse de la orilla, por qué no podía ni moverse, ni correr? "¡Corre, corre!", otra vez escuchó las voces que le subían por la espalda. Andronic no quería decidirse, ¿su

prenda no le agradaba?

—Entonces dime ¿quiénes son el prometido y la prometida? —preguntó Andronic en tono burlón—. ¿Qué niña elegirías tú, animal maldito sin compañera?

"Por supuesto que Andronic hace preguntas a la serpiente en son de broma", se dijo Liza. Es en ella en quien piensa al hablar de las "hermosas señoritas", y entre todas, él debe elegir una. Elegir una sola. Es precisamente eso lo que Andronic está por hacer. Es por eso que ha ubicado a todas las mujeres en círculo, contra el muro. Para verlas mejor y elegir una. Él solo puede ser el prometido. Y yo soy la elegida, yo, comprendió Liza, fascinada por la danza insolente, viril, de la serpiente.

—Vamos, ¿quién te agrada más aquí? —susurró Andronic, siempre en el mismo tono burlón.

La señora Zamfiresco se puso a temblar. ¿Y si la elegía a ella? ¿Si la serpiente se aproximaba, si la sentía subir hacia su pecho y bajar luego con audacia, en su deslizar desconocido y aterrador? ¡No! ¡No! ¡Eso no! ¿Por qué justamente ella? ¿Por qué?

—Bien —exclamó Andronic, con una carcajada—. Eres realmente divertida. Pero ahora, vete. La muerte te aguarda...

Exactamente como lo había pensado la señora Zamfiresco, horrorizada; esa serpiente inmunda era un alma salida de quién sabe qué tumba. Igual a todas las otras, a todos los muertos puestos en tierra desde tiempos inmemoriales. Es de allí que ellos vienen a veces, escondidos tras los rasgos de una serpiente, vienen a la casa de los vivos a beber la leche que se les deja a propósito y el vino mezclado con miel... El espanto de la señora Zamfiresco estaba muy cerca de la veneración. ¡Si solamente tuviera fuerzas para persignarse, para rogar por el alma de los muertos! Al no haber encontrado el reposo eterno en el otro mundo, ¿quién había lanzado esta serpiente impura hasta hacerla llegar a la casa? Que no reclame por ninguna persona, que no exija todavía una tumba, pues existen signos semejantes a aquellos...

—Te irás lejos —murmuró Andronic—. Nadarás hasta el centro del lago y allí te quedarás. ¡Que no te sorprenda yo faltando a tu palabra! Y no morderás a nadie. No temas, nada te ocurrirá... ¡Vamos! ¡Parte ya!

La serpiente permaneció unos instantes en la deslumbradora luz de la luna, como si quisiera mostrar su belleza a unos ojos invisibles. Andronic levantó levemente el brazo y señaló la puerta. La serpiente se volvió, cual si temiera esta amenaza, y vacilando buscó su camino, levantando y bajando la cabeza sin cesar. Vladimir la veía muy bien ahora, solamente ahora,

pues su carrera frenética y solitaria a través de la floresta acababa de terminar. No sabía con precisión en qué momento había comenzado. Ni tampoco por qué el cuadrante fosforescente de su reloj se agrandaba y se agrandaba hasta casi cegarlo con sus luces verdes, lunares, y por qué estaba en el medio la serpiente. ¿Cómo no se había dado cuenta de que el reloj de Stamate, que él llevara en su mano a través del bosque, ocultaba una serpiente?

Imperceptiblemente, la aguja del reloj había comenzado a crecer con tal vigor, que Vladimir, espantado, vio la iridiscencia de los anillos de la serpiente, su brillo y su estremecimiento, en la luz fosforescente. ¡Déjala de inmediato! ¡Arrójala lejos! Pero, ¿tenía aún un reloj en la mano? "¡El segundo!", Vladimir escuchó el grito de Stere. ¡Qué alegría poder huir, correr por el bosque en la noche, allá donde los árboles son tan grandes y tan acogedores que pueden muy bien brindarle un escondrijo!...

Stere ha sido realmente gentil al haberle dado la señal de partida justo en este momento, para que pueda liberarse de esta luz embrujada del cuadrante fosforescente. Y de pronto, ante él, se levanta sobre la alfombra de luz, la serpiente. Pero no le temía, estaba a sus pies, no venía tras él, grande e invisible. "¡Más rápido, más rápido!", le ordenó Andronic, haciendo también él, un paso hacia la puerta.

Era pues Andronic quien había contado la leyenda de Arghira, la bella del rostro de leche, metamorfoseada en serpiente, comprendió Stamate. Se asombró del tiempo que le había llevado para comprender. Fue al reconocer la voz de Andronic y verlo muy cerca de él dirigirse a la puerta, que Stamate se dio cuenta de qué hablaba. Había creído que era el monje. Pero no fue sino una impresión. Claro está, porque el monje bodeguero no se hallaba en ninguna parte. Y ellos tampoco estaban en la bóveda del monasterio. Todos estaban aquí, presentes...

Andronic permaneció unos instantes afuera, la mirada perdida en la noche. Luego volvió a su lugar, en el centro de la pieza. Se llevó la mano a la frente y recomenzó a murmurar. El capitán Manuilà lo escuchaba tan claramente ahora, que sus palabras parecían resonar en el hueco de su oído. Era el mismo encantamiento, sin duda, pues *sarpa* no cesaba de volver una y otra vez, y Andronic la pronunciaba de diferentes maneras, haciendo silbar o arrastrando las sílabas.

Manuilà se puso a reír; ¿todo lo que había contado, su infancia fantástica entre los gitanos, no era quizás una invención para burlarse de ellos? Pero entonces, ¿cómo había hecho este gitano para atraer a una verdadera serpiente hasta aquí, al medio de la pieza? El capitán Manuilà la

había visto, estaba seguro. Una gran serpiente gris que danzó a la luz de la luna y que subió a las manos de Andronic... Quizás aprendió sus sortilegios al lado de los gitanos ¡y quién sabe cuántas otras cosas impuras! Un brujo semejante adormece una casa entera y roba todo lo que puede para luego desaparecer...

Manuilà observó a los otros para intentar, al menos, darse cuenta de inmediato si Andronic los había embriagado con alguna mala hierba, o robado el reloj de Stamate por ejemplo. Pero el capitán nada advirtió en las caras pálidas y transfiguradas de los demás. Permanecían pegados al muro, como al comienzo, con los mismos rostros de cera.

De nuevo sintió crecer en él el terror y pesados los párpados... Si gritara... Imposible siquiera mover un dedo, ni emitir un gemido. Exactamente como en aquella hora de espanto inolvidable, cuando había entrado bruscamente a la pieza de su madre, en el campo, y la había encontrado muda, la mirada perdida, postrada en tierra, sin saber qué había ocurrido. No fue sino más tarde cuando se le contó que una gitana había venido a decir la buenaventura y luego de haberse acomodado en el suelo, había sacado la mano de un muerto de su alforja y trazado un círculo a su alrededor. Era todo lo que recordaba... Ahora, sin embargo, Manuilà comprendía lo que pasaba. Se dio cuenta de que Andronic terminaba su encantamiento, luego de haber contado su increíble historia de niño boyardo, robado y criado tan largo tiempo por los gitanos...

Stere fue el primero en sustraerse al vértigo. Vio a Andronic volver la cabeza hacia la ventana. Sabía que la serpiente había partido hacía mucho. Dio unos pasos en dirección al centro de la pieza, primero con timidez; luego, rápidamente se dirigió hacia la puerta. Todos sus recuerdos se mezclaron. Comenzó a sentir fatiga, dolor en sus pies y las articulaciones rígidas. Se sentó en el reborde de la escalera, respirando profundamente.

X

—Señoras y señores, la fiesta puede recomenzar —se elevó la voz de Andronic—. La serpiente, animal inmundo, telúrico, instrumento del diablo sobre la tierra, ha sido arrojada lejos de nosotros.

Era en vano que tratara de bromear. Cada uno se despertaba con dificultad, se alejaba penosamente del muro, buscando la mirada de los otros.

Andronic se aproximó al señor Solomon y le puso las manos sobre los hombros. Él trastabilló, somnoliento.

—Se terminó, señor Solomon —exclamó Andronic—. La he echado, ha partido.

El señor Solomon parecía no entender. El joven lo miró, amenazador, al fondo de los ojos y le sonrió, susurrándole:

—¡Despierte! ¡Nada ha pasado!

Se escuchó entonces un agudo grito de mujer enferma y la señora Solomon se puso a llorar con grandes sollozos. Temblaron. Stere apareció sobre el umbral, indeciso. La señora Solomon lloraba en forma apagada y parecía que estaba a punto de perder el conocimiento. Andronic se precipitó hacia ella y le apretó el brazo:

—¡Señora, señora! —gritó con voz fuerte, dominando el llanto histérico de la mujer—. ¡No era más que una broma, despierte!

La señora Solomon tragó un instante sus sollozos, luego volvió a llorar, temblando con todo su cuerpo.

—¡Era previsible! —comentó Andronic, como si se dirigiera a alguno de los hombres a su lado.

Se hubiese dicho que se hallaban todavía en la semiinconsciencia, aturdidos por lo que acababa de ocurrirles, sorprendidos por el grito cuyo origen buscaban. Andronic se acercó aun más a la señora Solomon y le

puso la mano sobre la frente.

—¡Se terminó, ya! ¿No es verdad? —murmuró.

La mujer lanzó un suspiro, calmada. La crisis la había despertado poco a poco, pues tuvo, inmediatamente, vergüenza de su debilidad y se dirigió, con paso inseguro, a la habitación cercana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stere desde el umbral—. ¿Quién gritó de esa manera?

—Aglaé —murmuró el señor Solomon como para excusarse—. Es nerviosa, no posee ninguna resistencia —prosiguió, como si hablara consigo mismo.

El capitán Manuilà, que había salido de su embotamiento, se dirigió hacia Stamate para ver con sus ojos el reloj de cuadrante luminoso.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

Stamate miró las agujas con gran atención:

—Medianoche, más doce minutos —dijo.

Andronic se puso a reír.

—Podría habérmelo preguntado directamente a mí —declaró, aproximándose al capitán—. Todo aconteció en tres minutos, tal vez menos...

—Fue más largo —dijo el capitán, meditabundo, tratando de anudar el hilo de sus recuerdos, de encontrarles el principio.

—Es sólo una impresión que usted ha tenido. El tiempo pasa más lentamente en estas circunstancias... —Hablaba con voz alta y clara, las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, como si nada hubiera ocurrido. Trataba, por todos los medios, de poner término a la frialdad y al malestar enfermizo que parecían haber tomado posesión de todos. Nadie se atrevía a moverse sin mirar a los costados y enfrente, atentamente, como temiendo chocar con una cosa invisible ahora, pero que podría resurgir.

El espacio se había modificado, era incoherente: demasiado lleno en algunos sitios, vacío y peligroso, en otros.

—¿Qué era eso? —Andronic escuchó la voz de Vladimir.

—Nada más que un sortilegio, mi querido amigo —respondió, sonriendo.

No dejaba pasar ninguna ocasión para dar explicaciones, llamarlos a la vida.

—Usted que estudia la historia y la literatura —agregó Andronic— debería saber mejor que yo. Yo sé solamente hacerlo a veces y más bien a manera de broma...

Andronic continuaba hablando, pero al mismo tiempo, recorría con la

mirada su alrededor, esforzándose por inflamar la curiosidad de los demás y atraerlos hacia él.

—¿Saben ustedes cuántos símbolos están ligados a la serpiente en la creencia de los pueblos? —prosiguió, elevando más y más la voz—. Recuerden la serpiente...

—¡Dios nos guarde! ¡Dios nos guarde! —gritó la señora Zamfiresco, persignándose medrosamente.

Había escuchado la palabra serpiente y fue como si todo el terror del comienzo hubiese caído de nuevo sobre ella, haciéndola temblar. Andronic calló bruscamente y se alejó de Vladimir.

—Ya comprendo lo que ha pasado —dijo, buscando sobre la mesa una caja de fósforos—. Hay sólo una lámpara encendida en esta pieza y, además, demasiada luz de luna.

Era de esta luz que Dorina no había podido, todavía, apartar la mirada. Como si la única esperanza pudiese venir de allí, de esas aguas plateadas, las únicas que podrían darle la explicación de lo que había ocurrido. Los acontecimientos se habían sucedido en forma intermitente. La joven despertó en diversas circunstancias y esta sucesión de hechos, que formaban una cadena, era incomprensible hasta ahora, para ella.

Sin embargo, todo lo que había sucedido a bordo de esa agua lunar salió de la fría luz que iluminaba el piso. Los esponsales, la promesa y la barca, meciéndose desde tan largo tiempo, solitaria en la orilla y tan difícil de mover...

—Bueno, ya está mejor —dijo Andronic, encendiendo la otra lámpara y subiendo la mecha de la primera.

La luz de la luna se deshizo y se borró, sucia, bajo la nueva aureola de los tubos de vidrio. La habitación retomó su melancólica decoración, bien cerrada entre sus cuatro muros. En los intervalos de silencio se oía, afuera, el canto de los grillos, chirridos que parecían venir desde muy lejos.

—¡Señoras y señores! —Andronic trató una vez más de reanimar a sus compañeros—. Todo está exactamente como al principio. Podríamos pensar en un nuevo juego mientras esperamos que los cafés estén listos.

El señor Solomon recordó, con espanto, que había preguntado, un poco antes, quién tomaría un nuevo café. "¿Qué ocurrió desde entonces? Puse el agua a hervir, serví el café, ¿lo han bebido, quizás? Y sin embargo, Andronic espera nuevos cafés. ¿Otros?" El señor Solomon se tocó la frente, temeroso. Había comenzando a creer que sólo su espíritu turbado había reunido rostros y pensamientos imaginarios. No obstante, la habitación estaba exactamente como al comienzo. "Pero Aglaé se encuentra en la otra

pieza; se sintió mal. Debería ir a ver qué hace." Con paso decidido el señor Solomon se abrió camino. Encontró a su mujer tendida sobre el lecho, el rostro abatido, vacío de ideas.

—¿Tú crees que se realizará? —lo interrogó, con una voz ronca, al verlo cerca.

El señor Solomon alzó los hombros; la pregunta no lo había sorprendido casi, pero no encontraba la respuesta y se limitó a alzar los hombros.

—Pienso en Dorina, es de ella de quien te hablo —agregó la señora Solomon, siempre con su voz ronca y extenuada.

—Es verdad, tienes razón, lo había casi olvidado —dijo el señor Solomon—. Quizás las cosas van a cambiar ahora...

—¿Por qué?

—No sé, lo decía por decir... ¿Quién puede saber?

La señora Solomon volvió lentamente la cabeza.

Respiraba pesadamente y cada movimiento parecía aturdirla más y más...

—Pero tú, ¿qué tienes tú? —preguntó.

—Nada, no me siento bien. Creo que debo tomar un café...

Miró a su mujer un momento con atención, luego sus ojos se perdieron en el vacío. Inconcebible; imposible comprender lo que había sucedido luego de su pregunta, hacía un momento: levantó la mano, preguntó: "¿Quién quiere otro café?" O bien era en el almuerzo, al mediodía, en el patio, cuando salió y sobre el umbral levantó el brazo...

—Así pues, que se preparaban para una boda —la voz de Andronic se elevó en la otra pieza—, y no me habían dicho nada. Ya comprendo por qué estaban todos tan alegres...

—¿Ves? —dijo la señora Solomon, reanimándose—. ¡Él también ha comprendido!

—¡Pero el capitán nada dice! —señaló el señor Solomon, taciturno.

Era verdad, el capitán Manuilà quedó tan desconcertado por la audacia de Andronic, que enrojeció y bajó los ojos al suelo, enmudeciendo.

Las palabras de Andronic habían caído mal. El capitán estaba aún sorprendido por el penoso silencio, incomprensible, de los otros. "¿Qué les ha pasado, que se miran boquiabiertos? Y nadie habla justamente de lo más curioso: de esa serpiente que pareció surgir de la tierra y plantarse en el medio, en el centro mismo de la casa..."

—¿De dónde sabe que se trata de una boda? —interrogó la señora Zamfiresco. Las cosas parecían más claras, ahora, pensó. Sin embargo,

Andronic la miró sonriendo y sacudió los hombros. No era a ella a quien deseaba dirigirse...

—¿Quién es la feliz prometida? —preguntó de nuevo, esforzándose por reír y dar a sus palabras un tono jovial.

El capitán Manuilà dirigió de súbito su mirada a Dorina y la vio sonrojarse, la frente baja. Esto lo decidió:

—Es usted indiscreto, señor Andronic —le lanzó, sorprendido no obstante de la debilidad de su voz, de la blandura de sus palabras.

—Le pido perdón, señor capitán —replicó con rapidez Andronic—. Pero no creía cometer una indiscreción, quería decir simplemente que todo lo que pasó aquí era buen signo... Semejante noche en el monasterio y el signo que se manifestó de pronto en medio de nosotros... —Se puso a reír con más fuerza, pero su risa no animó la atmósfera. Los otros continuaban moviéndose penosamente, siempre aturdidos, mirándose los unos a los otros en busca del más próximo, no atreviéndose a alejarse del muro. Como si temieran resbalar al vacío, perder la cabeza. Sólo Stere, que permanecía afuera al aire, sobre el umbral, parecía mejor dispuesto. Las carcajadas de Andronic le hicieron bien. Quizás el muchacho los había embaucado y ahora...

—Quienquiera sea la feliz prometida —dijo Andronic—, me siento obligado a beber a su salud.

Fue hasta la pieza vecina y volvió rápidamente, con un vaso de vino en la mano.

Lo siguieron todos con los ojos, con la curiosidad que despertaba en ellos el hecho de ver algo extraordinario. El joven vació la copa de un envión.

—Ahora, espero a los otros —dijo.

Pero nadie bebió. La señorita Zamfiresco miraba a Andronic, estupefacta. No comprendía nada de lo que pasaba. Tenía sueño, un sueño pesado, de fatiga, de debilidad enfermiza.

—¿Quién desearía dar un paseo para respirar un poco de aire puro? —preguntó Andronic.

Varias cabezas se tornaron hacia la puerta, pero la noche los intimidó. Sólo Vladimir y Stamate dieron un paso. Eso no les haría mal. Afuera, el aire era puro, no irían al bosque, ni aun al patio. Sólo un poco afuera, cerca de la casa, para respirar el aire de la noche...

—¿Aire fresco? —dijo el capitán Manuilà—. Es una excelente idea. ¿Qué dicen las damas?

Miró a Dorina. La joven encontró su mirada y enrojeció. Ahora, todo el

mundo lo sabía. Él también, el capitán, sabía lo que ella había visto, esa cosa horripilante...

—Yo tengo sueño —dijo Dorina, no sin dificultad.

Manuilà se estremeció. La voz de la joven había cambiado, y quizás no convenía dejarla sola precisamente en ese momento.

—No creo que sea bueno acostarse tan pronto —dijo dulcemente—. Se arriesga usted a tener malos sueños.

Andronic lo tomó por el brazo, interrumpiéndolo:

—No le diga nada, la asustará —murmuró—. Será mejor dejarlos solos unos minutos... Todo va a pasar.

Vladimir, Stamate y Riri salieron al patio. La luna se hallaba casi en mitad del firmamento. La noche era serena, silenciosa, sin el menor misterio.

—Yo no comprendo muy bien lo que ha pasado —dijo Vladimir—. ¿Había o no una serpiente?

—Yo la vi con mis propios ojos —dijo Manuilà—. Era una gran serpiente acuática... Me pregunto de dónde puede haberla traído Andronic...

Éste parecía aburrido. Alzó los hombros.

—No la traje de ninguna parte —dijo—. La llamé para echarla lejos de nosotros, a fin de que ningún mal nos alcance... Y me ha escuchado; nada probablemente hacia el medio del lago, para llegar más pronto a la isla, allá.

Con el brazo en alto, mostró el lago, por encima del muro.

—¿Dónde? —interrogó Dorina.

Se dieron cuenta, entonces de que la joven estaba en el umbral y que había escuchado. Riri se le aproximó, sin decirle nada. Andronic la miró tranquilamente, antes de precisar, una vez más, levantando el brazo.

—En la isla en medio del lago, señorita. Allá, no morderá más a nadie...

Dorina lo había escuchado, impasible. La afirmación de que la serpiente no mordería a nadie más, no la entristeció ni la alegró.

—¿No tienes frío? —le preguntó Stere.

—Es mejor así —dijo la joven—. ¡He tenido tanto miedo!...

—No —la tranquilizó Andronic—, usted ha tenido solamente la impresión. No tiene miedo... Estas cosas deben de todas maneras acontecer...

—Es verdad —dijo Dorina soñadora, pensativa.

—¿Por qué deben ocurrir indefectiblemente? —interrogó Manuilà,

inquieto.

—Esta historia de la serpiente —respondió Andronic—. Hubiera acontecido, de cualquier manera. Sentí desde el comienzo, que quería entrar en la pieza... Pero no quise arruinar la fiesta. Cuando les dije que estaba un poco apurado... —Se puso a reír y los miró alternativamente—. La medianoche se aproximaba —se confió, tímidamente, como si se diera cuenta del misterio ficticio de la confesión—. Y después de medianoche, yo no tendría ningún poder sobre ella... —Calló bruscamente, y se ensombreció. Los otros también callaron, confusos, mirándose.

—Habrá sido muy difícil para usted aprender ese arte —dijo por fin Manuilà.

—¿Qué arte? —interrogó, Stere, distraído.

—Ese sortilegio con la serpiente —explicó el capitán—. No es algo fácil, ya se comprende...

Andronic vaciló, no deseaba hablar de su secreto.

—No recuerdo ya cuando lo aprendí —dijo evasivamente—. Hace mucho tiempo. Hay tantas cosas que sé sin recordar cuándo las he aprendido... Por ejemplo, la historia de Arghira que les he contado, esa historia que nadie conocía en el monasterio...

Ni Stere ni Dorina habían escuchado la historia de Arghira, pero no tenían ninguna curiosidad por conocerla. Se contentaron con las palabras de Andronic; ahora nada les parecía curioso, misterioso o indescifrable, digno de ser resuelto o explicado.

—Pero yo no entiendo cómo usted supo que se encontraba en estos parajes —dijo Riri.

Había hablado de pronto, y la pregunta la hizo de un golpe, evitando pronunciar la palabra serpiente.

—Eso se lo diré mañana —sonrió Andronic—. No debe ser dicho en la oscuridad...

Dorina comenzó a temblar. Riri la tomó del brazo, sin mirarla.

—No puede ser dicho —continuó Andronic—, porque tengo miedo de usted. Ya he visto cómo es de sensible... —Volvió dulcemente la cabeza y miró a Dorina en los ojos, una mirada cargada de sobreentendidos. La joven se puso blanca—. No es difícil sin embargo comprender —murmuró Andronic—, cuando una cosa se prepara...

Fue en ese momento que el señor Solomon apareció en el umbral. Parecía comenzar a despabilarse.

—Quien desee acostarse que vaya a hacer su cama. Y quien quiera un café, que levante la mano. —Sonrió con cierta dificultad.

Sólo Andronic, Stere y el capitán Manuilà pidieron café. Los demás estaban fatigados, con sueño.

—Tengo la impresión de haber aguado la fiesta —dijo Andronic—, mirando al capitán en los ojos.

XI

Una hora más tarde, todo el mundo se hallaba acostado. Las tentativas de Andronic para hacerlos salir de la casa y realizar un paseo en conjunto, terminaron en un fracaso.

Nadie tenía ganas de hablar. Habían tragado el café más bien a la fuerza y cada uno sentía en sus piernas esa misma lasitud rara. Ni habían siquiera tenido la fuerza suficiente para acomodar los dormitorios como se debía. Se limitaron a aproximar los lechos y a bajar las cortinas de las ventanas. Para los señores, en una pieza, los colchones se instalaron directamente en el suelo, y la mayoría se hallaba durmiendo semivestidos.

Andronic renunció a pedir un piyama. Había escogido dos sillas, pretendiendo que dormiría mejor que en el suelo.

—Yo no tengo sueño —declaró, viendo a sus compañeros bajar la lámpara y aprestarse a dormir—. ¿Quién quiere venir conmigo afuera?

Esta vez, el capitán Manuilà lo acompañó, aunque se sintiera él también fatigado, con los pensamientos dispersos y la voluntad agotada. No podía dejar a Andronic solo, victorioso. Salieron al patio.

—A usted se lo puedo decir —comenzó Andronic—. Siento que todo haya salido mal por mi culpa... Si no hubiera existido esa condenada, quizás estaríamos paseándonos en barca sobre el lago...

—Sobre el lago, quizás no —dijo Manuilà—. El tiempo no se presta aún... ¿No siente el fresco que se ha levantado?

—No siento nada —respondió Andronic, levantando los ojos al cielo—. Siento únicamente un terrible deseo de hacer locuras... Subir a los árboles, saltar de rama en rama, nadar en ese lago milagroso.

Manuilà lo escuchaba hablar con sorpresa y algo de envidia. Sin ninguna duda era un individuo raro, acaso un mago, en el pleno sentido de la palabra. ¿De dónde le venía tanta fuerza, tanta vitalidad y fantasía?

—Después de medianoche, no sé lo qué me pasa… A veces me parece que soy un pájaro, otras, me creo un tejón o un mono… Lo hago reír, ¿no es cierto? —preguntó.

—No, en absoluto —le respondió el capitán con tono grave.

—Y casi siempre olvido lo que he hecho, no recuerdo dónde he pasado mis noches…

—Eso podría hacerme reír —reveló Manuilà seriamente.

Andronic sonrió con tristeza.

—Se equivoca si piensa en mujeres, en el amor, como se dice. La noche tiene para mí otros encantos… Vea usted todo esto —con un gesto abarcó el cielo, el bosque—, todo eso es más poderoso que el amor, y aun más grave… —calló bruscamente, como si acabara de revelar un secreto. Permaneció unos instantes sombrío, con los ojos fijos en la nada…— Más grave porque jamás se sabe de dónde viene, dónde está el comienzo y dónde está el fin… Un amor, una mujer se la ve ante uno, en su lecho mismo y al amor se lo siente nacer y morir… Pero estas cosas…

Mostró de nuevo la noche, los grandes árboles dormidos, era como si de pronto él también tuviera miedo. Manuilà sentía con agudeza la turbación de Andronic. Era verdad, ahora todo parecía distinto…

—Si sólo se contentaran con aplastarte con su poderío —retomó Andronic—. Pero no lo hacen jamás… Ellas te cambian, te ensombrecen y a veces te conturban el espíritu. Es por eso que yo decía…

—Comprendo —dijo Manuilà, con cansancio—, es una especie de veneno…

—No, no es eso —lo interrumpió Andronic con vivacidad—. Todo se encuentra en tu misma sangre, y tus padres mismos tienen que ver. Pero veo que no me escucha —dijo sonriendo con afabilidad.

El capitán miraba sin ver, aniquilado por el sueño. A cada palabra del joven, la fatiga parecía acumularse más y más, empujando el cansancio en todo su ser.

—Sí —confesó—, quería precisamente rogarle que me disculpara. No sé cómo me tengo aún en pie… Fue una dura jornada para mí… ¡Y tantas cosas extrañas!…

Andronic le dio la mano y lo miró, sonriendo, subir los peldaños. Parecía un borracho, tropezando a cada paso que daba.

Manuilà penetró en la habitación sin darse cuenta de dónde ponía los pies. Encontró su lugar sobre un colchón, se arrojó vestido. Los otros dormían, rendidos de fatiga.

Al quedar solo, Andronic se puso a caminar, meditabundo, delante de las celdas de los monjes. No se oía ningún ruido. Una paz irreal parecía haber caído sobre la floresta. Con paso indolente penetró en la gran alameda del monasterio. Había grandes árboles a cada lado, acacias enanas y rosales salvajes que habían crecido sin que nadie los plantara ni cuidara. Todo dormía profundamente bajo la luz irisada de la luna. Andronic escuchó un gorjeo apagado en un matorral y se detuvo abruptamente.

—¡Eh!, ¿no te has acostado todavía? ¡Ven un poco acá!... —Levantó la mano y esperó unos instantes. Con vuelo rápido, esquivando las ramas, un pequeño pájaro vino a instalarse tímidamente en su palma. Andronic aproximó dulcemente la mano a su rostro. El pajarillo tembló, pero no levantó el vuelo.

—¿Qué te pasa? —interrogó Andronic, fingiendo el descontento. Muy pronto vendrá la aurora... —Con la otra mano lo cubrió tiernamente y le acarició la cabeza. La avecilla se encogió, después sacudió sus plumas, contenta.

—¡Vete enseguida a dormir, no vayas a decirme que estás enamorado!

Tendió el brazo y el pájaro partió, sin miedo, sin siquiera piar. El joven espió durante algunos segundos, escuchó el murmullo de las hojas, como si quisiera estar seguro de haber sido obedecido. Luego dudó sobre la dirección a seguir. Avanzó al azar en la alameda, después cambió rápidamente de idea y se dirigió al lago. Al pasar delante de las celdas, tendió la oreja una vez más para asegurarse de que nadie se había despertado. Siempre el mismo silencio, un silencio de ciudad encantada. Fue sólo al alejarse de las paredes del monasterio y descender hacia el lago, que se dio cuenta de que allí los ruidos estaban en su apogeo. Grillos, langostas, ranas y grandes pájaros cantaban a la luna, allí la vida parecía realmente prolongarse, enteramente, en el sueño de la noche.

—¡Cállate, no llores más! ¡No es nada! —le decía Andronic muy cerca del oído.

La señora Solomon redobló su llanto para sentir esa cálida proximidad viril, para escuchar todavía sus palabras murmuradas con tanta pasión.

—¡Te lo ruego! —proseguía Andronic y con los labios rozaba el lóbulo de su oreja.

Jamás la señora Solomon había sentido una caricia igual. Todo su

cuerpo se fundió bajo esta roca de fuego. Quiso defenderse, pero los brazos de Andronic la apretaron con fuerza.

—Espero que sólo haya un fauno en la floresta —murmuró apasionadamente.

La señora Solomon sonrió.

—¿Desde cuándo conoces tú mis pensamientos? —le preguntó, tanto para defenderse como para hostigarlo—. Vayamos a ver qué hacen los otros —añadió enseguida.

—Todos duermen —murmuró Andronic—, no temas. Además, ¿no ves? El encendedor se apagó; es la señal, la prenda...

La señora Solomon trató de liberarse de esos brazos, pero el calor del joven la aturdía, la hechizaba.

—¡Con tal que nadie prenda el encendedor y nos vea!... —suspiró.

Liza escuchó una vez más la voz de Stere: "¡La quinta!" Sonaba tan lejos, tan amortiguada que adivinó más que entendió las palabras. "Es su turno", pensó, tratando de permanecer tranquila. Sin embargo se estremecía. ¿Y si la serpiente llegaba primero? Tuvo miedo porque sí. Andronic apareció tranquilamente entre los árboles.

—¿Me esperabas? —le preguntó sonriendo.

—Sí, quería decirte que el encendedor se apagó... —Se lo mostró pero Andronic no siguió el gesto con la vista. Se acercó a ella sin timidez y la encerró entre sus brazos. Liza temblaba, pero el cuerpo del hombre era tan poderoso, tan atractivo, que no se atrevió a luchar.

—¡Es necesario que me des la prenda! —le murmuró Andronic.

Liza trató de liberarse, como si la voluptuosidad hubiera podido ser más grande aún al sentirse perseguida por la floresta y atrapada salvajemente en unos brazos de hierro, quemantes. Pero no logró escaparse. Andronic la mantuvo inmóvil, en el sitio, mientras le murmuraba al oído.

—¿La has visto?

Liza sintió la sangre subir a sus mejillas, pero el placer de escucharle decir palabras llenas de audacia era demasiado grande.

—¿No le tienes miedo? —interrogó.

Liza sacudió púdicamente la cabeza y quiso hundir su rostro en el hombro del joven, pero él atrapó sus labios y los mantuvo así sin permitirle respirar... Dulcemente, muy dulcemente, con una voluptuosidad infinita, mezclada con el terror y la muerte, Liza se sintió desfallecer y hundir, en el

instante supremo en que vio aparecer la cabeza terrorífica de la serpiente entre los puños de Andronic...

Manoteando inconscientemente el aire en la oscuridad, Vladimir descubrió que Liza se hallaba a su lado. Quedó petrificado, sin arriesgarse a preguntarse qué hacía allí, en su lecho.

—¡Ni siquiera es tu cama! —exclamó Liza en son de respuesta.

Es verdad, se dijo Vladimir con sorpresa, y tampoco estaba en su habitación. Era una larga pieza desconocida, llena de jarrones con flores.

—¿Quién ha encendido la luz? —preguntó de repente.

—¡No hay luz, sólo te parece! —le dijo Liza sonriendo— ¡Es la luna! — Lo miró intensamente a los ojos, provocativa.

—Qué lástima —murmuró Vladimir—. ¿Qué dirá Stere?

Liza se aproximó aun más y le susurró:

—¿Qué hacías en el bosque? Juntabas serpientes, ¿no es cierto?

Vladimir se estremeció, asustado. Pero en el mismo instante, observó con terror que el rostro de Liza cambiaba, convirtiéndose en horroroso y repugnante, con una boca enorme que se abría en un rictus azulado. Se cubrió los ojos con las manos. Respiró espantado, temblando, con un terror estúpido mezclado al disgusto.

—Vamos, no tengas miedo —escuchó otra vez la voz de Liza—, vayamos mejor a buscar a los otros...

Al abrir los ojos, Vladimir vio ante él a Aglaé.

—Ellos la han matado —le dijo sonriendo. Todos ellos se han precipitado sobre ella y la han matado. —Hablaba de la serpiente, por supuesto. Vladimir suspiró, aliviado—. No queda gran cosa —prosiguió la señora Solomon. Bueno, es todo. —Le mostró el reloj. El cuadrante se hallaba sembrado de perlas iridiscentes.

—Espero que no sea demasiado tarde —dijo Vladimir—. Tú sabes que es mi turno ahora.

Callaron ambos, esperando la señal. Pero la señora Solomon se acercó más y más a él, lo atrapó por la cintura, apretándose contra su pecho. Vladimir se sintió invadido por un dulce aturdimiento, por un calor adormecedor, y se puso a temblar. No es posible, se dijo, no... Escuchó la voz de Stere: "¡El segundo!" y se soltó de los brazos de la mujer, huyendo ferozmente en la noche, al corazón del bosque acogedor y amigable.

XII

Dorina se había dormido hacía un instante cuando alguien se aproximó y le dijo, tocándole el hombro:

—¡Vámonos! Pronto llegará la aurora...

La joven saltó del lecho, espantada.

—¿Tan pronto? ¿Y los otros, quedarán aquí, solos, en el monasterio?

—Eso fue hace mucho tiempo y únicamente en sueños... ¿Cómo es posible que no recuerdes?

Dorina ensayó una sonrisa. Era verdad. Todo no había sido más que un sueño, esa fiesta en lo de los Solomon, y sus juegos en el bosque, y la serpiente...

—Pero no pronuncies una palabra —le advirtió su compañera, como si adivinara sus pensamientos—. No la pronuncies, porque no tienes derecho...

—Bueno, lo haré... y si...

A su lado, la mujer que la había despertado se puso sombría, melancólica.

—Entonces tú no lo verás por nueve años consecutivos... Lo buscarás por el mundo entero, pero no lo encontrarás...

—¿A quién? —preguntó, temblando, Dorina.

—A tu prometido. ¿O tal vez lo has olvidado, has olvidado que hoy son tus esponsales?...

—¿Tan pronto? —interrogó tímidamente Dorina. El día no apunta aún...

—Es ahora cuando él es hombre, hasta que el sol se levante... Después, se esconde de nuevo y tú no lo verás jamás...

Dorina miró a su alrededor. Qué hermosa pieza suntuosa, con esos muros dorados, con ese techo semejante a un cielo abovedado. Había

dormido allí casi toda la noche y no se había dado cuenta...

—¡Vamos! ¡Más rápido! —la apuró la mujer—. Las otras te esperan con tu traje de desposada...

—Pero es necesario que yo se lo diga primero a mamá —se atrevió Dorina.

La mujer sonrió con indulgencia. La tomó de la mano y le señaló el fondo de la pieza. Parecía como si otra habitación se abriese allí y luego otra y otra, hasta el infinito, igual que en un juego de espejos.

—¿Tienes realmente tiempo de volver todavía? Eso era antes. Ni siquiera sabes cuánto tiempo ha pasado desde entonces...

Dorina miró con tristeza la hilera de habitaciones que la separaban de la otra orilla. Lentamente, los recuerdos se borraban de su memoria. Comprendía ahora, ella también, plenamente, que un tiempo infinito había pasado desde entonces y que nada podía retornar, que nada volvería a ser como lo había sido una vez...

—¡Toma tu anillo! —le recordó la mujer—. Y no lo saques de tu dedo hasta que lo veas ante ti...

—Ante Andronic —murmuró tímidamente Dorina, estremeciéndose de emoción.

—Es así como le llamas...

La mujer fijó sus ojos en los ojos de Dorina y sonrió tristemente.

—¿Tú lo conocías?

—Yo lo veo solamente en las noches —respondió la mujer—. Cuando él es un hermoso hombre...

—Y tú, ¿cómo le llamas tú? —preguntó Dorina.

—Como tú no debes llamarlo...

Dorina tuvo miedo de esa mirada extraña, de ese rostro que no había encontrado, antes, jamás.

—Vamos, nos esperan...

La tomó de la mano, casi como a disgusto y la arrastró hacia la puerta. En el umbral, Dorina se detuvo, temblando. Le pareció que del otro lado había agua. Un agua escondida, profunda, negra, fría, que la mirada no advertida podría tomar por una alfombra.

—Tengo miedo —susurró.

—No temas, no vas a ahogarte —la tranquilizó la mujer—. Mientras estés conmigo, no te ahogarás...

La tiró por el brazo; Dorina cerró los ojos, pero su pie no se hundió. Caminaba como sobre un vidrio. La frescura del agua penetraba por la planta de sus pies, era todo. Su respiración se hizo breve, y se fijó en su

pecho.

—Respira profundamente —le dijo una vez más la mujer—. Y no temas. Te acostumbrarás enseguida aquí, bajo el agua...

—¿Dónde estamos?, dime —preguntó asustada Dorina.

—En un palacio...

—Pero, ¿cómo vemos el sol? —interrogó, mirando atentamente en derredor.

—Porque el palacio entero es de vidrio, únicamente vidrio... Mira...

La mujer hizo un gesto con la mano, hacia lo alto. Se veía el cielo, lejano, glauco, plateado. Allá arriba, no había sino una luz tímida, apenas perceptible. Grandes claridades centelleantes venían desde afuera.

—Él nos espera... Que no se enoje por nuestro retardo...

La tomó firmemente de la mano y apresuró el paso. Deslumbrada, Dorina miraba el centelleo que bailoteaba ante ella. Se escuchaban voces dispersas, sonidos extraños, melodiosos, de violines apenas rozados. Comenzaban unos escalones blancos, parecidos al mármol. Dorina se detuvo. Pero su compañera la arrastró con fuerza tras ella.

—¡Sube! ¡Sube! —le ordenó.

¡Qué difícil era! Como si un poder invisible le pesara sobre los hombros, abrumándola de fatiga.

—¡Sube! ¡Sube! —escuchó que le decían otras voces desde lo alto.

Y sintió otra vez el brazo de la mujer, que tiraba.

Con los ojos llenos de lágrimas, dio un paso. El dolor de una pena incomprensible la aturdía.

—¿Por qué es tan difícil? —murmuró.

—Para él también fue difícil llegar hasta aquí. ¿Has olvidado que no podía mover la barca? Cuánto tiempo esperaron al borde del lago, porque no se podía mover la barca...

—¡Sí, eso es! — recordó Dorina.

Y se acordó de la mirada ardiente de Andronic y de su brazo tibio y poderoso, al cual ella se había asido dichosa, hacía mucho tiempo, en un sueño...

—¡Sube! ¡Sube! —volvió a escuchar las voces.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Los otros. Hay muchos. Todos vienen aquí... Pero es duro. ¿No es cierto?

Su sonrisa parecía más triste, ahora que veía la pena de Dorina.

—¿Es muy lejos, todavía? —preguntó una vez más Dorina.

—Si tú lo amas, es muy cerca...

La joven cerró los párpados, se mordió los labios y se sonrojó. Un escalón, y otro...

—Él no puede ayudarme, ¿no es así?

—Sobre esta escalera, no. No es su escalera...

Las voces de lo alto parecieron perderse, igual que los sones de los violines. ¿Dónde y cuándo se había desvanecido ese mundo que la esperaba, los ojos fijos en ella?, se preguntó Dorina.

—No se ha desvanecido —le respondió la mujer—. Ellos te esperan, míralos...

Dorina se encontró de pronto en medio de una sala sin fin, brillante de luces y espejos. Un mundo inesperado se abrió ante ella. Las mujeres vestían trajes antiguos y los hombres llevaban hábitos bordados en oro y largas espadas y yelmos.

—¡No les hables! —se apresuró a murmurarle su acompañante.

Dorina avanzaba tímidamente, a ciegas, en la alta sala sin fin. Los hombres la miraban fijamente, con ojos extraños y fríos, como si se esforzaran por inmovilizarla entre ellos, pues el círculo se hacía cada vez más estrecho. Y cada uno le hacía señas con la mano, o le mostraba algo maravilloso: un pájaro de oro, un vaso recamado con piedras preciosas o un zapato fulgurante. La joven se llevó la mano a los ojos, presa del vértigo.

—No respondas a nada que te digan —escuchó que le ordenaba otra vez su compañera.

En el mismo instante, sintió que el brazo de la mujer la tironeaba, imperioso.

—¡Mira, es Arghira la que viene, la bella del rostro de leche! —gritó un joven cerrándole el camino y mostrándoles un trono escondido.

Sin quererlo, Dorina volvió los ojos. A los lejos, salpicada de luz, apareció una joven lívida, con cabellos muy negros y grandes ojos abiertos.

—Ella también fue una prometida —prosiguió el hombre sonriendo—. Ella también viene de allá, como tú. ¡Mírala!

Dorina se puso a temblar. La joven parecía muerta, permanecía sin moverse, el rostro pálido y rígido, sin parpadear.

—Tres días, sólo tres días la conoció él —gritó de nuevo el hombre, obligándola casi a detenerse—. Y ahora está muerta, muerta desde hace largo tiempo. ¡Mírala bien!

Aun sin la orden del joven desconocido, Dorina no podía apartar la vista del rostro de Arghira. El misterio de esa expresión petrificada, esa tristeza pensativa y fría, la turbaban más y más.

—Vamos —le susurró su compañera, esforzándose por arrastrarla.

—¿Quién es? —preguntó Dorina—. ¿Ella fue también una prometida y ahora está muerta?

La mujer titubeó, sin responderle. Quería tenerla más próxima a ella para poder escapar con presteza de ese círculo de gente que continuaba estrechándose.

—Mírala mejor, y comprenderás quién es —dijo el hombre—. Lleva un vestido de novia, ¿no lo ves?

Dorina se detuvo bruscamente. La joven del trono le pareció de pronto, conocida: esos grandes ojos abiertos, esos labios cerrados...

—¿No ves que eres tú? —gritó triunfalmente el joven.

Todos los violines callaron, como detenidos por un signo invisible. Un gran silencio inmovilizó la sala. Dorina permaneció un instante desencajada, luego, con un gemido, se desplomó.

Comenzó a tomar conciencia del lugar donde se encontraba. La habitación entera se hallaba bañada por una luz hechizante, lunar. Dorina se despertó estremecida, aterrada. Percibió una respiración ronca, entrecortada por breves sofocaciones. Llegaban ruidos indefinidos; un largo suspiro, murmullos incomprensibles y ruidos de bichos invisibles. La joven se acarició el dorso de la mano, esforzándose por comprender lo que había ocurrido. Escuchó las apagadas respiraciones muy cerca. Dobló lentamente la cabeza y vio, a su lado, el rostro inclinado de Liza. En el otro extremo Riri dormía, los puños cerrados cerca de la boca. La pieza era un baño de luz, pero no se veía la luna por la ventana. Se adivinaba, solamente, un rincón de cielo azul, traslúcido.

—He soñado —murmuró Dorina para serenarse.

Sin embargo tenía miedo, era la única despierta entre todas esas mujeres dormidas. Cada ruido que escuchaba le parecía cargado de misterio, embrujado, incomprensible. Se oía a lo lejos el croar de las ranas. Reflexionó unos instantes. Estamos en el monasterio. He soñado. Todo lo que ha ocurrido hasta ahora fue un sueño...

Pero recordó bruscamente a Andronic y su respiración se aceleró. ¿No habría sido él también sólo una alucinación? ¿Y la serpiente? Permaneció con los ojos muy abiertos, entristecida, esforzándose por recordar lo que había ocurrido. No comprendía muy bien. En alguna parte, en la atmósfera luminosa de la habitación, la mirada de Andronic permanecía fija sobre ella. Tenía la impresión de sentirlo muy cerca, de percibir ese perfume indefinido de su cuerpo fresco y masculino, al mismo tiempo que ese calor

ardiente que surgía de sus ojos, de sus manos...

¿Y la serpiente? Dorina se sonrojó y bajó los párpados, cerrándolos hasta el dolor. Experimentó ese gran disgusto, ese gran miedo y ese deseo malsano que subsistía aún en su recuerdo perturbador. Los hechos se abrían paso con dificultad en su espíritu y sus pensamientos eran débiles, imprecisos, incoherentes. Todo era doloroso, oscuro, como envuelto en una niebla espesa y alucinante. Sólo la visión de la serpiente y su sortilegio permanecían claros. Su sortilegio y el de Andronic. Su rostro la tranquilizaba, cuando aparecía en su memoria. Lo veía entero, vivo, maravilloso en su virilidad sin igual...

Dorina luchó largamente con el sueño, con sus recuerdos. Los ronquidos de la otra pieza le llegaban con una exactitud desesperante. Dentro de la habitación la luz de la luna se expandía por doquier. La ventana estaba abierta, pero no hacía frío. La respiración de las mujeres era profunda. Todas dormían, con la boca abierta, el cuello doblado, los brazos torcidos. Veía subir y bajar los pechos, ruidosamente, libres, sin impedimentos; tenderse los músculos y traspirar los rostros. Nunca Dorina había visto dormir a tantas mujeres fatigadas. Nunca su lucidez había sido más aguda y sin embargo más enferma, dispuesta a caer rápidamente en la alucinación en cuanto algo la aterrara. Las contempló unos instantes, luego cerró los ojos y durmió pesadamente, como si hubiese descendido muy despacio a un lago oscuro y sin fondo...

XIII

Andronic había atravesado gran parte de la floresta antes de encontrarse al borde del lago. Al llegar al sitio donde se habían desarrollado los juegos, entre los grandes árboles, se puso a cantar aminorando el paso. Su voz brotó, al principio, tímida y melancólica, para redondearse y crecer rápidamente en un largo llamado, tan tierno como henchido de pasión. Modulaba sin palabras, sólo de vez en cuando pronunciaba un nombre de mujer.

Adormecido, el bosque parecía escucharlo apenas tembloroso e inquieto, para tranquilizarse enseguida. En lo alto, por encima de los árboles, una ola de murmullos asustados levantaba vuelo, las hojas se acercaban entre ellas temblando, como a la espera de una mano invisible y sin reposo. La voz de Andronic llegaba muy lejos, repetida por los troncos y coreada por las ramas:

—¡A-o-ooo-hou-ou-ou!... ¡Anaaaaa!

La luz de la luna atravesaba el follaje y se escurría sobre la hierba húmeda, haciendo que las flores se abrieran con tonos imprecisos y sobrenaturales. Andronic evitaba pisarlas, mirando con precaución y observando dónde ponía los pies. Entonces su voz se perdía, tragada por la tierra y sólo cuchicheos incomprensibles se estremecían en la espesura. Las hojas parecían inclinarse dulcemente hacia él, tan perturbador era su paso y tan cálida su voz cuando se ponía a cantar. A veces, pájaros invisibles se despertaban en sus nidos y se escuchaban piares sofocados o breves llamados de alarma. Andronic se detenía sonriendo, levantaba la cabeza y hacía un gesto con la mano:

—¿No van a calmarse, mis hermosos?

Los gorjeos se callaban bruscamente en el rumor incierto de las ramas altas. A veces, una gran mariposa nocturna emprendía vuelo como

tocada por el suspiro del viento, pronto a derribarla, luego se posaba con pereza sobre un tronco, las alas dulcemente plegadas. La mirada de Andronic la seguía por instantes, brillaban sus ojos en las tinieblas como dos carbones encendidos. Después, bajo el imperio de gozos inexplicables, volvía a partir, cantando.

Se detuvo delante de un viejo árbol curvado, y, con gran atención lo midió de arriba abajo comprobando qué había cambiado en su tronco o en su follaje. Se quitó la chaqueta, la arrojó sobre la hierba y se puso a trepar ágilmente, sin el menor esfuerzo.

Al llegar a la última horqueta, se abrió un claro entre las ramas y trató de observar por encima la floresta. Pero no había llegado a la copa, no podía echar una ojeada a la redonda. Se encogió y trepó hacia arriba. El frágil ramaje temblaba bajo su peso, pero no crujía. Andronic se sostenía con las manos sin dejar que su cuerpo pesara sobre las ramas. Como si flotara entre las hojas y fuera más liviano que un pájaro. Al levantar el rostro, el cielo entero lo acogió. Un cielo de piedra, blanco, ahogado de luna.

—¡Sin embargo no estoy solo! —gritó Andronic y se puso a cantar. Su voz llegó muy lejos, se expandió más allá del bosque, la oyó perderse en un eco.

Nadie le respondió. Sólo una gran ave alzó el vuelo, como una sombra alada y onduló suavemente por sobre los árboles.

—Hououou... —gritó una vez más Andronic. El mismo silencio asombrado le respondió. El mismo cielo sereno y muerto, arriba. Meditabundo, Andronic comenzó a descender. Se dejó caer ligeramente, como jugando, sin vacilar, sin mirar dónde iba. Llegó enseguida a tierra, sacudió sus cabellos, se puso la chaqueta y tomó otro camino para retornar. Cuando atravesó el bosque, buscó con los ojos un matorral y se dirigió corriendo hacia él. Se arrojó de bruces, apoyó la oreja en el piso y escuchó.

—¡Nadie! —exclamó, sonriendo—. ¿Dónde han podido esconderse todos esta noche?

Se levantó luego de haber acariciado con suavidad unas briznas de hierba, como pidiéndoles perdón por haberlas aplastado.

—Tal vez han ido al lago a nadar —prosiguió.

Apuró el paso. Cuando salió de la floresta, comenzaba a despuntar el día. Las espigas oscilaban al borde del camino. Andronic avanzaba silbando, hasta que alcanzó el lago. Allí se detuvo. En alguna parte, a lo lejos, se escuchaba la seca ondulación de los rosales silvestres. Gritos

somnolientos, el croar de las ranas y el crujido de las langostas, que parecían apagarse en el silencio estremecido del lago. Los pájaros se despertaban alegremente en la espesura.

Andronic se esforzó por escrutar el horizonte. Sólo una ligera bruma era perceptible, mecida por el viento. No se veía nada sobre el lago.

El joven hizo algunos pasos, como buscando un lugar adecuado, y comenzó a desvestirse, impaciente.

Dorina no se decidió a mostrarse sino después de largo tiempo. Él sabía que había venido, sin embargo no la llamaba ni la buscaba. Lo veía muy bien, casi desnudo, con una ancha tela de pesada seda bordada en oro cubriendo sus caderas. Habría debido encontrarlo dispuesto a partir, enteramente vestido. O quizás, no la había elegido... Pero en la danza de las jóvenes mujeres desconocidas es a ella a quien había lanzado la prenda: una manzana de oro. Era la señal, la había elegido como prometida...

—¡Dorina! —exclamó Andronic asombrado cuando la vio—. ¡Qué bella eres!

—Te he esperado —murmuró la joven—. ¿Nos vamos?

Miró sus hombros desnudos y bajó los ojos.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó él—. Sabes que no es posible de otra manera. Sólo desnudo. Así está escrito...

—¿Yo también?

—Tú también... pero más tarde —agregó sonriendo, tomándola de la mano.

Ella sintió otra vez el estallido de fuego que le provocaba el contacto con Andronic. Ese mismo escalofrío brusco, ese mismo placer extraño, desconocido.

—¿Sabes nadar? —le preguntó dulcemente Andronic—. Si la barca se hunde, ¿sabrás nadar?

Dorina se aferró a su bazo, espantada.

—Si me dejas caer, me ahogaré —gritó.

—Entonces no tengas miedo, pase lo que pasare, no tengas miedo —la alentó Andronic—. Si supieras cuántas veces atravesé las aguas hasta allá, y para regresar... ¡Mira! —Con el brazo extendido mostró la lejanía, pero Dorina no vio nada, sino la misma superficie de agua sin fin, límpida, inmóvil.

—¿Es lejos? —preguntó, sumisa.

Andronic se puso a reír y la apretó más fuerte contra él.

—Nada es lejos cuando se ama —murmuró—. Vas a instalarte sin temor en el fondo de la barca. Pasaremos nueve mares y nueve tierras, y luego, serán los desposorios...

—Tan tarde —dijo Dorina súbitamente—. ¿Cuántas cosas pueden pasar hasta ese momento? —terminó pensativa.

—¿Por qué estás apurada? —preguntó con gentileza Andronic—. Aquí los días pasan rápido, como los instantes. Si has decidido venir no hay retorno posible para ti. Y es más bello aquí, ¿no?

—Es siempre bello donde tú estás —le respondió la joven. Calló bruscamente, mirándolo. ¡Qué hermoso era, tan esbelto, tan grande! Como si no fuera un hombre, sino un dios, el hijo del dragón de las leyendas.

—¿Por qué has abandonado el palacio? —lo interrogó—. ¿Por qué has venido al borde del agua?

—Porque tú no has podido permanecer allá, has tenido miedo. ¿De qué has tenido miedo? Todas esas gentes estaban muertas desde largo tiempo, nada podían hacerte, ¿no has visto?

—Yo también estaba allí —susurró la joven con terror—. Yo estaba en el trono, oculta por los demás...

—Sí —respondió serenamente Andronic—, es lo que ocurre siempre...

Dorina experimentó el mismo terror y se apretó contra él. Como si quisiera que la acariciara, que la tranquilizara...

—No temas, yo también estoy aquí. No nos separaremos...

Miró el agua. La barca esperaba, muy cerca de ellos, desde hacía mucho. Todas estas cosas le parecieron familiares a Dorina; todos esos preparativos de viaje le parecía haberlos vivido ya una vez, mucho tiempo atrás.

—¿Dónde es la boda? —preguntó.

—En el otro extremo...

La tomó por el talle y la aproximó dulcemente al agua.

—No es posible de otra manera —la tranquilizó Andronic.

Dio un paso y la barca osciló. Luego, llevándola casi en brazos, hizo que Dorina subiera. Ese balanceo fue tan inimaginablemente tierno que la joven sintió vértigo y se tomó la cabeza con las manos. Andronic se hallaba muy cerca de ella. Antes de empuñar los remos le mostró la extensión del agua:

—Allá, en el medio, hay una isla. Es ahí donde yo estaba... —Súbitamente, sin saber por qué Dorina se acordó de la serpiente y tembló. La vería de nuevo, desnuda e infatigable, estremeciéndose bajo la luz de la

luna. Y esta vez, por inadvertencia, podría morderla...

—¡Pero en la isla está la serpiente! —exclamó, turbada—. Eres tú quien la ha arrojado allá...

Vio al instante a Andronic erguirse en la barca, pálido y enfadado. Su mirada fulguraba ardientemente y había en sus ojos luces que danzaban, enceguеciéndola.

—¿Por qué has dicho eso, mi bien amada? —preguntó con tristeza.

Sus palabras resonaban en sus oídos, como escupidas por la boca de un dragón.

—¿Por qué no has obedecido la orden? —repitió Andronic, tembloroso.

Dorina recordó: "No pronuncies, sobre todo, esa palabra ante él". Lo había olvidado. Era demasiado tarde ya. Lo había olvidado. Lo miró petrificada, aplastada por su poderío, esperando su maldición. Se cubrió los ojos con la palma.

—Nueve años me buscarás y sólo entonces me encontrarás —resonó la voz de Andronic.

Cuando Dorina quiso levantar la cabeza e implorar su clemencia, vio que la barca estaba vacía. Andronic había desaparecido. Delante, brillaba la extensión del agua del lago.

Permaneció muda, extenuada, sin saber qué hacer. Escuchó agitarse las hojas en la orilla y volvió el rostro. No había nadie. Sólo el viento, que hacía vibrar las ramas altas de los árboles con un susurro misterioso.

Se despertó con el mismo ruido amargo en los oídos. La habitación se hallaba a medias hundida en las tinieblas. La luz de la luna se había alejado de la ventana. Dorina comprendió que el viento entraba ahora dentro de la pieza. Se levantó y se aproximó a la ventana. Lejos, a la izquierda, se entreveía el lago. La joven sonrió. Retornó al lecho, sin reconocer el lugar. Miró con asombro a las mujeres que dormían cerca de ella. Lentamente, pero con gestos seguros, se abrió paso entre las camas. Encontró la puerta sin buscarla. Oyó ruidos extraños del otro lado del muro que la atemorizaron. Respiraciones profundas y ahogadas, como de hombres torturados. Pero no perdió el valor y, con los ojos cerrados, atravesó la sala hasta la puerta de afuera. Salió al patio. No sentía frío en sus pies desnudos, ni el viento fresco sobre sus hombros. Partió con el mismo paso decidido hacia el lago. Cuando descendió el montículo y llegó a

la orilla, encontró la barca que la esperaba. Tal como la había dejado hacía unos instantes, en su sueño. Sus pies se hundieron profundamente en el limo húmedo y frío, sin que nada sintiera. Presurosa, pero atenta, desató la cuerda de la estaca, la arrojó en la barca, luego subió. Resuelta, buscó con los ojos la isla y se puso a remar hacia ella blandamente, tiernamente, como alguien que parte llevando, como único equipaje, la esperanza.

XIV

Liza se despertó mordida por el frío, estremeciéndose. La ventana estaba abierta de par en par y se presentía la proximidad del alba en el soplo húmedo del viento, en el perfume distinto del aire. La luna era ya pálida. Tardó en darse cuenta dónde estaba y por qué se había acostado vestida a medias, con tanta gente a su alrededor. Permaneció largo tiempo con los ojos abiertos sin poder cubrirse, temblando. Tuvo la impresión de que en el momento en que se había despertado, sonaba una campana, muy próxima. Experimentó esa sensación incómoda que sobreviene cuando uno se despierta en una habitación extraña. Se sentía al mismo tiempo asqueada, fatigada y estafada por la vida. Nada tenía sentido ni esperaba ninguna alegría que viniese de alguna parte... Un breve gorjeo enronquecido pareció surgir desde el travesaño de la ventana. Quizás debería cerrar el postigo... Pero era tan difícil, y tan en vano...

Trató sin embargo de cubrirse tirando con fuerza del edredón. Notó que el lugar, a su izquierda, estaba vacío. Riri, en su sueño, había metido la cabeza en ese hueco y plegado las rodillas. Liza dobló el rostro, mirando con sorpresa a las demás mujeres. Apenas las veía, y se frotó los ojos varias veces para distinguirlas. Los acontecimientos surgían en su mente, aislados. Se acordó bruscamente de Sergio Andronic, de las carreras en el bosque. Después un agujero nebuloso, un sentimiento de extravío humillante... Había habido un juego... Una broma... Luego otra cosa... El capitán Manuilà, la serpiente... Dorina... Su mirada tropezó una vez más con Riri, que dormía con los puños cerrados cerca de la boca. Tembló. ¿Dorina?...

Tuvo la idea precisa de haber asistido, algunos minutos antes, a la partida de Dorina. Este pensamiento la emocionó vivamente, de pudor humillado, de terror, de celos y de curiosidad. Fue cuando incorporándose

a medias en el lecho, para escrutar una vez más los cuerpos dormidos, se acordó de Stere y los otros. Por supuesto, dormían todos juntos... Entonces, puede ser que Dorina... Pero ella recordaba, sin poder decir en qué momento, que Dorina se había despertado furtivamente mientras las otras dormían y que había dejado la habitación para encontrarse afuera, en el patio, con Andronic...

Aguzó el oído unos instantes, para sorprender algún ruido, algún susurro. Sólo le llegaron las respiraciones sordas de las mujeres y el sonido monótono de la otra habitación. Liza se decidió bruscamente, enloquecida. Salió del lecho, cuidándose de no tocar el cuerpo encogido de Riri y se precipitó hacia la ventana. Se inclinó sobre el antepecho. Recibió en pleno rostro un olor fresco de hojas recién cortadas, de troncos despanzurrados. El cielo estaba todavía azul, pálido hacia los confines. A la izquierda, brumoso, se entreveía el lago. Liza escuchó un momento, después retornó a la pieza y se dirigió a la puerta. Estaba entreabierta. Cualquiera hubiera podido entrar... Un gemido. Se estremeció. Se dio cuenta de que había tenido miedo por nada. La señora Zamfiresco había suspirado en su dueño. Dormía, cubierta en su tapado. Liza la miró rápidamente, disgustada. De al lado, los ronquidos de los hombres llegaban ahora más densos, más grotescos. ¿Estaría Andronic allí?...

Volvió a su cama, indecisa e inquieta. “En mis cabellos otrora rubios...” El estribillo persistía, absurdo, en su recuerdo, sin que pudiera alejarlo. “No he tenido infancia...” De nuevo la cara de Stamate y el capitán. Los besos en la floresta. Tuvo vergüenza, vergüenza de ella misma, de todo lo que había pasado. “No he tenido infancia...” Sin rima ni razón, las escenas y las frases de Fierbinti, en el jardín, volvían a su espíritu. Stere a punto de quitarse el saco, su marcha indolente para colgarlo en la rama del cerezo... Solomon cuando levantó la mano: “¿Quién quiere un poco más de café?” Y después, sin más ni más, la voz de Andronic: “Si no se callan un minuto...” Y sus palabras de un poco antes: “Otra cosa me perturba. Si se los digo, se burlarán de mí...” Ella había querido tomarlo por la mano y susurrarle: “¡Te lo juro!...” Los detalles se encadenaban con precisión en su memoria. ¡Con qué frialdad había acogido su exclamación apasionada! Ahora tenía vergüenza pero, al mismo tiempo, odiaba a Andronic, lo odiaba obstinadamente por todo lo que había hecho, por su belleza impetuosa. “Dorina no ha vuelto. Se fue con él, naturalmente.” Comprendió lo que había pasado: en la noche, cuando todos dormían, se encontraron ambos en el patio, luego habían partido, solos, a la floresta. En el bosque, en la noche. “Él ha dormido con Dorina.” Un furor

incomprensible, un deseo de escándalo la invadió. Se puso a temblar. Sin aliento, se aproximó a la señora Solomon y la sacudió con todas sus fuerzas. La mujer resistía, gimiendo. Liza se volvió hacia Riri y la despertó bruscamente, tironeando el edredón. Después retornó a la señora Solomon.

—¡Levántate! ¡No sé lo que le ha ocurrido a Dorina! —murmuró.

La señora Solomon se despertó penosamente. No cesaba de restregarse los ojos.

—No sé dónde ha ido Dorina —repitió Liza más fuerte, aproximándose.

Riri tampoco comprendía lo que escuchaba. Tenía sueño y náuseas, un dolor seco en la cabeza. Se tomó las sienes con las manos, esforzándose en entender dónde se encontraba. A su lado, vio a la señora Zamfiresco. Tuvo de pronto miedo, un miedo estúpido, de que la niña de al lado escuchara lo que se decía, que estuviera despierta desde hacía mucho, que comprendiera todo y fingiera dormir…

—Más bajo, que no nos escuchen —murmuró Riri a Liza.

—Harías bien en vestirte. Con tal que no le haya pasado nada —dijo Liza buscando sus zapatos.

—¿Pero, qué es lo que pasa, mi querida? —se asombró la señora Solomon.

La señora Zamfiresco se despertó, finalmente. Levantó la cabeza y trató de arreglar sus cabellos, caídos sobre los ojos.

—¿Qué ha pasado? —interrogó, sorprendida.

—Creo que Dorina no se siente bien —dijo Liza molesta— y ha salido de la habitación. Quisiera ir a ver…

Riri se vistió en silencio, respirando profundamente para despabilarse. Tenía la impresión de que se preparaba para una intervención decisiva en condiciones extrañas y peligrosas. Sentía que la vida de Dorina dependía de su voluntad y de su coraje, tuvo piedad de esta pobre Dorina y comenzó a amarla, de pronto, profundamente…

—¡Vamos! —dijo Liza a la señora Solomon—. Veamos si está en el patio.

La señora Zamfiresco se quedó en la cama, atónita, estupefacta. Lanzó una mirada asustada hacia su hija. La descubrió en el otro extremo de la pieza, durmiendo profundamente y se tranquilizó.

En la habitación hacía frío. Despuntaba el alba. La señora Zamfiresco se acordó súbitamente de la serpiente de la noche anterior. Ya no tenía miedo. Pero se santiguó a escondidas y se dispuso a escuchar.

Sólo Liza penetró en la pieza de los hombres. Luego de haber abierto la puerta con infinitas precauciones, se contentó con pasar la cabeza. Un olor pesado, opresivo, de respiraciones vinosas, la golpeó brutalmente, y bajó los párpados, disgustada. Llamó a su marido varias veces. No distinguía los cuerpos de los hombres. Esta habitación parecía más oscura, pues las ventanas daban al patio. Durante algunos minutos le respondieron solamente los ronquidos apagados desde los colchones. Luego, la voz de Stamate preguntó, pastosa:

—¿Quién es?

—Despierte a Stere, por favor —murmuró Liza en el umbral—. Tengo algo que decirle...

Stamate tuvo dificultades para entender. Durante un momento no supo muy bien quién podría ser Stere. Se creía además, con otras personas, en una época distinta. Sin quererlo despertó a su amigo. El capitán bostezó ruidosamente, ignorando que Liza lo miraba desde la puerta.

—¡Despierte a Stere, por favor! —repitió, más fuerte.

Manuilà escuchó su voz y se incorporó rápidamente, avergonzado.

El señor Solomon se despertó a su vez.

—¿Ha pasado algo, señora? —murmuró el capitán.

—Creo que Dorina se ha sentido mal —murmuró Lisa, retirándose—. Despierte, se lo ruego, también a Stere.

Después se acordó de que no había preguntado por Andronic. Ni siquiera sabía si había estado allí, en esa habitación, y si había dormido desde el comienzo... Tuvo vergüenza de abrir nuevamente la puerta y de preguntar. Podía despertar sospechas.

—¿Qué ha pasado? —interrogó el señor Solomon, saliendo de la pieza vestido a medias.

—No sé dónde está Dorina...

El señor Solomon permaneció un momento aturdido, sin comprender el sentido de las palabras.

—Vamos a buscarla, quizás se haya sentido mal y salió al patio — murmuró Riri.

En esto la puerta se abrió y el capitán Manuilà hizo su aparición. Había intentado arreglarse a prisa, pero sus cabellos estaban despeinados.

—Lo extraño es que el señor Andronic tampoco está aquí...

Lanzó una mirada significativa al señor Solomon. Riri se dirigió a la puerta de entrada. La encontró abierta. Fue la primera en llegar al patio. Allí, el aire era distinto. Se veían todavía muy bien las estrellas, pero ese

gran silencio poseía ahora una significación diferente. Era una crispación suprema, los últimos instantes de espera; pronto, todo iba a borrarse, algo nuevo acontecería, que no participaba en absoluto de la noche.

—No sabemos ni siquiera la hora —murmuró el señor Solomon, alelado, descendiendo hacia el patio.

—Las tres y veinticuatro —dijo Stamate, que llevaba su reloj de cuadrante luminoso.

La señora Solomon y Liza recorrieron con una mira rápida el patio del monasterio.

—Aquí no está —declaró Liza con aplomo.

—Quizás haya ido a pasear por el parque —sugirió Riri.

El capitán Manuilà escrutaba con calma cada rincón, sin moverse de su sitio. Le pareció, por un momento, que aquello era la continuación del juego de la floresta, y esos recuerdos lo humillaron. Dobló bruscamente la cabeza hacia el lago.

—Deberíamos primero buscarla allá —dijo con voz fuerte, mostrando el agua.

Riri se estremeció. No, no era posible, sería demasiado…

—¡Dios nos guarde! —dijo el señor Solomon.

Liza no esperó que tomaran una decisión; fue la primera en partir seguida de Stamate y de Riri que, al salir del patio del monasterio, se puso a correr. Le parecía que el menor instante perdido podría ser fatal. No importa cuándo, Dorina tendrá tiempo de esconderse…

—No sé si ese Andronic se acostó o no al mismo tiempo que nosotros —escuchó la voz de Manuilà detrás de ella.

Descendió el montículo y llegó al borde del lago. Enseguida se dio cuenta de que la barca no estaba. Se dirigió hacia la estaca torcida a la que la barca había estado amarrada.

—¡Está loca! —exclamó Liza—. Ha tomado la barca…

“Evidentemente, han ido a pasear. Se han paseado toda la noche, se han acunado y él le ha murmurado palabras de amor: «No he tenido infancia…»” Muy pálida Liza corría, tratando de distinguir la forma de la barca.

—¡Allá está! —gritó Riri, sobre el cerro.

Todos se volvieron hacia el lugar que indicaba la joven. Ahora, la embarcación se veía muy bien, y Dorina, vestida a medias, sola, remando lentamente, penosamente.

—¡Está sola! —gritó Liza, sorprendida.

La veía claramente y no creía a sus ojos. Durante unos instantes tuvo

miedo de comprender. “¡Dorina está loca!... ¡Dios!... ¿Y si jamás?...” No tuvo coraje de ir hasta el fondo de su pensamiento. Volvió a correr sobre la playa. Los otros miraban, pasmados, siguiendo con la vista la leve estela que dejaban los remos.

—¡Pero está loca! —exclamó otra vez Liza.

—Se dirige hacia la isla —dijo Stamate con calma.

El señor Solomon se forzó a tomar una decisión. Miró a todos lados asustado.

—Es necesario buscar otra embarcación —dijo, mordiéndose los labios—. Tiene que haber una barca en algún lado —Recordó: Haralambie, la otra barca del priorato, con la que habían partido a buscarlo. Un sudor frío le perló la frente, le bañó la nuca. Y de pronto se puso a gritar salvajemente:

—¡Dorina! ¡Dorina!

Stamate se llevó las manos en portavoz a la boca y gritó:

—¡Dorinaaaaa! —Le volvieron a la memoria los gritos de Vladimir durante el juego: “Lizaaaaaa!” Le pareció que esas cosas habían acontecido hacía mucho tiempo, con otras personas. Tenía frío y temblaba. Sus gritos no debían de escucharse porque la joven no volvía ni siquiera la cabeza.

—¡Miren, allá! —dijo de repente Liza.

En el otro extremo del lago se veía nadar a un hombre. Sus brazos musculosos golpeaban el agua rítmicamente.

—¡Es él, Andronic! —exclamó Manuilà.

Durante algunos instantes callaron, anonadados. Quizás sin saber de Dorina, Andronic nadaba también hacia la isla.

XV

En la orilla, Andronic se sacudió el agua y con paso lento se dirigió al corazón de la isla. Sus pies dejaron algunas huellas sobre el limo mezclado con arena y, luego, en la hierba, desaparecieron.

Avanzó lentamente, sin prisa, mirando los árboles, como si tratara de adivinar en el temblor de las hojas la proximidad de la aurora. Allí, en medio del agua, había un ligero soplo de viento, pero el joven no parecía sentir esa brisa fría en sus hombros desnudos. Los pájaros comenzaban a despertarse en los matorrales y sus gorjeos tímidos, solitarios, animaban la isla. Andronic caminaba, hechizado por la soledad, por el aire atormentado, como a la espera de un gran milagro. Se había aventurado profundamente entre los árboles, allí donde las matas crecían húmedas, con largas hojas aún sin abrir. En el corazón de la isla, se olía el musgo y la corteza podrida. Las ramas eran más pesadas y las gotas de rocío parecían arrastrarlas hacia la tierra. Andronic las atravesó, indiferente, sin sentir su ruda caricia.

Se internó cada vez más lejos en la floresta, como buscando algo muy bien escondido y que se afanaba por descubrir registrando con los ojos árboles y breñas. Encontró un montículo donde sólo habían crecido una acacia enclenque y algunos algarrobos salvajes y lo escaló rápidamente. En la cima, observó el lago. Permaneció unos instantes sin moverse, respirando muy hondo, muy largo, como si durmiera, después descendió del otro costado y se dirigió hacia el agua.

Sin apuro, con atención, buscó un lugar sobre la hierba donde pudiera acostarse con toda quietud. Lo descubrió al término de un pequeño valle. Allí, el pasto era alto y blando, el agua se deslizaba como una fuente destinada a desaparecer de un instante a otro. Con la punta del pie, Andronic tanteó suavemente para ver hasta dónde se extendía la

humedad, después se acostó en la hierba, dichoso, la cabeza sobre los brazos.

Se quedó tendido largo tiempo, sin frío ni sueño, la mirada perdida en el cielo.

Dorina se despertó cuando la barca encalló en el lodo, deteniéndose con un lánguido sobresalto. Se puso a temblar, viéndose de repente en medio del lago, lejos de la orilla, en esa oscuridad transparente. Sin embargo, se estremecía más por el viento y la soledad que por miedo. Una calma extraña había descendido a su alma en el momento de su despertar decisivo. Era como si se preparase para una gran mutación y sensaciones insospechadas surgían en ella, advirtiéndole de un pasaje a otro plano. Saltó de la barca y se puso a examinar la orilla. En alguna parte debía encontrarlo. Andronic no mentía, sus palabras se confirmaban siempre, debía estar en algún lado, muy próximo, esperándola…

La joven decidió dar la vuelta a la isla. No sentía ni la humedad de la tierra ni la aspereza de las hierbas duras bajo sus pies desnudos. La lasitud de su larga e inhábil travesía a remo habíase desvanecido como por arte de una varita mágica desde que puso el pie en la isla. Hacía mucho ya que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad transparente del fin de la noche. Cuando comenzó a marchar sobre la tierra pura, dejó de percibir el soplo del viento. Sólo sentía una dicha extraña, embriagadora e indefinible, que no trataba de comprender; como si el armonioso paso del sueño a la realidad de la isla invadida de plantas y de árboles desconocidos le abriera de pronto una vía nueva, divina, sobre la que podía comenzar a andar. Todas esas cosas podrían ser verdaderas... Su cuerpo lejano y adivinado estaría quizás reposando sobre la hierba húmeda en la noche que se moría…

Ni el menor dolor ni el mínimo temor, ni la menor timidez, nada, sino un gozo abrumador y amargo de todo su ser profundo, como si se hubiese investido con otra alma jamás sospechada y otro cuerpo, más dichoso, más divino…

A cada paso que daba alrededor de la isla, esa fuerza desconocida que florecía en su sangre y en su carne, crecía más y más en el secreto de su ser, modificando el ritmo de su respiración y su espíritu. Ahora, todo podía acontecer. Maravillosos pájaros de oro podrían lanzarse desde esas ramas dormidas y llamarla por su nombre. En cualquier momento, los troncos de los árboles serían capaces de animarse y convertirse en gigantes o

dragones. En el suelo, había enanos de barbas blancas y los animales hablaban entre ellos... Nada la habría asustado, ni un encuentro, ni un milagro. Esta misma oscuridad a punto de desvanecerse en unos segundos, devorada por la tierra y el agua, le parecía milagrosa, como si un secreto, hasta ese momento incomprendido, trajera de alguna parte de la luz, la metamorfosis del mundo entero. La hallaba pasmosa. Delante, muy cerca, un ave alzó el vuelo y partió rápidamente hacia el lago. Dorina la siguió con los ojos y su aliento se aceleró un momento. El pájaro voló dulcemente por encima de Andronic; la mirada de la joven lo descubrió de golpe, extendido sobre la hierba, mirando el cielo. Apresuró el paso, dirigiéndose hacia él. El éxtasis de su ser crecía, armonioso, enriqueciéndose, sin límites.

—He venido —murmuró Dorina aproximándose.

Andronic volvió la cabeza y la contempló, sonriendo, sin el menor estremecimiento.

—Te espero desde la medianoche —dijo—. Te busqué en el bosque y te llamé...

Dorina se puso a reír. Lo miró una vez más a los ojos, después su mirada descendió lentamente, sin miedo ni timidez, recorriendo su cuerpo. "¡Qué hermoso es mi bien amado!"

—¿Qué has hecho hasta ahora? —preguntó Andronic levantando apenas su rostro.

—Creo que soñé —susurró Dorina, buscando un lugar a su lado.

—Tú eres así —dijo Andronic con voz fatigada—, comprendes difícilmente...

Dorina se instaló muy cerca y permaneció sentada, tratando de ordenar sus cabellos.

—Entonces, ¿esto es la isla? —preguntó, feliz, mirando a su alrededor.

—¿No es verdad que es tan bella que no tiene igual? —interrogó Andronic.

La joven asintió con la cabeza, los párpados cerrados. Una sonrisa dichosa iluminó su rostro.

—Tú también eres bella —añadió Andronic, luego de haberla contemplado largamente, como si se esforzara por penetrar todo lo que había de desconocido y viviente en su naturaleza íntima.

—¿Por qué no te quitas esas ropas? —Mostró su camisón.

Dorina se miró, sorprendida, dándose cuenta sólo ahora de que estaba apenas vestida.

—Tienes razón, lo había olvidado —murmuró sonriendo.

Se puso de pie de un golpe y surgió de su vestimenta sacudiéndose. Estaba desnuda, pero ninguna turbación nublaba su mirada, ninguna oleada de sangre empurpuró su rostro. Se observó un instante, luego se aproximó al agua. Sus muslos estaban manchados de lodo y de arena sucia. Muy despacio, tanteando el fondo con el pie, avanzó hasta la cintura. Después dudó y miró hacia Andronic, que estaba sobre la orilla y la seguía con la vista, sonriendo.

—Tengo miedo de ir más lejos —le gritó, levantando los brazos.

Andronic se irguió bruscamente y entró en el agua. Marchaba con pasos decididos, haciendo saltar rumorosas columnas líquidas. Muy pronto estuvo a su lado.

—¿No sabes nadar? —le preguntó.

La joven negó con la cabeza, entristeciéndose como un niño.

—No tiene importancia, yo te enseñaré —la tranquilizó Andronic—. Sólo que no debes tener miedo... Tómate de mí...

La arrastró de la mano lentamente, hasta que el agua le llegó al pecho. Andronic se lanzó de vientre, mientras que el brazo de Dorina se agarró a su hombro. Después de haber tentado reír, ella dejó la cabeza bajo el agua, que había invadido su boca, sus oídos, su nariz, y esta presión desconocida le agradó, cortándole la palabra.

—¿Tienes miedo? —preguntó otra vez Andronic.

Dorina no escuchaba. Se sentía deslizar, sostenida por un brazo poderoso, empujada por tantas fuerzas, que se abandonó plenamente. Sólo percibía un suave movimiento por encima de esta agua acogedora y sin límites. Se asombró, cuando, tratando de hacer pie, no tocó el fondo. Pero su asombro se convirtió rápidamente en un sentimiento encantador de libertad y de poder.

—¿Cómo vas? —le preguntó Andronic, sin recibir respuesta.

Entonces la atrajo, siempre tan tranquila como poderosamente, a la orilla. Salieron del agua riendo. Dorina lo miró al fondo de los ojos y se aproximó con ardor, murmurando:

—¡No era difícil!

—Te enseñaré también a trepar a los árboles —le dijo Andronic—, pero es necesario conocerlos primero y pedirles permiso. Hay algunos que son viejos o enfermos, y les hace mal... Entonces, se echan al suelo...

—¿Pero cómo conocer a los que están enfermos? —preguntó Dorina.

—Se los escucha lamentarse o se los ve llorar... Los pobres... Con los viejos o los enfermos es más difícil...

Se sentaron sobre un montículo, por encima del valle. Andronic apoyó

su cabeza contra las rodillas de la joven que, sin darse cuenta, comenzó a acariciarle los cabellos.

—Con las flores también es difícil —prosiguió Andronic—. Están perpetuamente enamoradas... ¡Deberías ver cómo lloran!... —Se puso a reír. Levantó los ojos y miró a Dorina intensamente—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Dorina.

Andronic se quedó unos instantes perdido en sus pensamientos. Parecía esforzarse por recordar dónde había escuchado ya ese nombre.

—Y tú, ¿cómo te llamas tú? —preguntó en un murmullo Dorina, acariciándole la frente.

Andronic sonrió tristemente y su mirada se perdió de nuevo en el vacío. Dorina esperó, paciente, que él volviera.

—Te llamas Sergio, ¿no es cierto? —insistió.

—Si así lo quieres —le respondió Andronic, sonriendo y mirándola al fondo de las pupilas.

—Sergio es un hermoso nombre —dijo Dorina—. Si yo fuera un muchacho me gustaría llamarme Sergio... Como tú —agregó.

—Ni lo pienses —la interrumpió Andronic tomándole el brazo y acariciándola—. Tú no eres un muchacho, eres una mujer...

—No es nada divertido ser mujer —dijo Dorina.

Andronic estalló de risa. Le apretó fuertemente el brazo y le pasó la mano por los cabellos.

—¿Y si no fueras nada más que un triste gusano resplandeciente? —le preguntó, burlándose.

Calló bruscamente y buscó el fondo de sus ojos, como si quisiera hablarle a su ser profundo, verdadero.

—Tú no sabes lo que quiere decir ser humano —dijo, pensativo—. Es tan bueno... —Tendió los dos brazos, como dos alas, e inclinó la cabeza hacia atrás.

—No morir jamás —susurró, mirando el cielo—. Ser como esa estrella, bella e inmortal... —Mostró el lucero de la mañana. Dorina se estremeció.

—¿De qué tienes miedo? —se asombró Andronic.

—De la muerte —murmuró Dorina.

—Allá también hay hombres —sonrió Andronic—. Por todos lados hay hombres...

—Tú sabes todo, ¿no es así? —lo interrogó tranquilamente Dorina—. Todo lo que dices es verdad...

Andronic no respondió. Había quedado con la vista fija en el lucero. El

alba comenzaba a despuntar. Todas las estrellas habían desaparecido y el cielo semejaba una gran mancha blanquecina.

—¿Dónde vives? —le preguntó Dorina, esforzándose para despertarlo.

—Allá —Andronic indicó el bosque al borde del lago—. Y tú, ¿dónde vives tú?

Dorina reflexionó algunos instantes. Trató de recordar el sueño con precisión, para no decir algo demasiado vago.

—En Bucarest —respondió, correctamente.

—¿Y qué haces allá?

Andronic había sonreído al hacer la pregunta. Su rostro chispeaba, contenía a duras pena su risa.

—Vivo —dijo Dorina, confusa.

Andronic se rió, sacudido por un gozo salvaje. Se puso de pie y tomó a la joven en sus brazos. Parecía llevar un ramillete, tan liviano era su peso.

Continuaba riéndose, con el cuerpo de Dorina siempre en andas, levantándola cada vez más, como si quisiera mostrarla a los cielos, a las flores, a la luz que comenzaba a surgir por todas partes. Ella se pegó a su pecho. Andronic la lanzó varias veces en el aire, después se puso a correr hacia el corazón de la isla. Saltaba por encima de las matas y los huecos en una carrera desenfrenada, marchando sobre las ramas secas, esquivando las hierbas altas y rugosas, venciendo matorrales espinosos, de puntas fibrosas y corrosivas.

Dorina cerró los ojos, asustada y dichosa.

Sentía a veces un arañazo ardiente sobre el cuerpo, pero el dolor no tenía en sí mismo nada de comparable al ritmo nuevo, delirante que conocía ahora su vida. Escuchó la sangre de Andronic batir sobre su pecho, percibía los latidos de su corazón poderosos, ensordecedores. El calor de su cuerpo era irreal, embriagante. Después, sólo sintió la elevación sobre las alas del viento, en el vacío. Perdió casi la memoria; no se atrevía a abrir los ojos para ver dónde se encontraba...

Cuando despertó, estaba tendida en la playa; al otro lado de la isla. Se veía la barca en la que había venido, la quilla hundida en el lodo.

Andronic la contemplaba, muy cerca, con una mirada brillante, abrasadora. Gruesas gotas de sudor límpido se escurrían por su cuerpo. Su pecho batía fuertemente. Sus cabellos húmedos habían caído sobre su frente.

—Amanece —dijo, cuando la joven abrió los ojos.

—Estoy tan cansada —murmuró Dorina—. ¿Cómo has tenido tanta fuerza?

—Vayamos a ver salir el sol —dijo Andronic, olvidando la respuesta.

La ayudó a levantarse y la tomó de la mano. La joven caminaba perezosamente, muy cerca, sin percibir la tierra. Sus bucles flotaban, deshechos por la carrera, sobre sus hombros. Uno de sus brazos tenía un rasguño sanguinolento.

—Subamos a la colina —dijo Andronic.

La llevó a la cima, que no era sin embargo muy alta. Encontró un lugar cómodo para sentarse y la instaló dulcemente, atentamente.

—Tengo sueño, mi bien amado —murmuró Dorina, la mirada suplicante.

—Miremos primero elevarse el sol...

Se sentó a su lado y le acarició los cabellos, sonriendo.

—¡Qué bella eres cuando tienes sueño! —repitió Andronic.

—Eres tú quien me hace bella —dijo simplemente Dorina—. Cuando me elegiste, yo no era así...

—Eras fea —sonrió Andronic.

Calló, meditabundo, los ojos fijos sobre el oriente. El cielo había palidecido en la espera, luego de haberse enrojecido.

—¿Has estado ya en el sol? —preguntó Dorina soñolienta.

—No, hasta allá es difícil —respondió Andronic sin volverse.

Dorina cerró los ojos, feliz. Había puesto la cabeza sobre un brazo y, con el otro, tomó a Andronic por la cintura.

—No te duermas —murmuró él—, es una lástima...

—¿Falta mucho todavía? —interrogó Dorina, aun más fatigada.

—Para quien ama, jamás es mucho —dijo Andronic.

Dorina se mordió los labios, decidida, y abrió los ojos. Le pareció que todo había cambiado alrededor de ellos. Los árboles eran rosas, las hierbas tornasoladas, el lago un espejo de oro.

—Es ahora... —susurró Andronic, ardientemente.

Fue como si millares de pájaros se hubieran puesto de pronto a gorjear. Dorina quedó muda. ¿De dónde venían todos esos sones encantados, inauditos, esos altos gritos en el aire, esos murmullos dulces e incomprensibles en las matas, en los pastos? Todo había comenzado al unísono, de pronto, ¿o era que venía de lejos, hasta el momento, imperceptible?

—¡Mira!

Andronic se arrodilló, maravillado, feliz, y permaneció así unos instantes. El ojo sangriento del sol se abría muy cerca, por encima del llano. Dorina lo miró, confusa, como si viera por primera vez la aurora.

Súbitamente, un sentido profundo, simple, que había guardado siempre en ella sin saberlo, se iluminó. Le pareció despertar a otra vida, y su gozo era tal que sus pupilas se velaron, en el momento en que sus párpados se deslizaban, cargados de sueño. Cuando Andronic apartó su mirada del sol, la encontró junto a él dormida, iluminado su rostro con la sonrisa de un niño. El joven le pasó la mano por los cabellos y la acarició, tratando de despertarla. Dorina entreabrió apenas un ojo.

—Déjame, mi amor —murmuró.

Le pareció que la cara de Andronic había cambiado totalmente. Era la cara de un hombre abatido, pensativo, triste.

Pero ella no tenía ya fuerzas para asombrarse y se durmió, dichosa, la mano crispada sobre su brazo.

—Yo también tengo sueño —susurró Andronic, acercándose a la joven—. No nos veremos sino en el crepúsculo... Y todavía, quién sabe...

La miró dormir a su lado, desnuda, viva, inimaginablemente bella en su sinceridad indecible. Luego, como si quisiera conjurar un hechizo, le sopló en la frente, sonrió largamente y se acostó con la mejilla sobre su seno.

El sol se deslizaba con pereza, quemante. Las abejas habían comenzado su ronda y las mariposas coloridas de la mañana volaban dispersas en el aire. Un cucú se hacía oír de tiempo en tiempo por encima del agua, llegado de la floresta.

Cuando la barca atracó en la orilla, el señor Solomon, Vladimir y Manuilà, saltaron con prisa; el limo los encenagó. Sus rostros estaban lívidos de insomnio y de preocupación:

—¡Dorinaaaa! —Se puso a gritar Vladimir.

No tuvieron que buscar largo tiempo. Cuando avanzaban, desamparados, sobre la orilla, temiendo confesar sus pensamientos, vieron de repente a los dos jóvenes, dormidos desnudos, apretados uno contra el otro. Vladimir enrojeció y se mordió los labios. Manuilà se quedó un paso atrás. Sólo el señor Solomon tuvo el coraje de avanzar, temblando.

Cuando se aproximó, advirtió que la joven dormía profundamente, los brazos enlazados alrededor del cuerpo robusto de Andronic.

1937.

BUENOS AIRES, MARZO DE 1981
PRIMERA EDICIÓN EN OFFSET: 8.O0O EJEMPLARES
EDITOR: EMECÉ EDITORES, S. A. - ALSINA 2062, BS. AS.
IMPRESOR: COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A. - ALSINA 2049, BS. AS.
DISTRIBUIDOR: EMECÉ DISTRIBUIDORA, S.A.C.I.F. Y M. - ALSINA 2062, BS. AS.
36.054